

NOSOTROS

(SEGUNDA EPOCA)

Directores:

Alfredo A. Bianchi - Roberto F. Giusti



AÑO IV - TOMO X



BUENOS AIRES

1939

N O S O T R O S

CANTO

CUANDO todos los siglos vuelven,
anocheciendo, a su belleza,
sube al ámbito universal
la unidad honda de la tierra.

Entonces nuestra vida alcanza
la alta razón de su existencia:
todos somos hijos iguales
en la tierra, madre completa.

Le vemos la sien infinita,
le escuchamos la voz inmensa,
nos sentimos acumulados
por sus dos manos verdaderas.

Su mar total es nuestra sangre,
nuestra carne es toda su piedra,
respiramos con su aire uno,
su fuego único nos incendia.

Ella está con nosotros todos
y todos estamos con ella,
ella es bastante para darnos
a todos la sustancia eterna.

Y tocamos el cenit último
con la luz en nuestras cabezas,
y nos detenemos seguros
de estar en lo que no se deja.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ.

ANTONIO MACHADO

'De "SOLEDADES" a "CAMPOS DE CASTILLA'

Lo mismo que Azorín, alicantino, Antonio Machado, sevillano, sintió más la adusta y polvorienta Castilla que la luminosa y riente tierra natal. Él mismo dijo que sus recuerdos de Sevilla, donde nació en julio de 1875, eran todos infantiles, porque a los ocho años pasó a Madrid, y madrileñas fueron su adolescencia y juventud. Su padre, que le dió su propio nombre de pila, fué un eminente literato y folklorista, fallecido en 1903: Antonio Machado y Alvarez. El hijo lo retrató en un hermoso soneto, escrito mucho tiempo después bajo la luz de Sevilla, en el célebre palacio de las Dueñas, donde había nacido. Gran padre debió de ser y poeta de alma él también, ese hombre de gabinete, de "grandes ojos de mirar inquieto", a quien el hijo pinta de este modo:

 Mi padre, aún joven. Lee, escribe, hojea
 sus libros y medita. Se levanta;
 va hacia la puerta del jardín. Pasea.
 A veces habla solo, a veces canta.

Se educó Antonio, lo mismo que Manuel, su hermano, también poeta de clara estirpe, que le llevaba un año, en la Institución Libre de Enseñanza, a cuyos maestros guardó siempre afecto y gratitud. Sobre todo a Francisco Giner de los Ríos, el santo maestro sobre quien el poeta escribió, cuando aquél murió en 1915, una sencilla y honda elegía. Junto a él sin duda soñó Machado desde la adolescencia aquel nuevo florecer de España, esperado por el anciano ejemplar, en cuyos labios puso el poeta estas palabras de despedida:

...Hacedme

un duelo de labores y esperanzas.
Sed buenos y no más, sed lo que he sido
entre vosotros: alma.
Vivid, la vida sigue,
los muertos mueren y las sombras pasan;
lleva quien deja y vive el que ha vivido.

Un cuarto de siglo más tarde, escribiendo Machado en *Hora de España*, ponía otra vez esta última sentencia en labios de Juan de Mairena —su doble— en quien acaso debemos ver encendida alguna lumbre del espíritu de don Francisco Giner.

Después de doctorarse en Filosofía y Letras en Madrid, hizo varias estadas, desde 1899, en París, donde se formó una exquisita cultura literaria francesa.

Su vocación castellana quedó sellada en Soria, la fría y alta Soria, barbacana de Castilla hacia Aragón, como él la definió repetidas veces, en torno de la cual el Duero tuerce su curso “para formar la corva ballesta de un arquero”. Cinco años, desde 1907, enseñó allí lengua francesa; y son de ese tiempo algunos de sus más bellos poemas, los que vinculó bajo el título común de *Campos de Castilla*. Muerta en Soria en 1912 su esposa Leonor, a quien el poeta amaba entrañablemente, pasó a enseñar a Baeza, en la provincia de Jaén,

...pueblo húmedo y frío,
destartalado y sombrío
entre andaluz y manchego.

Pero ya entonces lo más característico de su obra poética estaba escrito. Castilla lo recobró en 1919, año en que pasó al Instituto de Segovia, cuya proximidad a Madrid le hacía fácil residir frecuentemente en la corte, donde al fin fué trasladado y lo encontró la guerra. La Academia lo incorporó a su seno en 1927.

Como vemos, fué la suya la existencia ordinaria de un catedrático de lenguas extranjeras y humanidades, cuya monotonía sólo era rota por algún viaje a Francia o por tierras de España. En cuatro versos resumió él su vida, cuando ya había transpuesto los treinta años:

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
 y un huerto claro donde madura el limonero;
 mi juventud, veinte años en tierra de Castilla;
 mi historia, algunos casos que recordar no quiero.

No cantó Machado a Andalucía, si no fué ocasionalmente, rara vez, de paso por ella, al atropellársele entonces en la memoria las viejas "imágenes de luz y de palmeras", de "ciudades bajo un cielo de añil", "de plazas desiertas donde crecen naranjos encendidos", "de grises olivares bajo un tórrido sol que aturde y ciega" y de "azules y dispersas serranías." En su tierra se sentía forastero:

 ...Yo tuve patria donde corre el Duero
 por entre grises peñas
 y fantasmas de viejos encinares,
 allá en Castilla, mística y guerrera,
 Castilla la gentil, humilde y brava,
 Castilla del desdén y de la fuerza...

—escribió en 1913, estando en Lora del Río, en provincia de Sevilla. Al evocar entonces su infancia, confesó que faltaba el hilo que anuda el recuerdo al corazón; que tales memorias no eran alma, sino nada más que despojos del recuerdo, la carga bruta que ésta lleva. A orillas del Guadalquivir, entre los naranjales, los jazmines y los olivares, el corazón se le remontaba a Soria y sus agrias sierras, hacia el pico de Urbión sobre pinares, el blanco Moncayo y los campos barridos por el cierzo, mientras cruje la encina en el hogar. A Soria, tierra del alma, la llevaba siempre en el corazón, y en la opulenta primavera andaluza, sólo soñaba aquella otra que bella y dulce llega con paso tímido y lento a la estepa del alto Duero. Este motivo se repite en sus meditaciones poéticas.

No fué Antonio Machado poeta de gran riqueza de temas ni tampoco verbal. Lo describen reconcentrado, taciturno, ausente. Tratando de él no puede omitirse el recuerdo de cómo lo vió Rubén Darío, cuando Machado tenía treinta años: "Misterioso y silencioso", "luminoso y profundo", con un dejo a un tiempo de timidez y altivez cuando hablaba. Vestía sin aliño; prefería viajar sobre la madera de tercera clase, con poco equipaje. "Su vida —diría años después el

mismo Darío—es la de un filósofo estoico.” Gustábale sobre todo pasear y leer. Su poesía concentra los zumos de sus paseos y meditaciones. Sí de sus paseos, es la naturaleza castellana la que le ofrece sus motivos, con cierta monotonía. O bien, recoge impresiones del camino, siendo la suya poesía frecuentemente anecdótica. Él tiene mucho del pintor vagabundo a caza de asuntos .

Olmo, quiero anotar en mi cartera
la gracia de tu rama verdecida,

le dice “A un olmo seco”, al cual, con las lluvias de abril y el sol de mayo, le han brotado algunas hojas verdes.

Por eso sus cuadros son con frecuencia solamente abocetados. Una carretera en un “Amanecer de otoño”, y marchando por ella un cazador. Pocos rasgos pintarán el paisaje y el hombre, y la manchita será dedicada a un pintor, a Julio Romero de Torres:

Una larga carretera
entre grises peñascales
y alguna humilde pradera
donde pacen negros toros. Zarzas, malezas, jarales.
Está la tierra mojada
por las gotas del rocío,
y la alameda dorada
hacia la curva del río.
Tras los montes de violeta
quebrado el primer albor,
a la espalda la escopeta,
entre sus galgos agudos, caminando un cazador.

Se advierte, sin embargo, aun en estas impresiones, la complacencia con que diseña la imagen. Se ve que su lápiz de poeta quiere dibujar minuciosamente el contorno de las cosas para que apenas iluminadas tomen cuerpo y vida. Espigo al azar en su primer libro, *Soledades*, de 1903, y en *Soledades y Galerías*, refundición del primero, de 1907:

El limonero lánguido suspende
una pálida rama polvorienta
sobre el encanto de la fuente limpia,
y allá en el fondo sueñan
los frutos de oro...

Las ascuas de un crepúsculo morado
 detrás el negro cipresal humean...
 En la glorieta en sombra está la fuente
 con su alado y desnudo Amor de piedra,
 que sueña mudo. En la marmórea taza
 reposa el agua muerta.

O bien, son imágenes auditivas, como ésta:

Dentro de un olmo sonaba la sempiterna tijera
 de la cigarra cantora, el monorritmo jovial,
 entre metal y madera,
 que es la canción estival.

O esta otra:

Vibraba el aire asordado
 por los élitros cantores que hacen el campo sonoro,
 cual si estuviera sembrado
 de campanitas de oro.

Cuando no se entrelazan ambas especies de imágenes:

En una huerta sombría,
 giraban los cangilones de la noria soñolienta.
 Bajo las ramas oscuras el son del agua se oía.
 Era una tarde de julio, luminosa y polvorienta.

O más bien, se transfunden y sustituyen entre sí por un proceso de sinestesia, que como recurso poético, si bien no fué invención de los simbolistas, pues es de antiguo abolengo, fué, desde Baudelaire y Rimbaud, ampliamente usado por ellos:

El agua cantaba
 su copla plebeya
 en los cangilones de la noria lenta.
 Soñaba la mula
 ¡pobre mula vieja!
al compás de sombra
que en el agua suena.

El carácter estético de esta poesía, aunque algunos de sus procedimientos y sus esquemas estróficos y ritmos sean a veces de procedencia modernista, es substancialmente clásico. Lo es, por encima de las formas externas, la actitud serena

del poeta ante las cosas, no inconciliable esa serenidad con la profunda emoción lírica, si el poeta y las cosas vibran al unísono, como es propio de la verdadera poesía. Porque Machado no se queda en el descriptivismo puramente exterior, sino que llega a la intimidad de las cosas. Símbolos de su propio sentir, le hablan un lenguaje que su corazón entiende. Son voces lejanas y misteriosas. *Soledades* llamó su primer libro, de 1903, donde recogió el manojito de poesías escritas entre 1899 y 1902. *Soledades, saudades*, recuerdos nostálgicos. ¿Soy clásico o romántico? se preguntó un día en un verso. Ya dijimos como era lo primero por uno de los aspectos de su poesía. Pero su contenido es romántico, o mejor, responde a la concepción romántica —simbolista. Es la suya la poesía del corazón solitario, de la melancolía y del ensueño. Muchas de las composiciones que brotan de su pluma son *lieder*, cancioncillas soledosas y tristes. Están llenas de tardes dormidas, de calles en sombras, de aguas muertas, de rostros femeninos esfumados detrás de los cristales. Una obsesión de sueño y sombra pesa sobre su alma, acompañada por un persistente son de melancólicas campanas. Este estado espiritual se prolonga en el volumen, *Soledades, galerías y otros poemas*, en el cual ya dije que adicionó y refundió en 1907 el anterior. El que escribe es un hombre joven, pero su voz parece la de un anciano que mira ya distante la juventud perdida y sólo aguarda la muerte. La mujer pasa por esos versos, esquiva y lejana, también ella soñadora y triste, a veces nada más que una sombra. Ningún arrebató de pasión los enciende. Debió de ser sin duda la suya la juventud sin amor de un muchacho tímido y huraño. Fué soñada, pero no vivida. Como otra obsesión está a toda hora presente en esos versos el “¿qué se hizo?” manriqueño.

Sus mejores inspiraciones se las dicta el recuerdo. En sus galerías sin fondo mira el poeta el eterno laborar de las abejas de los sueños. El presente no es más que el espejo de los sueños lejanos. Unos luminosos; nimbados los más de melancolía. El ayer retorna a él en las fuentes que cantan, en las aguas dormidas, en las plazas calladas y las vetustas callejas; los aromas fugitivos evocan en su memoria fragancias

desvanecidas; en los coros infantiles escucha antiguas cadencias; en las tardes pardas y frías aspira el hálito de muertas primaveras; en los balcones casi en sombras, donde se retarda algún "eco de luz", ve surgir y apagarse tras los vidrios imágenes que son como daguerreotipos viejos, o al pie de ellos revive la antigua cita de amor.

Todo vuelve, parece decirnos su poesía; vuelve convertido en la tela de que está tejida nuestra vida, que es la de los sueños, según sentenció el poeta inmortal y de tantas maneras diferentes ha sido repetido después. Y del mismo modo que él, "pobre hombre en sueños", como se llamó en un verso, las cosas y los seres sueñan alrededor suyo: el agua en la fuente, la doncellita que llena el cántaro con su agua clara, las campanas en la torre, la cigüeña que traza en ella su garabato o dormita volando, la vela en el sol y en el mar, y el mismo mar, que es un sueño sonoro.

El alma del poeta
se orienta hacia el misterio

escribió en la Introducción a sus *Galerías*. Y tal es, de soledad y misterio, la atmósfera en que Machado se mueve, lento y distraído, también él borroso como un sueño, entre los fantasmas de las cosas extintas.

II

Este sevillano transportado a Madrid no se había identificado entonces aún con la verdadera Castilla, en cuyo cantor había de convertirse poco más tarde.

Ya dije cómo fué nombrado profesor en Soria el año 1907. A los cinco años, cuando salía de ella para bajar a Baeza, llevaba compuesto otro libro, *Campos de Castilla*, donde su inspiración tuerce por cauce diferente. Se lo inspiran la naturaleza y el amor de patria. Su poesía no será ya el monólogo íntimo de un muchacho desamparado, que responde a las misteriosas señas que la hacen las cosas, ahora sus acentos son más viriles, sus imágenes se despojan de las brumas en que las envolvía el ensueño obstinado, sus ritmos

taconeán más fuerte. El problema humano ya no le es indiferente. ¿Qué hace Castilla? ¿Espera, duerme o sueña? —pregunta. Y después de invocarla:

...¡Oh tierra triste y noble,
la de los altos llanos y yermos y roquedas,
de campos sin arados, regatos ni arboledas;
decréptas ciudades, caminos sin mesones,
y atónitos palurdos sin danzas ni canciones,
que aun van, abandonando el mortecino hogar,
como tus largos ríos, Castilla, hacia la mar!

sentencia:

La madre en otro tiempo fecunda en capitanes,
madrasta es hoy apenas de humildes ganapanes.

¡Cómo la quiere, sin embargo de verla así desnuda y miserable! Sus ojos no le mienten la verdad, pero su razón le vaticina días mejores.

La esperanza alterna con la amargura en su visión de poeta. La realidad es triste: frutos de sus páramos malditos son la miseria, la envidia, la codicia, también el crimen. En *Por tierras de España* la definió trágicamente:

...un trozo de planeta
por donde cruza errante la sombra de Caín.

Desarrolló este pensamiento en una de sus concepciones más originales, la serie de romances que componen el poema *La tierra de Alvargonzález*. El romance épico-lírico, después del romanticismo había muerto. La propia forma del romance era usada raramente en la lírica antes de él y de Juan Ramón Jiménez. En *La tierra de Alvargonzález*, Machado devolvió prestigio al narrativo. No pretendió resucitar el género en su sentido tradicional, remedando los romances viejos derivados directa o indirectamente de las gestas, ni los artísticos de los siglos XVI y XVII; aunque, como él lo ha dicho, había aprendido a leer en el *Romance General* compilado por su tío Agustín Durán, aquel docto escritor que después de haber combatido el romanticismo se convirtió a él. No; Machado le infundió un espíritu en cierto sentido nuevo, porque el

suyo no es tampoco el romance zorrillesco. Es el romance narrativo, vigorosamente realista en las descripciones, hasta con sabor de romanzón de ciego por momentos; pero nimado por cierto misteriosa poesía que parece emanar de las propias entrañas de la tierra milenaria, algo así como acontece en *La figlia di Iorio* de D'Annunzio.

Mucha sangre de Caín
tiene la gente labriega
y en el hogar campesino
armó la envidia pelea.
.....

La codicia de los campos
ve tras la muerte la herencia;
no goza de lo que tiene
por ansia de lo que espera.

Los dos hijos mayores de Alvargonzález, labriego dueño de mediana hacienda, tienen prisa por heredar al padre y lo matan. El menor había ido a hacer fortuna a América. El cuerpo de Alvargonzález no ha tenido cristiana sepultura: yace, amarrado a una piedra, en el fondo insondable de la Laguna Negra. Dios maldice los campos de los asesinos: la tierra da cizaña y avena loca; las espigas se pudren; la fruta se hiela en flor; muere el ganado. El indiano, que ha vuelto rico, va comprando la tierra de sus hermanos, quienes, en la miseria, vuelven a labrar sus pegujales. Pero la labor no les aprovecha:

Cuando el asesino labre —dice la copla—
será su labor pesada;
antes que un surco en la tierra
tendrá una arruga en su cara.

La misma azada sale de la tierra teñida en sangre. Acosados por la miseria, el remordimiento y el terror, al fin, en una noche medrosa, poblada de espantos, van los asesinos a buscar descanso ellos también junto al padre en el fondo de la Laguna Negra.

Quizás el poema se diluye y arrastra algo en las partes finales; pero reúne bellezas suficientes para acordarle un

lugar señalado en la poesía narrativa popular española, cuyo cultivo había desdeñado el modernismo, así por reacción contra Núñez de Arce y Campoamor, como por su propia naturaleza de escuela esencialmente lírica. La segunda parte, donde Alvargonzález ve su destino en un sueño profético, es de una noble emoción, y la última, donde el poeta describe la noche llena de terrores que cae sobre los asesinos, atraídos a la Laguna Negra por el fantasma del padre, tiene trágica fuerza.

Si quiso el poeta expresar algún símbolo con su historia, no acierto a descubrir cuál. Lo probable es que no se propuso sino revivir en tierras de España el drama del Génesis, ejemplificar esta dolorosa confesión:

¡Oh, tierras de Alvar González,
 en el corazón de España,
 tierras pobres, tierras tristes,
 tan tristes que tienen alma!
 Páramo que cruza el lobo
 aullando a la luna clara
 de bosque a bosque, baldíos
 llenos de peñas rodadas,
 donde roída de buitres
 brilla una osamenta blanca;
 pobres campos solitarios
 sin caminos ni posadas,
 ¡oh!, pobres campos malditos,
 pobres campos de mi patria!

¡Cómo los quiere esos campos! Así, como son, sombríos y yermos. En *A orillas del Duero*, cantándole a la humilde primavera soriana que asoma, invoca a esta tierra ingrata y fuerte con acento viril y conmovido:

¡Castilla varonil, adusta tierra,
 Castilla del desdén contra la suerte,
 Castilla del dolor y de la guerra,
 tierra inmortal, Castilla de la muerte!

¡Con qué amor acaricia su verso las tímidas manifestaciones de la primavera en el altiplano numantino, complaciéndose en pintarlas una y más veces con rasgos innsistentemente

repetidos, y las labores del estío y del otoño, y la tristeza del invierno! Léase el hermosísimo poema que tituló *Campos de Soria*. No es la de Machado retórica de falso bucolismo, sino conmovida compenetración con la tierra, que le ha llegado al alma, si es que no estaba en el fondo de ella, y se la lleva por siempre en su corazón. Estos son para él campos sagrados. En ellos quedó el solo amor que ha dejado huellas en su poesía: el de su esposa, con quien casó allí y a quien allí perdió, después de haberla asistido amorosamente en un lento descenso a la tumba. Su lamentación no es plañidera, sino viril como toda su poesía de raigambre castellana, posterior a las *Soledades*. Cuatro versos, nada más que cuatro versos, que se dirían por su acento a un tiempo altivo y resignado, desgajados en *En Villequier* de Víctor Hugo, declarar su derrota:

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.

¿Creer, no creer?

Dice la esperanza: un día
la verás, si bien esperas.
Dice la desesperanza
sólo tu amargura es ella.
Late, corazón. No todo
se lo ha tragado la tierra.

La sola realidad es su honda aflicción y los sueños en que cree pasear por los campos de la mano de ella, como antes. ¿Creer o no creer? Cuando sueña con los ojos abiertos, muy pronto la ilusión se desvanece y se halla solo, triste, cansado y viejo; pero una vez dormido, la siente tan verdadera, que su esperanza reflorece. Dice:

Sentí tu mano en la mía,
tu mano de compañera,
tu voz de niña en mi oído
como una campana virgen
de un alba de primavera.

¡Eran tu voz y tu mano,
en sueños, tan verdaderas!...
Vive, esperanza, ¡quién sabe
lo que se traga la tierra!

ROBERTO F. GIUSTI.

El estudio que precede fué la primera parte de la conferencia leída por el autor el día 12 de mayo en la lección inaugural de los cursos de este año del Colegio Libre de Estudios Superiores, dedicada a honrar la memoria de Antonio Machado. La segunda parte, que se publicará en Cursos y Conferencias, revista del Colegio Libre, desarrolló el siguiente sumario: "Machado poeta gnómico, epigramático, satírico, civil, revolucionario. Su poesía, expresión de la congoja y la fe patriótica de la generación del 98. La filosofía de Juan de Mairena. El escritor, al servicio de la República. Su muerte."

EUROPA, O EL PARAISO DE LOS LOCOS

“De las partes septentrionales i también de Francia i Italia venían caminando recuas de libros de política i razón de estado, aforismos, discursos, comentarios, sobre Cornelio Tácito, o sobre las Repúblicas de Platón i Aristóteles. Recibía esta dañosa mercancía un censor venerable, en cuya frente estava delineado un ánimo cándido y prudente; el qual, en llegando estas cargas, dijo: ¡O, libros, aun para reconocidos peligrosos, en quien la verdad y la religión sirven a la conveniencia! Quántas tiranías aveis instroducido en el mundo i quantos reinos y repúblicas se an perdido por vuestros consejos!”

SAAVEDRA FAJARDO.

EN el gran vuelco de la historia que ocurre a principios del siglo XVI, España no solamente se derrama por América sino por toda Europa: a este lado del Atlántico, bajo las banderas atrevidas de los aventureros de la conquista; del lado europeo, a causa de Carlos V. Y España y Europa dan una impresión perfecta de locura. Los ejércitos — esos tercios de España que alcanzarán perpetua fama—, llevan entre las ramas del triunfo el aire de la batalla. La cultura de los humanistas pugna por surgir y suele romperse la cabeza contra el fanatismo de unos cruzados que acaban de triunfar sobre los árabes. Quienes salen para América en busca de aventuras, son casi siempre vagabundos que

han rodado por Europa unas veces en el saqueo de Roma, otras llegando hasta Viena para luchar contra Solimán, el magnífico. Asistimos a ese acto final en que se va a afirmar sobre el viejo continente el predominio de los europeos, expulsando por el Bósforo a los turcos y por España a los árabes. Pero no hay gobierno, por fuerte que sea, capaz de controlar una vida caótica que se desborda en un afán de empresas militares y de rectificaciones filosóficas. En las carabelas que parten de Cádiz hacia las Indias vienen bandidos, santos, ladrones, letrados, capitalistas... O, mejor dicho, hombres. Hombres que en el crisol de una lucha contradictoria tomarán unos por el camino que se acostumbra llamar de la santidad, otros por el que lleva a los bronceos heroicos. Pero, en el fondo, son unas mismas las pasiones que imprimen el movimiento, que sirven de trama y móvil a la vida. La casualidad acaba de colocar a Fulano sobre el pedestal de la gloria y a Zutano le hunde en el fango de la infamia. Aquí surgirá Aguirre como un tirano; allá, Cortés como un Dios. La sustancia de que están hechos los unos y los otros es la misma. El mismo barro de todos los mortales.

—E que yo me acuerdo —dice Oviedo— que los reyes Católicos mandaron en toda Castilla a sus jueces e justicias, que los que oviessen de sentenciar a muerte, o a cortar la mano o el pie o a darles otra pena corporal e infame los desterrassen para estas Indias perpetuamente, o por tiempo limitado, segúnd la calidad de su delicto, en lugar o recompensa de la pena o muerte, que assi se les comutasse...

De ahí salieron muchos grandes. La historia, vieja encubridora y moralista, buscará luego honrosas genealogías, o las hará sobre medidas, porque no está bien que los héroes surjan de este fango de miserias.



En Europa la familia misma es, como el Estado naciente, como la sociedad que hierve, un rompecabezas de palabras cruzadas. Quesada, el fundador de Santa Fe y descubridor del Nuevo Reino de Granada, no es Quesada, sino

Jiménez. Esta advertencia me parece muy útil, porque como yo creo que cuanto aquí escribo es susceptible de contradicción desde el punto de vista histórico, me tienta el pecado de decir una y otra vez que en estos de las Américas vale más la novela que la historia. Quesada es para mí un personaje que tiene algunas semejanzas con Colón. De esto hablaré luego, más a espacio. Y a propósito, Colón no es Colón, sino Colombo. Colombo, que quiere decir "paloma". Y Quesada también es Paloma o Palomela. Viene de aquella infanta Palomela que tuvo por armas dos palomas. Ya lo veremos. Quién creyera cómo, trepándose al árbol de las genealogías americanas, a este árbol del bien y del mal en donde han demorado el vuelo tantas aves de rapiña, lo primero que topa el curioso es con la paloma de Colombo y las dos palomas de Quesada!

Digo, pues, que Quesada no es Quesada sino Jiménez. El hecho carece de importancia, porque nunca se alcanza a saber exactamente, cuando de la conquista de América se trata, quién es quién. Es invariable la alteración de los nombres. Así, por ejemplo, Sebastián de Belalcázar se llama Sebastián Moyano, pero los historiadores gastarán cuentos de papel para decir los unos que se llama Belalcázar y los otros Benalcázar. Por supuesto que, en realidad, no es Moyano quizás, sino García. Sebastián García Moyano. Pero vaya el lector a decirles a los de Quito, Popayán o Cali, que el fundador se llama García Moyano, y verá cómo se le ríen en las barbas o le lapidan.

Me parece muy bien que en esto del origen de los héroes logre muy poco la historia y gane la leyenda. Jamás se sabe de ellos ni dónde nacieron, ni quiénes fueron sus padres, ni tampoco cuál es su nombre original. Los grandes capitanes de la conquista americana nacen en realidad en América. Cortés nace en Cuba, Pizarro en Panamá y don Pedro de Heredia en Santa Marta. Nacen ya con la barba poblada y el cuerpo lleno de cicatrices. Su juventud se pierde en conjeturas fabulosas, que tratarán de ennoblecer biógrafos empachados y genealogistas infatigables. Pero la verdad es que ni padres debieron tener nunca. Y así la madre de Pizarro,

en realidad, fué aquélla puerca distraída que le alimentó cuando la criatura estaba sin amparo, al quicio de una iglesia, en Trujillo.

Y volviendo al caso de Quesada, creo que el trastueque de su nombre tiene una explicación muy sencilla. Oviedo, el gran historiador, no es Oviedo sino Hernández; Gómara es López; Ocariz es Flórez; Piedrahita es Fernández, para no citar sino cuatro casos entre los de quienes escriben nuestras primeras crónicas. Y si nadie les llama ni Hernández, ni López, ni Flórez, ni Fernández será como para poner en prudente duda esta primera línea de sus atrevidas historias.

Entre los conquistadores, Andrés López, por ejemplo, fundador de Ibagué, es designado en la historia como Andrés Galarza. Y Pedrozo, el tremendo conquistador que dobla la cordillera central del Nuevo Reino luchando contra los Panches, se llama Francisco Núñez. Lo que ocurre es que en España, por exceso de precaución, a las gentes no se les dá el nombre del padre sino el de la madre, o el de un clan o el de una ciudad. Más aún: fíjese el lector, aunque le tachen de freudiano, cómo el apellido del padre sólo se atreve a ponérselo el primer hijo —el mayorazgo—, pero aun en este caso el pueblo malicioso y bajo sigue ateniéndose al segundo apellido: al de la madre. Aberración parecida a la de los aborígenes de ciertas naciones americanas que no admiten en sus dinastías sucesión sino en los hijos de las hermanas del rey, por ser esa línea materna la única certeza que encuentran de ser los sucesores dueños de una misma sangre.

Lo divertido es que sólo Pizarro, tan definitivamente bastardo, pasará a la historia con el apellido del capitán don Gonzalo Pizarro, su presunto padre, y no con el de su madre, la Francisca González, del arrabal de Huertas de ánimas.

En fin, y para no demorarnos más en esta nimiedad, la verdad es que en las genealogías españolas no se pinta muy a lo vivo el hecho de la paternidad, que con el andar de los tiempos será tan en altas voces proclamado. Ahora, cada cual escoge el nombre que le viene en gana, y dentro de una familia y unos mismos hermanos, el uno es Jiménez, el otro es Pérez, y Andrea y Magdalena serán Quesadas simplemente,

aunque a todos cobije el nombre de una población: Quesada.



Pero hay algo más en esto de las familias. Dicen los campesinos, cuando una planta se pone muy frondosa, florece mucho y no da fruto, que "se va en mero vicio". Me parece que algo de esto les ocurre a los árboles genealógicos que de España se trasladan a América. Algunos de ellos han hundido sus raíces en capas de siglos, y están abonados con el mejor abono que se conoce: sangre de moros. Esta sangre es la que da blasón y fertilidad. Una familia que ha matado muchos moros, será siempre una familia de pro. En el caso de los Quesadas hay mucho de esto. Este apellido recuerda una batalla que dió contra la morería uno de los viejos de la familia, que era entonces alcalde de la villa de Quesada. Porque, como digo, Quesada es Jiménez, o Jiménez es Quesada, aunque los Quesadas no son Quesadas sino Palomeques. Esto no lo entenderá nadie, ni nadie sabrá por qué de los hijos de Sancho Palomeque, el uno se llamará Gonzalo Palomeque, y el otro, Pedro Díaz Carrillo de Toledo, trocándose su gentilicio este último para quedar señor de Garcías, primero, y luego de Quesada. Se trata de uno de esos logogrifos que hacen de la genealogía la ciencia más erudita y complicada, y seguramente la menos divertida. Cervantes mismo reconocerá estos trastrueques cuando diga: El ingenioso hidalgo quiso ponerse nombre a sí mismo "y al cabo se vino a llamar Don Quijote; de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores desta tan verdadera historia que, sin duda, se debía de llamar Quijada, y no Quesada, como otros quisieron decir".

Pero volviendo a Quesada, digo que árbol mejor plantado no puede verse en la selva genealógica. Los primeros de la familia, godos puros. Mozárabes luego, cuando en Toledo andaban mezclados con la morería, conservando su progenio de cristianos. Como lo más noble de la familia, y lo más godo, parece que era una familia nombrada Palomela, traían palomas por armas: en campo de plata, dos palomas azules. Un

autor que se estime en materia de árboles, como por ejemplo don Juan López de Ocariz, escudriñando ramos encontrará por doquier Quesadas de comendadores, y, siempre, linaje ilustre, sin regateos. Cuando llegamos a la antesala de la conquista don Luis Jiménez y su mujer, Isabel de Rivera, tienen por hijos a Gonza Jiménez, Hernán Pérez, Francisco Jiménez, Jerónimo Jiménez, Melchor Quesada, Andrea Jiménez y Magdalena de Quesada. De aquí hubieran podido brotar retoños a porfía, por ser, como se ve, fértil el origen. Pero el árbol que se había sembrado con tanto esmero, se trasplantó a América, y aquello se fué en mero vicio o se fué por las ramas invisibles de la bastardía. Traer Quesadas a América, es como llevar aguacates o chirimoyos a España: que por más abono, por más sangre de infieles que se les ponga en las raíces, no pelean. Sobre todo, por la línea masculina. No hay duda de que los conquistadores conquistan, entre otras muchas riquezas del Nuevo Mundo, la riqueza de las Indias. Y si los genealogistas pudieran catalogar injertos, cosas muy buenas legarían a la historia. Pero hay algunas dificultades, propias de la inestabilidad social, que no dejan coleccionar datos, y así los árboles se agotan y sucumben. Algún día se escribirá la historia de los Quesadas, y esta historia será un espejo de genealogías en donde lo único que se vea claro es lo que la mujer echa al mundo. He aquí, anticipándonos en el relato, una rápida visión futura de la familia Quesada:

1. Gonzalo, muere sin sucesión, o con sucesión disimulada o incierta, y dicen que de lepra, en Mariquita;
2. Hernán, viene a las conquistas del Nuevo Reino y de Guayanas; muere de un rayo;
3. Francisco, murió abrasado por el mismo rayo, en Santa Marta, sin sucesión, ni casarse;
4. Jerónimo, de quien no se sabe nada;
5. Melchor, clérigo, no pasa a Indias;
6. Andra, casa con Hernando de Oruña, y por este lado la rama se expande y multiplica;
7. Magdalena, casa en Granada con el licenciado Luis Berrío, y por acá también sigue la fronda.

El final en la historia de los hombres de la conquista, se parece mucho a la manera como despachan los novelistas a sus personajes cuando empiezan a incomodarles y quieren salir del paso rápidamente: murió de rayo, murió de lepra, murió de clérigo: no dejó sucesión!



Cuando Quesada viene al mundo, al fin del siglo XV, tocando ya a esa línea ecuatorial que divide el XV del XVI, el continente fabuloso, el que está poseído de la locura, no es América, sino Europa. No es la primera vez, desde entonces, en que el historiador que trate de buscar algo de sensatez y cordura en la vida de los hombres tenga que volver los ojos hacia este lado de América. En el siglo XV, el descubrimiento y conquista de América no impresionan tanto como los hechos de la política europea que les son contemporáneos. España, justamente, desempeña en el viejo mundo, y por estos días, un papel de primer orden. Los cardenales españoles asaltan la silla de San Pedro y son todo un desbordamiento de lujuria. Los soldados españoles invaden a Italia, y catalanes y aragoneses son en Nápoles y Roma misioneros de barbarie. Hay una reina española que pierde la cabeza. Hay un rey español que compra la corona de Alemania en ochocientos mil florines. Y el mundo parece requerir a Erasmo que haga el elogio de la locura y la estulticia.

La infancia de Quesada, que nace en tierra de moros, discurre mientras los reyes humillan a la morería y les declaran una persecución sin misericordia a los judíos. Lo que harán los alemanas en el siglo XX, a nombre de una fantasía aria, lo hacen en los mismos idénticos términos los reyes de España, entre el siglo XV y el XVI, a nombre del catolicismo. El edicto de 1492 contra los judíos tiene más importancia para el mundo español que el llamado descubrimiento de América, ocurrido en el mismo año, y aun le produce mayores riquezas. Ese edicto tiene perfecciones como esta: "Con consejo y parecer de algunos prelados e grandes e cavalleros de nuestros Reynos, e de otras personas de ciencia e conciencia de nuestro consejo, aviendo avido sobre ello mucho delibe-

ración, acordamos de mandar salir todos los dichos judíos e judías de nuestros Reynos e que jamás tornen nin buelvan a ellos, ni a alguno de ellos: y sobre ello mandamos dar esta nuestra carta, por la queal mandamos a todos los judíos e judías de cualquier hedad que sean, que viven e moran e están en los dichos nuestros Reynos e Señoríos, así los naturales dellos como los non naturales, que en qualquier manera por qualquier cabsa ayan venido o estén en ellos, que fasta en fin del mes de Iullio primero que viene deste presente año, salgan de todos los dichos nuestros Reynos e Señorías con sus fijos e fijas e criados e criadas a familiares judíos, así grandes como pequeños, de qualquier edad que sean: e non sean osados a tornar a ellos ni estar en ellos ni en parte alguna dellos de bivienda, ni de paso, ni de otra manera alguna: so pena de que, si lo non ficieren e cumplieren así, e fueren halladoos vesinar en los dichos nuestros Reynos e Señoríos o venir a ellos en qualquier manera, incurran en pena de muerte e confiscación de todos sus bienes para la nuestra camara e fisco; en las cuales penan incurran por ese mismo fecho e derecho sin otro proceso, sentencia, ni declaración... E asimismo damos licencia e facultad a los dichos judíos e judías que puedan sacar fuera de todos los dichos nuestros Reynos e Señoríos sus bienes e hacienda por mar o por tierra, con tanto que non saquen oro, ni plata, ni moneda amonedada, ni las otras cosas vedadas por las leyes de nuestros Reynos, salvo en mercaderías, e que non sean cosas vedades o en cambios”.

De ahí en adelante, la persecución a los judíos se va convirtiendo en el hecho más dramático de la vida española, sobre todo en las ciudades que acaban de ser objeto de la reconquista. En la jerga vulgar y en los papeles reales se llama marranos a los judíos, y es curioso ver cómo van llegando, a las demás naciones, los marranos perseguidos de España. Al propio tiempo, los papas españoles publican bulas contra los marranos. Benedetto Croce, en el penetrante estudio que escribirá sobre España en la vida italiana del Renacimiento, aportará datos muy curiosos. Por ejemplo: “Aumentó la inmigración en Italia de los judíos y de los marranos,

perseguidos en España, donde se les quemaba: contra los judíos y marranos publicaron bulas Sixto IV en 1483 e Inocencio VIII en 1487. En 1492 estalló la gran persecución española contra ellos, y los judíos llegaron de España exánimes, escuálidos, macilentos, con los ojos hundidos, como cadáveres ambulantes, plantando tiendas en nuestras ciudades. A Nápoles —escribe un cronista en agosto de aquel año—, “comienzan a llegar naves cargadas de judíos, procedentes unos de Sicilia y otros de España, expulsados por el rey español”. En Roma, escribese en junio de 1493: “de prime parte marrani staterunt in maxime quantitate extra portam Apiam aput caput bovis abitentone tendentes, intraveuntque in urbem secreto modo”. En Ferrara, en julio se habla “de ciertos marranos expulsados por el rey de España”. Entre estos judíos había nombres doctos y de alto valor, como aquel Judas Abrabanel, que se llamó después León Hebreo”...



El año de 1492 es célebre por el hallazgo del Nuevo Mundo, pero también es célebre para España y para los demás países por algunos otros hechos. En este año se consuma la toma de Granada; en este año se dicta el edicto contra los judíos; en este año se hace pontífice el español Alejandro VI, y en este año el mismo Alejandro VI le entrega a César, su hijo bastardo, el báculo pastoral de Valencia y con este báculo la arquidiócesis más rica de España. Estamos en una época en que, como luego lo veremos más a espacio, las carreras profesionales se hacen en Europa con una rapidez extraordinaria. Hay que repetirlo: la locura no está en el nuevo continente, sino en el viejo. César Borgia tiene diez y nueve años cuando se le confiere la púrpura cardenalicia. ¡Qué ejemplo más sublime y qué estímulo, para los aventureros ambiciosos de España que se lanzarán a la conquista de Indias!

Pero volvamos a la actuación de España dentro del escenario europeo, porque así tendremos una espléndida visión de lo que es el mundo en donde se encuentran y chocan

el ardor de los cruzados que encabezan los reyes católicos, con la licencia del renacimiento italiano. La familia española de los Borgia refleja el caso de estos días. Por segunda vez, copiaré algunas líneas de Benedetto Croce:

“Las corridas de toros como los juegos de cañas no habían vuelto a verse en Roma desde los tiempos de Calixto; como Inocencio VIII, y so pretexto de la conquista de Granada, “*plures Prelati Hispaniace nationis... tanzos donarunt publice occidendos*”. César tenía la pasión de sus compatriotas por las corridas; en Roma el 24 de julio de 1500, día de San Juan, detrás de la Basílica de San Pedro, él, vestido de simple justador, con la espalada corta y la muleta, a pie, se las vió con cinco toros, a los que mató, quitando la cabeza a uno de ellos; otra vez que se detuvo en Cesena dió al pueblo el espectáculo de la muerte de un toro bravo. Corridas de toros, celebradas por él y por el séquito español, tuvieron lugar en 1502 cuando se celebraron las bodas de Alfonso de Este con Lucrecia Borgia, la cual llevó a su lado a varias damas españolas, como Angela Borgia, Catalina, Juana Rodríguez; en algunas ocasiones aparece vestida a la española...”



Es curioso que así como la política de Europa se mueve a impulsos de la juventud, la de América, la historia de América, la hacen personas de juicio maduro. Carlos V y Jiménez de Quesada nacen con pocos meses de diferencia. Pero a tiempo que Jiménez de Quesada se espera hasta los treinta y seis años para emprendr la conquista del Nuevo Reino de Granada, Carlos V se gana la corona de Alemania a los diez y nueve. Y mientras que César Borgia asalta el cardenalato a los mismos diez y nueve, Colón no llega a ser almirante sino al término de su vida.

Cuando Jiménez de Quesada, como cualquier andaluz, cumple veinte años, el panorama que se ofrece a su vista no puede ser más atractivo. De un lado se corona emperador de Alemania al rey Carlos I de España, con el nombre de Carlos V, y del otro lado Hernán Cortés realiza la conquista de México. Pero, como es claro, hay una diferencia sustancial

entre estos dos hechos que ven con estupor los jóvenes de España. La conquista de México encaja muy bien dentro de los cuadros lógicos y dramáticos de la historia: es el producto de una guerra audaz, en que las fuerzas militares que dirige Cortés se mueven a impulso de las combinaciones de su talento diplomático. La compra de la corona de Alemania, en cambio, resulta de un acuerdo entre banqueros y jóvenes inexpertos. En Cuba, la rivalidad entre el gobernador Diego Velázquez y Cortés es una guerra entre hombres de barba florida. En Alemania, la corona la colocarán los siete grandes electores sobre las sienes del muchacho que les pague una suma más halagadora.

Esta novela ocurre, así. Cuando muere el emperador Maximiliano, solicitan la corona de Alemania tres jóvenes, a quienes la historia tiene reservadas espaciosas habitaciones para un futuro muy próximo. El uno es Carlos I, rey de España, que tiene diez y nueve años; el otro, Francisco I de Francia, que tiene veinticinco; el otro, Enrique VIII de Inglaterra, de veintiocho. Carlos es rey de España desde los dieciséis años; Francisco, rey de Francia desde los veintiuno; Enrique, rey de Inglaterra, desde los dieciocho. Iniciados todos en el gobierno, todos igualmente golosos y dotados de una recia personalidad, ponen los ojos en una corona —¡y qué corona!— a la edad en que los muchachos suelen ir a la taberna para hablar de sus novias o idear minúsculas revoluciones parroquiales.

Como he dicho, el triunfo lo obtendrá quien halague más a los electores. Es cuestión de dinero y habilidad. Los banqueros dirán la última palabra. De algo parecido a un juego de bolsa, va a salir la suerte de Alemania. Ya Maximiliano había gastado seiscientos mil florines en comprar la voluntad de los electores para moverla en favor de su nieto, el rey Carlos de España. Pero “de nuevo se impuso el sentido común de los electores”, como dice el buen humor de Wyndham Lewis, y los electores, muerto Maximiliano, declaran terminado ese negocio y abren de nuevo a pública subasta la adjudicación de la corona.

Los incidentes de esta lucha no pueden ser más docentes. El rey Francisco dice que gastará tres millones a cambio de la corona, y a uno de los electores, como dice el biógrafo de Carlos V, Wyndham Lewis, a un elector eclesiástico, Mainx, le ofrece ciento veinte mil florines y la nunciatura en Alemania, de por vida. El elector de Brandeburgo y el arzobispo de Colonia también son sobornados por Francisco.

Por su parte, Enrique de Inglaterra, o mejor dicho: Wolsey, su capellán, envía a Pace con el objeto de hacer postura en el remate. El capellán Wolsey, amo en el consejo de Enrique VIII, no es hombre de escasas ambiciones: por dos veces presenta su candidatura para el papado; León X le ha hecho cardenal y maneja la mitad de la política europea. Pace, sin embargo queda vencido, ante la munificencia de Carlos y Francisco, y aconseja un discreto retiro de la candidatura de Enrique VIII, consejo que oye Wolsey como buen inglés.

Carlos compra la corona en ochocientos cincuenta y dos mil florines. "El arzobispo de Maguncia —narra Wyndham—, después de alguna discusión, se manifiesta dispuesto a aceptar los setenta y dos mil florines que le ofrece Carlos, y su ejemplo es seguido por los demás electores". La combinación la ha hecho la casa Fugger, que ha prestado quinientos mil florines al rey Carlos. De ahí en adelante veremos a Carlos hombro a hombro con estos antiguos banqueros, que venían adquiriendo posiciones cada vez más preponderantes, desde el ya lejano día en que Andreas Fugger, llamado por sus contemporáneos el rico Fugger, fué armado caballero en 1452. Porque no puede perderse de vista que el dinero hace caballeros, o, como dirá el español, poderoso caballero es Don Dinero.

Mientras estos jovenzuelos se disputan en esa forma la corona de Alemania, Hernán Cortés, hombre ya de treinta y cinco años, trabajado por la brava vida de Cuba, con unos cuantos centenares de hombres se interna en México, lucha contra ejércitos de millares de indios, se corona de victorias y conoce el rigor de las derrotas, hasta ganar para España una tierra dilatada y maravillosa, un imperio tan redondo

y definitivo, que se llamará en las crónicas nada menos que la Nueva España.

Estos son los dos ejemplos con que alecciona su juventud el abogado Jiménez de Quesada, mientras litiga contra su propio padre por asuntos de unos fabricantes de paños. No puede entonces pasar por su imaginación que veinte años más tarde haya de ser él mismo sujeto de algo parecido a esta escena de Carlos, de Francisco y de Enrique disputándose un nuevo reino. Hay una curiosa analogía entre el caso de Alemania y el del Nuevo Reino de Granada. Así como los tres reyes de España, Inglaterra y Francia se dan cita en 1519 para ver quién le pone la mano a la corona de Alemania, tres aventureros, Jiménez de Quesada, Sebastián de Belalcázar y Nicolás de Federmán, se encuentran inesperadamente, cara a cara, en 1539, sobre la cima de los Andes, para disputarse la conquista del Nuevo Reino de Granada. La diferencia está en que aquí no se pelearán el reino tres jovencuelos, comprándose la voluntad de unos obispos y electores, sino que son tres soldados, tres fieros capitanes que han jugado la vida en las expediciones más audaces que recuerde la historia. Detrás de cada conquistador no hay la pompa de ninguna corte, sino ejércitos que no llegan a doscientos hombres cada uno, y ejércitos roídos por el hambre y la fatiga, en donde cada soldado puede hacer las mismas proezas de un bandido y cometer los mayores atrevimientos. Los mismos capitanes son hombres cuyos títulos nacieron en medio de las tierras incógnitas, adonde no llegaba la autoridad del rey, ni el imperio de las leyes. Belalcázar y Quesada son alzados, que a espaldas de los gobernadores se levantan con la tropa y se hacen dueños de su destino y de sus hombres. Y el tercero, Nicolás de Federmán, por una ironía de América, es justamente quien obra a nombre de los banqueros alemanes.

Pero una cosa son las orillas del Rhin, y otra los páramos de América. Y al decidir sobre los títulos del Nuevo Reino, el licenciado Quesada se queda con la conquista, mientras el ario Nicolás de Federmán, respaldado por la banca de Alemania, tiritita de frío en medio de sus tropas desgarradas.



El novelón de tragedias en que se mueve España desde el principio del siglo XVI, de esa España que tiene a la vista Jiménez de Quesada, se perfecciona con la figura de doña Juana la Loca, que como una sombra melancólica se pasea en silencio al fondo del escenario. No hay duda de que la locura está en el cuerpo de Europa.

Un extraño y oportuno destino es éste que coloca a doña Juana como un oscuro fiel de balanza entre sus padres —los reyes católicos don Fernando y doña Isabel, bajo cuyo reinado se inicia la conquista de América—, y Carlos V, su hijo, que corona esa empresa tan llena de contradicciones y de absurdos.

Tendría apenas siete años Jiménez de Quesada, cuando una noche llega a Granada el cortejo fúnebre que acompañó los restos de Felipe el Hermoso. Tres meses antes había muerto este rey en Burgos. Doña Juana, su esposa, no se apartó un momento de la cabecera del enfermo. Los celos que la habían torturado cuando Felipe, apuesto y gentil, se había ganado el nombre de hermoso, recrudecían ahora, cuando el cuerpo apetecido empezaba a consumirse entre llamas de fiebre. Juana, que tocaba con avidez y terror las carnes del esposo, vió cómo la fiebre fué trocándose en hielo. Cruzó entonces las manos del rey, que pronto endurecerían la muerte, sobre el pecho viril. Con recogido sonambulismo puso la oreja al viento para escuchar el ruido de las esferas mientras el alma del rey se desprendía de la caja mortal que la alojaba. No se humedecieron sus ojos con una lágrima, no se desplegaron sus labios para decir una palabra, y entre el murmullo de los frailes y a la luz de las antorchas, se fué tras el féretro al convento de Miraflores, donde pasó noventa días guardándolo y celándolo. Ya cerca de la Navidad, la reina Juana hace que el féretro se coloque en una espléndida carroza. La tiran cuatro pesados caballos. Es de noche, y en los patios del convento resuenan herraduras, dobles de campanas, rezos y murmullos. Un séquito de criados prende las antorchas. La reina loca emprende marcha hacia Granada.

No quiere que jamás peine el sol sus cabellos, ni se mire su rostro en espejos de claridad. Una viuda —dice— que ha perdido el sol de su alma, no debe exponerse jamás a la luz del día. Los niños del campo que preparan entonces villancicos, que se alegran porque ya viene el niño Dios, miran desde las ventanas entreabiertas el ejército de sombras que, a la luz de los hachones de resina, cruza por los caminos como crespones y chispas contra el azul esmalte de la noche.

Cuando el cortejo se acerca a Torquemada, la reina hace alto en el patio de un convento, que juzga ser de frailes. De pronto se ve que llega una monja, y doña Juana se estremece del horror. Inmediatamente hace que el cortejo abandone el lugar y salga al campo libre. El viento silba, peina las antorchas, las apaga, y hay un chisporroteo trágico que corona de estrellas la cabeza alborotada de la locura. La reina está más tranquila, porque ha abierto el féretro y ha tocado los despojos de Felipe. Los campesinos llevan este cuento, casi sin atreverse a decirlo. En las ciudades hay momento de pasmo y estupor. Los villancicos tiemblan en la sombra, como luceros traspasados de frío. La reina se retira del mundo. De ahí en adelante, su figura agarrotada por la muerte no saldrá nunca de los claustros. Pero España toda estará cruzada de galerías, por donde la gente sencilla verá pasar la sombra de doña Juana, mientras su hijo Carlos, rey de España y emperador de Alemania, también a la luz del día inclinará la cabeza y hundirá los ojos para recrearlos en el misterio de la eternidad.



El 14 de marzo de 1525 se sabe en Madrid la victoria que los ejércitos de Carlos V han tenido sobre los franceses. Francisco en persona cayó en enmanos de los españoles. Victoria más extraordinaria jamás se habían soñado los soldados del rey Carlos. El mensajero, arrancando gritos a las piedras con las patas de su caballo volador, gastó un mes desde Pavía hasta Madrid para llevar el cuento de la victoria. A su paso despertaba canciones de entusiasmo. Cuando llega al palacio del rey, hace una venia profunda. Luego, todavía con la voz al-

borotada, le da la noticia a Carlos y pone en sus manos unos pliegos. El rey mira al mensajero, le mide de pies a cabeza, se entera de todo... y se retira a orar. La victoria se amortigua en el palacio con sordina. Más parece el eco de un órgano litúrgico que el canto de un clarín guerrero.

Hay algo que podría torturar en estos días al español, si el español abrigara sobre ello alguna duda. Es el permanente choque de una nación que vive todavía en el mundo intelectual de la Edad Media, y se estrella a tarde y a mañana con la ardiente ola del renacimiento que le llega de Italia, con la mordiente ola de la reforma que le viene de Alemania, con la ola irónica y sutil del humanismo que parte de los países bajos. En toda Europa hay una fiebre de cambiar valores, de revisar la vida intelectual, y sólo España, con Carlos V —que se retira a orar en las victorias y acaba la vida en un monasterio— con sus reyes católicos, con su reina loca, permanece muda y señera, afinando las cuerdas de la Inquisición. Estamos en la patria de Domingo de Guzmán y de Iñigo de Loyola. En las universidades la gente piensa más en la oración que en el estudio. Para el español auténtico el conflicto moral no existe, no existe la angustia de poner todas las noches en los platillos de la conciencia de un lado la verdad tradicional y del otro la posibilidad de negarla. El español es dueño de la verdad absoluta, y su misión se reduce a darles palo a los infieles. Las noticias que llegan de los otros países sólo encienden el deseo de combatir a los herejes, de maltratar a los tibios, de quemar a los judíos.

El mismo año en que el contradictorio espíritu de Colón toca la tierra americana, nace en Valencia un hombre que adornará su vida con las más finas cualidades del espíritu: Luis Vives. Luis Vives, compañero de Erasmo, apasionado amigo de la verdad, filósofo de la educación. Como en el caso de Colón, Luis Vives siente en sus carnes que la inteligencia no puede encender lámparas tranquilas en suelo español. Alguna vez le ofrecen una cátedra en la universidad de Alcalá, pero Vives, que se pasa la vida en los Países Bajos o en Inglaterra dialogando con los autores del *Elogio de la Estulticia* y de la *Utopía*, esquiva su presencia en la España de Domingo de Guz-

mán. Rehusa servir la cátedra que se le ofrece. “De establecerse en su patria —dice su biógrafo—, hubiera prestado menos servicios a las letras, y hubiera corrido la misma suerte que Juan de Vergara, Bernardino Tovar, Pedro de Lerma, Luis de la Cadena, Alonso de Virués, y tantos otros renacientes sus contemporáneos, víctimas de la implacable saña inquisitorial”.

Precisamente en Alcalá es profesor el teólogo extremeño Diego López de Zúñiga, quien, bajo la protección del cardenal Cisneros, ha tomado parte en la confección de la Biblia poliglota complutense de que se habrá de gloriarse España por muchos siglos. Pues bien: cuando Erasmo publica su *Novum Testamentum*, elogiado por León X y por los altos doctores de la cristiandad, Zúñiga le trata de “ignorante de las sagradas escrituras, indocto en el arte gramatical, estúpido, ignorante, alucinado, inepto, calumniador, que delira embrutecido por la manteca y por la cerveza de su patria.”

Este es el ambiente que se respira en las universidades de España y el ambiente que respira quien, como Jiménez de Quesada, estudia en esos días cánones para recibirse de licenciado. Los conquistadores que salen para América, tendrán en América que entenderse más con las cosas humanas que con las divinas. Los que se quedan en España, al frente de los ejércitos de la Iglesia, serán ardientes defensores de la fe. El año preciso en que Jiménez de Quesada dé vida y forma al Nuevo Reino de Granada, fundará San Ignacio de Loyola la Compañía de Jesús. Y mientras San Francisco de Borja, años más tarde, ocupará el puesto de San Ignacio al frente de la Compañía, su pariente don Juan de Borja, vendrá a administrar en Santafé de Bogotá los negocios de los hombres desde la presidencia de la Real Audiencia...

Contra lo que se dice vulgarmente, la verdadera obra de propagación de la fe no la está haciendo España en América, sino en la propia España.

¡Y de qué modo!

GERMÁN ARCINIEGAS.

Menlo Park (California).

RUBEN DARIO INTIMO *

HALLÁBAME yo en París, en 1900, alojado en el hotel San Sulpicio. ¡El hotel San Sulpicio! Cien años viviera y cien años lo recordara, cual si ayer me hubiera despedido, casi arrasado en lágrimas, de su propietario "mosiú" Miralles, un mallorquín alto y huesudo de barbas negras y ensortijadas de Faraón de opereta, de frente amplia sobre la que caía una pelambre en tirabuzones admirablemente verticales; de ojos terribles, brillantes, multicolores, inmensos cual dos bolones de vidrio...

Aquel hombre de cara impresionante, de dedos gordos florecidos también de pelos en todas sus falanges, y de uñas amarillas y curvas como picos de loro, tenía un corazón más blando que la sobresada mallorquina, que las "esiamats", las "tortés", los "burregos de cardedeu" o los "curquiñoles" de su tierra adorable. Aquel hombre era la bondad oculta en una manigua de pelos y traicionado por una voz de sochantre en trance de jubilación.

No era un hotelero; era simplemente el hermano guardián de un convento laico, en pleno Barrio Latino, donde siempre había albergue y comida para todo aquel que demandase refugio. ¿Qué escritor adolescente, español o hispanoamericano, que allá por los años de 1898 y 1900 fuera a París con dinero sólo para un mes, no ancló indefinidamente en el puerto de Miralles, Casimir de la Vigne, N^o 7 "en face al Odeón"...? ¿Qué turista americano joven, despedido galantemente del hotel de lujo, tras el tropiezo de una

(*) Este capítulo inédito sobre Rubén Darío pertenece al libro *Memorias de un hombre de teatro*, que dejó escrito Enrique García Velloso. Un segundo capítulo estaba destinado a evocar el proyecto de colaborar García Velloso y el inmortal poeta de *Prosas profanas* en una obra teatral, como se deduce por una carta autógrafa de Rubén Darío, en nuestro poder.

"adición" semanal en retraso, no se trasladó con sus bártulos a la casa de Miralles a esperar el giro quimérico que no llegaba nunca...? ¡Pobre Miralles! ¡San Miralles, hotelero y mártir! ¡Eres digno de figurar en el Santoral hispanoamericano, a la diestra de Santa Rosa de Lima y de San Francisco Bolaños!...

Mi querido amigo Rafael Manzanares, con esa absoluta falta de sentido económico, característica en los españoles de raza que han vivido siempre a lo Duque de Osuna, me llevó a un hotel suntuoso frente al teatro de los Bufos. Recuerdo como si ahora fuese, y se me hace agua la boca el evocar nuestro primer almuerzo en París. Estoy oyendo la voz atiplada del "maitre" que al inclinar la cuneta de mimbre donde dormía arrebuñado entre telas de araña el "Macón", decía en castellano para adularnos y guiñando el ojo derecho: "cosecha de 1867". Manzanares, redactor de *Tribuna* por aquel entonces, estaba simplemente de paso en París, a la espera de una carta de Mariano de Vedia, con cierta comisión para la Delegación Argentina en Londres. Yo, en cambio, tenía el propósito de quedarme en Francia varios meses. Dicho se está, que mis emolumentos de corresponsal de *El Tiempo* no me permitirían reincidir muchas veces con el "Macón" de 1867...

—Don Rafael... Que esto no puede continuar así... Don Rafael, que yo debo buscarme una casa barata...

—¡Cállese, usted!... ¡Ande o no ande, caballo grande!... Beba usted... que como salga bien lo de Londres...

Lo de Londres debió salir muy mal, porque una tarde al regresar al hotel, ví a Manzanares liando sus petates rumbo a los madriles, donde tres meses después, ¡ay de mí!, nos encontrábamos comiendo "capuchinos almibarados", en la Mahonesa... La misma noche de la partida de Manzanares, resolví apearme del "caballo grande" y en la casa de Gómez Carrillo, (Faubourg Montmartre N° 17), un señor muy solemne, enlevitado y enchisterado siempre (se llamaba Lacassin), me indicó que alquilase habitación en el hotel de Miralles. El poeta Machado, que aun no soñaba con llegar a ser uno de los primeros líricos españoles, asintió exaltando la baratura de aquella casa, y otro de los contertulios, poeta salvadoreño, se brindó a darme una carta de recomendación para Miralles. Aceptados los consejos y la carta, a la mañana siguiente, muy temprano, se detenía mi fiacre en la puerta del "Hotel San Sulpicio".

—¿El señor Miralles?

—¡“Mosiú” Miralles! —dijo una chica.

—¡“Mosiú” Miralles! —dijo un negro, portero.

—¡“Mosiú” Miralles! —dijo una vieja que estaba repasando servilletas.

Y “mosiú” Miralles y sus barbas, y sus tirabuzones y sus uñas, avanzaron hasta mí. Me eché a temblar... ¡Santo Cristo, vaya un tío con toda la barba! ¡Donde voy a meterme! Y más muerto que vivo, le alargué la carta del poeta salvadoreño.

Miralles se caló los lentes, leyó la esquila, me miró largo rato y después de rumiar la respuesta, moviendo mucho los bigotes y las barbas, hasta convertir toda su cara en un fantástico erizo, exclamó con una voz digna de entonar el “¡traditor!” de los faraones que juzgan a Radamés en el cuarto acto de “Aída”!

—¿Americanito también?... ¡Buena, buena está la América!...

—Regular — le respondí en tesitura de vagido.

—Pues, francamente, me extraña mucho que este sinvergüenza que me adeuda quinientos francos, le recomienda a usted...

—Este...

—No... el debert, no es mancilla. Pero el debert y no dart asplicación, sa apellida, en buen romance, timo. Subirse a mis barbas por escalamiento, ¡no! Hay ascensor...

Y volviéndose hacia el negro habanero, que gorra en mano aguardaba órdenes, le dijo: “Baje usted el equipaje del señor.”

Entregué al negro un luis para que abonase al cochero. Efecto mágico.

—¡Cambio de un luis!

—¡Cambio de un luis!

—¡Cambio de un luis!... Y así hasta tres veces más, como en un campamento el “¡centinela alerta!”... ¡alerta!, ¡alertaaa!...

Breves minutos después estaba instalado en un cuarto delicioso, cuyo balcón enfrentaba con la estatua de Augier y las arcadas del Odeón... Más allá, los árboles del Luxemburgo ponían su nota de poesía infinita por toda la avenida del Observatorio...

En aquel cuarto me pasaron cosas fantásticas. No recuerdo haber sufrido mayores amarguras en toda mi vida. Enfermo, gravemente enfermo, recibiendo todas las mañanas la visita de un médico que me cobraba antes de marcharse diez francos; con un

recetario enorme de potinges que me dejaron sin blanca; rodeado por amigos cariñosísimos, pero que ninguno de ellos tenía un luis, pasé quince días inverosímiles a la espera de los mil francos mensuales que me enviaba Carlos Vega Belgrano...

El día de todos los muertos me eché a la calle por consejo de la linda catalanita rubia que hacía de camarera en lo de Miralles. Al pasar por el hotel Capucines, se me ocurrió preguntar por Angel de Estrada, que ignoraba mi estancia en París. Como no lo encontrara, le dejé dos líneas de salutación y le apunté mi domicilio. Al regresar a mi cuarto, la catalanita rubia me recibió diciéndome con una gran alegría: "¡Hay un cable para el señorito!"

Era de Vega Belgrano que me comunicaba lo siguiente: "Doctor Angel Villa tendrá en adelante dinero para usted." Las once palabras aventaron completamente mis alifafes y París volvió a parecerme el Paraíso...

¿Pero dónde vivía el doctor Villa? ¿En qué hotel? ¿En qué casa?... Ya no era hora de ir al Banco Español, al Crédito Lyonés o a la Legación, donde seguramente lo sabrían... Corrí a ver a Miralles, le enseñé el telegrama, me puse a llamar a grito pelado a los compañeros que vivían en el mismo hotel... En el día de todos los muertos, retornaba yo a la vida...

Era casi el anochecer, cuando Angelito Estrada, en respuesta a mi saludo, me envió un billete azul, invitándome a comer y presenciar el estreno de *Alketis* por los artistas de la Comedia Francesa, que trabajaban a la sazón en el teatro de Sarah Bernhard a causa del incendio ocurrido meses antes en la casa de Molière.

Me puse el frac, me encasqueté la chistera y media hora después subía al departamento de Angel de Estrada en el hotel Capucines...

Angelito Estrada fué, sin duda alguna, el más completo talento literario de la generación anterior a la nuestra. Fué también el más envidiable de nuestros escritores por la felicidad absoluta que lo rodeaba. Se me había quejado, sin embargo, de mal de estómago. Estaba a régimen. Bebía apenas en cada comida una copita de vino blanco y se echaba al colete entre la sopa y la compota, grandes vasos de agua de Evíán. Acababa de recorrer medio mundo batallando con su dispepsia. Mientras nos servían en un comedor lúgubre y silencioso, que más parecía el de un lord rico y abúllico, que el

de un hotel del boulevard; mientras contemplábamos los hombros admirables de carne brillante y tensa de una norteamericana que comía, también muy triste, cerca de nuestra mesa, Estrada me hablaba de Heredia, describiéndome una reunión literaria en el salón del gran poeta. Esta evocación, le daba fácil motivo para hablarme del París literario que sólo algunos privilegiados extranjeros pueden conocer de cerca. Yo le refería mis días en Roma pasados con Ruben Darío, de nuestra visita a León XIII...

—¡Rubén Darío!... ¿Y dónde está ahora?...

—Lo dejé en Frascati, después del casamiento de la hija de nuestro ministro Moreno con el Conde Guicciardini. No debe de haber vuelto a París.

—Y aquí, ¿dónde vive?

—En la casa de Gómez Carrillo hay un cuarto que dicen es de él...

Hablamos enseguida de las finanzas terribles de Rubén; de su vida complicada y nómada... Hablamos, hablamos, hablamos de Rubén, siempre de Rubén... incansablemente... Yo le referí en las condiciones en que había escrito para *La Nación*, el enorme poeta, sus impresiones sobre León XIII, con el título de *El Papa Blanco*, media hora después de haber salido del Vaticano, sin tan siquiera quitarse la chistera, en un tratoría vecina a la Plaza de San Pedro, mientras Larrañaga, Manzanares y yo almorzábamos macarrones al gratin...

¡Qué página maravillosa! Más tiempo hubiera costado a cualquiera pasarla en limpio que a él escribirla... Y cuando, una hora después, Paúl Mounet, trucado de Baco, apareció recitando los versos de la adaptación francesa de Eurípides, y la hija de Henry Fouquier exhibía ante el deslumbramiento colectivo sus estupendos brazos praxitelescos, dejamos de hablar de Rubén, pero sin olvidarlo. Parecía estar con nosotros, diciéndome por lo bajo: "¡Qué brazos, Enrique!"

En realidad en el escenario no había otra cosa que admirar... Aquellos griegos eran de Montmartre y aquella resurrección clásica resultaba una lata formidable... "En las arenas de Bezier —nos dijo en el foyer un argentino que se las echaba de helenista— esto era otra cosa... el sol... el cielo... las cocotas, ¿saben?, consti-

tuían un conjunto mucho más interesante que el de una tarde de Grand Prix en Longchamps...”

¡Grecia pura!



... La puerta del hotel de Miralles, la abre con un neumático, desde su camastro, el negro cubano. Al dirigirme a mi cuarto, veo luz en el “bureau”.

— Buenas noches, Miralles. ¿Trabajando? ...

— Sí. Haciendo cuentas... Esto va mal, muy mal... La interrupción de giros sudamericanos nos precipitará en la ruina. ¡Estas revoluciones sutamericanas! ¡Ah!... Se me olvidaba... A eso de las diez, estuvo a buscar a usted un caballero sutamericano también... Pero no se alarme. Tenía buen aspecto, buen levitón y un reluciente sombrero de copa. Se le dijo que había ido usted al teatro y respondió que volvería después de las doce. ¿Se le deja subir?

— ¡Sí, hombre, que suba!

Al lado de mi cuarto había cuchipanda. Empujé la puerta y ví, al amor de la estufa, todos en camisón y pantuflas, excepto Ezequiel Soria que vivía en la Cité Magenta 3 y estaba de visita, al empresario de teatros Losada, a Dols, Paso, Costa, Zavalía, un Borquex chileno y seis chicas del cartier a quienes les hacía mucha gracia eso de chupar por la bombilla “té american”, esto es, mate. No había tenido tiempo de despojarme del gabán, cuando llamaron con los nudillos en la puerta.

— ¿Quién? — dijo el dueño del cuarto.

— ¡Rubén Darío!

¡Sensación!

— ¡Que no pase, hombre! ¡Mire en qué facha va a encontrarnos!

Avancé rápidamente hacia la puerta y me encontré en el pasadizo oscuro con el hombre enlevitado y de sombrero de copa a quien se había referido minutos antes Miralles. No me dejó que lo saludase ni me saludó él tampoco, limitándose a decir rápidamente:

“Hoy por la mañana llegué de Italia; a la tarde visité a Emilio Mitre; me dió cinco mil francos; sé que usted no tiene dinero; vengo a traerle la mitad...”

— ¡Pero Rubén!...

—Mire, Enrique: Cuando usted quiera saber si un hombre es amigo suyo, pídale plata. Si la tiene y no la dá, es mentira su amistad. . .

Le manifesté que mi situación había cambiado y le hice entrar en el cuarto, a que lo saludasen los amigos.

Las timideces de Rubén, de todos conocidas, nos hicieron pasar momentos angustiosos. Aceptó un mate, que se le cayó y cuyo contenido le quemó las manos al querer abarajar la calabaza; se manchó la flamante levita, se le escapó el bastón al fuego de la chimenea, se sentó sobre la chistera. . . Esos desbarajustes tardaron menos en suceder que yo en relatarlos. . .

Rubén no venía solo. Traía de acompañante a un joven andaluz que se había quedado en el pasillo y a quien nos lo presentó después de tranquilizarse.

—El señor Montespina, corresponsal en París de *El Defensor de Granada* y nuevo secretario mío.

La mayoría de los secretarios que tuvo Rubén sólo le sirvieron para acompañarlo en sus peregrinaciones por los cafés y robarle el dinero.

Rubén nos invitó a ir a pasar un rato a la taberna del Panteón. Sabido es que en el Barrio Latino se cierra todo después de media noche. En la "patisserie" de la rue Saint-Michel, largamos el lastre de las chicas del barrio y entrando y saliendo de cuanto chamizo y "brasserie" nos permitían beber junto al mostrador entre los escobazos de los criados, fuimos a dar al café Cyrano, frente al Moulin Rouge, en pleno Montmartre, a las dos de la madrugada.

Según su costumbre, Rubén prohibió terminantemente que ninguno pagase la más mínima "consumación". A un simple gesto de Rubén, el flamante secretario, que llevaba los cinco mil francos de Emilio Mitre, ya descabalados, arreglaba las cuentas.

En Cyrano, conocí aquella noche a uno de los hombres más caballeros y más serios que me haya echado a la cara. Me refiero al poeta mejicano Amado Nervo, que me llamó aparte para que, con habilidad, llevase a Rubén a su casa y procurase quitarle la cartera de dinero al secretario de marras.

—¡Este Rubén es un niño! Llévelo usted de aquí. . .

¡Cualquiera le proponía a Rubén que nos fuésemos a casa! Insiné sin embargo, la necesidad de descansar. . . Pero Rubén empe-

zó a hablarme de tú, fraternalmente, cosa que hacía en instantes de ternura alcohólica; me explayó una enorme serie de proyectos periódicos que haría efectivos en *La Nación*...

—Escribiré *El hombre del oro*... Verás... verás qué novela... ¡Grande!... ¡Muy grande! ¡Emilio Mitre es todo un hombre!... Y hay corazón, ¿eh?... ¡mucho corazón!... Quiero que esta misma noche le escribanos una carta al viejo, Velloso... ¡Garçon!... Papel... pluma... ¡Verás!... ¡Vamos a darle mucho gusto!...



Empezaron a apagar las luces; salieron a relucir las escobas y los plumeros...

Otro gesto al secretario, que sacó un billete, y a la calle.

Montmartre estaba divino en aquel claror azulado de la madrugada... A pocos pasos de Cyrano, los cristales rojos de una taberna de cocheros parecían parpadear como las luces de un faro...

—¡Allí!... — dijo Rubén.

Empujamos la puerta. Una etérea oleada acre de vinazo se nos metió hasta el tuétano...

Varios individuos rodeaban un asador de castañas.

—A donde fueres, haz lo lo que vieres —exclamó Rubén.— ¡Vino y castañas!...

De pronto, un obrero alto, de barbas rubias, recio, vendiendo salud y energía entró en derechura al mostrador; el patrón alargó la mano hacia un estante y cogió una media botella de un vino que parecía oro fundido. Mientras golpeaba el patrón con el sacacorchos la cubierta de lacre, Rubén, levantándose poco a poco y apenas estallado el taponazo, dijo:

—¡Vox pópuli, vox Dei! ¡Que nos traigan de ese vino!...

No hubo manera de convencer a Rubén de la necesidad imperiosa que teníamos de dormir...

—Iremos a un hotel cercano, todos. Sí, Enrique, no me abandones... Almorzaremos juntos, iremos al bosque de Vincennes y por la tarde, te presentaré una figulina de Tanagra que ayer conocí... ¡Deliciosa! ¡Divina!... Hoy es, precisamente, su cumpleaños. Le pregunté que quería que le regalase... Tiene "pasión" por una sombrilla que ha visto en la Avenida de la Opera... Tú,

que entiendes más que yo de estas cosas, me acompañarás a comprarla... No me abandones...

Francamente, no me desagradaba quedarse a dormir a pocos pasos del sitio donde estábamos, ahorrándome el viaje, calamitoso, a pleno sol, de chistera y de frac, hasta el otro lado del agua...

El secretario andaluz, que no había hablado una palabra en toda la noche, y a quien parecían saltársele de las órbitas sus negros ojos morunos, dijo: "Podíamos ir a dormir al "Rat qui n'est pas mort". Y allá fué la caravana.

Mientras nos preparaban las camas, Rubén Darío hizo, lápiz en mano, el "menú" del almuerzo. Lúculo redivivo no habría encargado cosas más exquisitas y raras, vinos más añejos... Lo que no hubiera en la casa, se mandaría buscar fuera...

Yo hice un ensayo de moral administrativa, aconsejando a Rubén que se sofrenara en aquel gastar tan sin sentido ni objeto... El poeta me respondió:

—Con tal que nos queden ochenta francos para la sombrilla de Madame y doscientos francos para la comida de la noche, el resto sobra.

—¿Y mañana, Rubén?

—¡El porvenir proveerá!

Fué desnudándose muy despaciosamente, alternando el despojo de cada prenda con buchec de whisky y agua mineral.

El secretario granadino presenciaba, casi desde la puerta, aquella escena, en actitud sombría, con los ojos muy abiertos y brillantes.

—Puede acostarse cuando usted guste, Montespina. Despiérrteme a las doce. (Mutis del secretario). Creo que he hecho una gran adquisición. Es un gran dactilógrafo. Me sigue al dictado casi con la celeridad de un taquígrafo. Además, como usted se habrá dado cuenta, es de una admirable discreción... Apenas habla; apenas compromete opinión. Parece mentira que haya nacido en Andalucía. Haremos buenas migas...

—Me caigo de sueño, Rubén. Voy a mi cuarto. ¿Le cierro los postigos?

—No... no... deja que brille el sol...

—Hasta después...



A las doce del día, el dueño mismo del "Rat qui n'est pas mort" golpeaba en los cuartos llamándonos para almorzar.

Después de una somerísima toaleta, entré en el cuarto de Rubén. Estaba sentado en la cama, con una copita de fernet en su diestra y un papel casi hecho pelota, en su izquierda.

Me recibió sonriente y después de sorber un trago de la más amarga de las pócimas aperitivas y de hacer varias veces ese sonido nasal tan peculiarísimo en él, exclamó, tras un breve esfuerzo de tartamudez:

—¡Somos barro!... ¡El hombre es barro!... Créamelo... ¡Barro!... ¡Barro!... (Nuevo sorbo. Pausa. Castañeteo. Calofrío producido por el amargor. Parpadeo). ¡Barro!... ¡Barro!

—¿Pero qué pasa, Rubén?... Vamos, ¿qué es eso?

—Barro, Enrique mío... ¡Barro!... Lee y te enterarás...

Deshice aquella pelotilla de papel y leí en voz alta poco más o menos lo siguiente:

"Querido maestro: sé que lo que hago es una canallada. Perdón. Cuando usted reciba la presente, estaré muy lejos de París. No sé si algún día volveré a ponerme frente a usted. Si tal sucediera, es que podría devolverle los tres mil ochocientos francos que le robo. Otra vez perdón..."

—¿Lo ves?... ¡Barro!

—¡Pues sí que había hecho usted una gran adquisición!...

—¡Barro!... ¡Y lo más horrible de todo esto es que no podré comprarle la sombrilla a Madame!...

—¡No, Rubén... Lo más horrible es que usted ha encargado un almuerzo de quinientos francos y no hay con qué pagarlo!

—La sombrilla, el almuerzo... ¡Nos ha complicado el día el gitano ese!... ¡Por vida del Albacín!... que diría Valle Inclán...

Y soltó el trapo de la risa, una risa histérica, con amargos de asfixia y gran movimiento de hombros. Cuando se hubo calmado, le dije:

—Aquí, lo único práctico es que yo salga en busca del doctor Villa que, como usted sabe, tiene dinero para mí.

—Te acompaño.

—Piense usted que en esta casa nadie nos conoce y que alguien debe quedarse como garantía del pago hasta que yo vuelva.

—¡Yo no me quedo! En rehenes, ¡jamás! Llámalo al patrón.
—Y saltó del lecho.

Cuando los demás compañeros se enteraron de la barrabasada del secretario, Rubén ya había parlamentado admirablemente con el patrón del "Rat qui n'est pas mort" y nos invitaba a marcharnos. Alguien propuso dar parte a la policía.

—¡Nunca en mis días! —exclamó Rubén—. La libertad de un hombre, por canalla que sea, vale más que la miserable cantidad de dinero que ahora nos aflige.

Y cogiéndose de mi brazo, me dijo en voz baja y profundamente triste:

—¡Lo único que siento es la sombrilla de Madame!

—Ya arreglaremos eso — le contesté.

—A las cinco te espero en Kalisaya. No faltes, Enrique...

—Hasta luego, Rubén. — Y salí en busca del doctor Villa.



Al anoecer, nos hallábamos en el pintoresco bar californiano, Rubén, Madame, la sombrilla de Madame y yo. Llovía a cántaros.

ENRIQUE GARCÍA VELLOSO.

“SURPRISE - PARTY”

BUENOS AIRES, 1925. Una pequeña sala en la “garçonnière” del doctor Jorge Ribera. Muebles de buen gusto, confort. Un amplio diván adosado al foro. Junto a él, una mesa baja, sobre la cual se ve un retrato de mujer, que una lámpara ilumina de lleno. Al otro lado del diván, una mesita para el teléfono. A la derecha, en primer término, una mesa escritorio, sobre la que hay libros, papeles y un vaso de cristal con rosas.

Al descorrerse la cortina, Jorge Ribera, en el diván, lee un diario que lo oculta casi por completo. Se oye, tras ese biombo de papel, un largo bostezo.

Suena el timbre del teléfono, sin que el lector abandone su postura.

Entra en escena Severina, una sirvienta más avejentada que vieja.

SEVERINA (Al teléfono). — ¡Hola!... Sí, señorita, con la casa del señor Ribera. ¿Y yo? . . . ¡Ah, señorita, qué sorpresa, tanto tiempo! ¿Cómo está usted, señorita? . . . ¡Qué gusto de oírla! . . . ¿Quiere hablar con el señor? Un momento, señorita, voy a ver si está en casa. . . (Tapa con la mano el receptor).

JORGE. — ¿Quién es?

SEVERINA. — La señorita Fernández.

JORGE (Un tanto desconcertado). — ¿La señorita Fernández?

SEVERINA. — Sí señor. ¿Qué le digo?

JORGE. — Dígale. . . Deje nomás. Deme el tubo.

SEVERINA (Cumple la orden). — Bien, señor. (Sale por izquierda).

JORGE (Al teléfono). — Hola. . . Susy, ¿tú aquí? . . . ¿Desde cuándo en Buenos Aires? ¿Sí? No sabía una palabra. Pudiste ha-

berme escrito. Una postal, siquiera... Sí, tienes toda la razón del mundo, soy el culpable de todo, pero eso ya pasó, es historia vieja. ¡Qué alegría escucharte! No te imaginas qué alegría, qué emoción tan grande. Y qué sorpresa. ¡Como nunca leo las "notas sociales"!... ¡Cómo iba a figurarme, después de tantos meses!... ¿De dónde hablas?... ¿En la esquina? Sí, claro que puedes subir. No: solo, como de costumbre. No pensaba salir hoy, casi nunca salgo de noche... Te espero. *(Cuelga el tubo)* ¡Severina!... *(Entra la sirvienta)*. Severina, hágame el favor... *(Suena de nuevo el teléfono)*. A ver, atienda, Severina... *(La mujer cumple la orden)*.

SEVERINA *(Al teléfono)*. — Hola... Un momento, señorita. *(Tapando el receptor)*. Es la señorita...

JORGE. — ¿Qué señorita?

SEVERINA. — La señorita Fernández, otra vez.

JORGE. — Ah, está bien, deje nomás. *(Al aparato)*. Hola... ¿Cómo? ¿La blusa rusa?... Bien. Me pondré la blusa rusa. Sí, sí, te espero. Hasta ahora. Hasta ahora. *(Cuelga el auricular. Muestra nerviosidad mientras dice lo que sigue)*. Severina... Ve, Severina, llévase esas flores, póngalas en cualquier parte. En la cocina. No, en la cocina no; en el cuarto de baño. No, tampoco; llévelas a su cuarto. Pronto, Severina, por favor.

SEVERINA *(Cumple la orden. Se dispone a salir por la izquierda)*. — Bien, señor.

JORGE. — Ah, y el retrato. Llévase también este retrato. *(Se lo entrega. Sale por la derecha y vuelve un instante después, vistiendo, en lugar del saco "fumoir" una espléndida blusa rusa, deslumbrante de bordados. Severina, en la puerta, se ha detenido contemplando el retrato)*.

SEVERINA. — Señor, discúlpeme... Siempre por preguntárselo, y nunca me he atrevido... Esta señorita ¿es la novia del señor?

JORGE. — No, Severina, no es mi novia. Es el retrato de alguien que no existe, el retrato de una pobre muchacha muerta. *(Hay un silencio)*.

SEVERINA. — Perdone el señor.

JORGE. — No es nada, Severina. Vaya, lleve todo eso a su cuarto. Ah, oiga, Severina: si alguien llama mientras esté aquí la señorita Fernández...

SEVERINA. — No abro.

JORGE. — Eso es. No abra.

SEVERINA. — Bien, señor. (*Sale. Jorge arregla, nerviosamente, los objetos que hay sobre el escritorio. Examina unas cartas, y las guarda en un cajón. Sale por derecha, y vuelve al instante, trayendo un pequeño pibetero de cobre, en el que coloca, encendida, una pastilla aromática. Apaga la luz del escritorio. Prende un cigarrillo, mientras pasea nerviosamente. Se oye un timbre. Un instante después, entra por la izquierda Susy. Viste con elegancia. Jorge tira el cigarrillo en cualquier parte y se adelanta hacia ella.*)

JORGE. — ¡Susy!

SUSY. — ¡Jorge! (*Un abrazo largo. Enlazados, avanzan lentamente hacia el diván. Se sientan.*)

JORGE. — ¡Qué emoción, qué alegría volver a verte, volver a tenerte conmigo! (*Toma la diestra de ella y la coloca sobre su corazón.*) ¿Sientes cómo me palpita el corazón? Igual que hace seis años, como la primera vez que viniste. La misma emoción al oír el ruido del ascensor, algo así como si me subiese por la columna vertebral... Igual que aquella vez...

SUSY (*Le toma las manos y las besa.*) — Jorge, querido, querido mío... No sabes cuánto he soñado con este momento, cuánto deseaba volver a verte, aquí, en este mismo sitio donde hemos sido tan felices... (*Jorge le acaricia el pelo, la nuca, los brazos desnudos.*)

JORGE. — Bueno, pero cuenta, dime lo que has hecho en todo este tiempo, háblame de tus viajes, de tu vida...

SUSY. — Sí, te hablaré, te contaré todo. Pero espera a que me serene, espera que reconozca, una por una, todas estas cosas que me son familiares y queridas: este diván en que nos besamos tantas veces, tu escritorio, tus libros... todas tus cosas. (*Busca algo con la mirada.*) Y ¿mi retrato? Jorge ¿dónde está mi retrato?

JORGE (*Después de un breve instante de perplejidad.*) — ¿Tu retrato? Siempre a mi lado, Susy: en el dormitorio. Un instante... (*Se incorpora, sale por la derecha y vuelve con un retrato, que coloca sobre el escritorio.*) ¡Tu retrato! ¡Cuántas veces lo he besado, cuántas noches de soledad y de insomnio ha sido mi compañero!

SUSY (*Dejando en un cenicero el cigarrillo que ha encendido un segundo antes.*) — Jorge, ¡qué bueno eres, qué bueno! Ven, siéntate otra vez a mi lado, cerca, muy cerca de mí. (*Jorge hace*

lo que se le indica). No, más cerca, todavía más cerca... (*Le toma la cabeza entre las manos, y le besa la frente, los ojos, los labios*). Jorge, chiquito querido, único niño mío...

JORGE. — Susy adorada... Eres la misma de entonces, la misma de siempre, más linda que nunca... Tus ojos... Tus brazos... Tu cabeza... (*La besa en la cabeza*) Tu cabello, el perfume de tu cabello... Este perfume único, que me trastorna, que me embriaga... "*Laisse-moi respirer longtemps l'odeur de tes cheveux... Il me semble que je mange des souvenirs...*"

SUSY. — Jorge, ¿me quieres un poco... todavía?

JORGE. — Te quiero, Susy, dulce demonio mío. Siempre te he querido, siempre te querré como te he querido siempre... (*Un largo beso en los labios. Lo interrumpe el timbre del teléfono, que suena insistente. Los amantes guardan silencio durante un rato*).

SUSY. — ¿No piensas contestar?

JORGE. — No. Prefiero no contestar.

SUSY. — ¿Por qué?

JORGE. — Por nada, pero prefiero no contestar. No quiero que se sepa que estoy en casa... Podrían llamarme del Hospital, y tendería que salir, dejarte... ¿Comprendes?... O tal vez algún amigo, con el peligro de que se le ocurra venir, de que te encuentre... (*Descuelga el auricular*).

SUSY. — Jorge, te conozco muy bien, me ocultas algo.

JORGE. — Pero, Susy, ¿que quieres que te oculte?

SUSY. — Una aventura, naturalmente. Un "programa".

JORGE. — Susy, ¡por favor! ¡Cómo puedes pensar!

SUSY. — Hombre, pues es lo más natural del mundo. Ni siquiera se me ocurriría hacerte un reproche. Eres soltero, libre... , hace meses que no nos vemos, ni sé ya cuántos... , largos meses sin noticias mías... Jorge, soy la mujer más razonable del mundo, demasiado lo sabes... Vamos, dime la verdad. A ver, ¿quién es ella?

JORGE. — Pero Susy, es que no hay ninguna "ella".

SUSY. — Mientes, te lo conozco en la cara. Cuando parpadeas así...

JORGE. — Te juro, Susy, que te equivocas si crees que tengo algo con alguna otra mujer.

SUSY. — ¿Estás de novio?

JORGE. — ¿De novio... yo?

SUSY. — Hombre, sí, tú, no pongas esa cara. ¿Por qué no podrías estar tú de novio?

JORGE. — Porque me parece la cosa más ridícula que pueda hacer un hombre. ¡Yo, de novio! ¡A los cuarenta años!... Me haces reír.

SUSY. — ¿Acaso no piensas casarte, formar un hogar? Un joven y distinguido profesional, como tú, "debe" tener un hogar.

JORGE. — No, mira, es mejor que hablemos de cualquier otro asunto. Por mi parte, opino que el celibato es el estado natural del hombre. Hasta afirmo, parodiando a Rousseau: "El hombre nace célibe, la debilidad hace de él un cónyuge".

SUSY. — ¡Bah, "boutades"!... Te casarás, como todos; tendrás, como todos, una señora que te dará muchos chicos, conocerás el calor del hogar... El matrimonio, en nuestra época, es un simple accidente del tráfico...

JORGE. — No, ya veo que no me conoces tan bien como tú crees. El calor del hogar me deja frío. No tengo temperamento para el matrimonio.

SUSY. — ¿Por qué?

JORGE. — Porque soy polígamo, por lo menos en teoría, y la poligamia todavía está muy mal vista en nuestro país.

SUSY. — ¡Qué hombre tan gracioso eres! Ya veo que conservas el buen humor de siempre.

JORGE. — Ahora estoy hablando en serio. Te repito que soy un polígamo teórico, que no renuncia al derecho de poner en práctica sus teorías. (*Cuelga el tubo del teléfono*).

SUSY. — ¡Bah! Todos los hombres son polígamos, teóricos o prácticos, según la ocasión.

JORGE. — Sí, pero yo soy uno de los pocos que lo confiesan.

SUSY. — Y ¿cuándo piensas poner en práctica tus teorías?

JORGE. — Nunca, porque te quiero a tí.

SUSY. — ¿Estás seguro?

JORGE. — Tan seguro como de que existo. Vivo de tu presencia, de tu recuerdo, de tu espera...

SUSY. — ¿Me quieres mucho?

JORGE. — Mucho, Susy. Inmensamente.

SUSY. — Pero no como para casarte conmigo, ¿verdad? ¡Qué hombre tan curioso eres!...

JORGE. — Demasiado sabes que eso no es posible. Tu situación...

SUSY. — En efecto, ¡mi situación!... Una mujer que no es soltera, ni casada, ni divorciada, ni viuda... Una mujer al margen de la sociedad... ¿No es eso lo que quieres decir? Sé franco. Ya sabes que soy la mujer más razonable del mundo...

JORGE. — No, no es eso lo que quiero decir. Lo que quiero decir, simplemente, es que mientras no tramites tu divorcio no puedes pensar en casarte de nuevo.

SUSY. — ¡Oh, naturalmente!... Pero tranquilízate, por ahora no someteré tu amor a esa prueba. Me parece peligrosa... Quizá te quiera demasiado para hacer de tí un marido...

JORGE. — No me explico por qué dices eso.

SUSY. — Vamos, no se hable más del asunto. Ahora que hemos vuelto a encontrarnos, ahora que podemos volver a ser felices, como lo hemos sido tanto tiempo... Por otra parte, demasiado sabes que todo eso nada me importa, que estoy más allá de los convencionalismos sociales. Soy una mujer de mi siglo, y no creo que un par de firmas puestas en un librote de una oficina nos unan más de lo que estamos... En fin, volvamos la hoja, te lo ruego.

JORGE. — Sí, volvamos la hoja. Cuéntame de tu viaje.

SUSY. — ¿Mi viaje? ¡Phs! Un vulgar viaje de negocios.

JORGE. — ¿De negocios? ¿Qué quieres decir?

SUSY. — ¡Cómo! ¿No sabías la novedad? Trabajo.

JORGE. — ¿Trabajas? Y ¿en qué trabajas?

SUSY. — Me dedico a las novedades.

JORGE. — Esta es de bulto... *(Hay un silencio)*.

SUSY. — ¿En qué piensas? ¿Te disgusta que trabaje?

JORGE. — No. Me aflige que una mujer de tu clase se vea en el caso de hacerlo, me aflige no poder hacer nada por evitarlo.

SUSY. — No seas zonzo, hombre, si lo hago con gusto, si es lo más divertido. Te advierto que estoy revelando aptitudes comerciales que ni me sospechaba. No te sorprendas si un día de estos te dicen que me he enriquecido. Quién sabe si no vuelvo a ser un buen partido, a pesar de todo. ¡Qué disgusto para mi ex marido!

JORGE. — ¡Susy!...

SUSY. — No te enojés, nene mío querido. Vamos, no ponga mi amor esa cara, desarrugue ese ceño... *(Le besa en la frente, le*

acaricia la cabeza, lo despeina, lo repeina). ¡Cuánto te he recordado, mi vida, cómo te he echado de menos!... En todas partes, a bordo, en tierra, a todas horas, si el cielo estaba azul por estar azul el cielo, si llovía porque llovía. ¡Qué angustia saberte tan lejos, inalcanzable acaso para siempre! Sobre todo en Lisboa, una larga tarde gris, de lluvia y de niebla, ¡cómo te reclamaban mi alma y mi cuerpo! Ni yo misma sé por qué te eché tan de menos aquella tarde gris, paseando por Lisboa. Tú, naturalmente, ni te acordarías de mí en aquellos momentos.

JORGE. — Susy, te recuerdo siempre con la misma ternura, pienso en ti constantemente. ¡Ah, yo también te he echado de menos, puedes creerlo! Sobre todo, cuando llovía... y cuando hacía buen tiempo... Pregúntaselo al cielo, a las nubes... a mis enfermos...

SUSY. — ¿De veras? ¿Recuerdas alguna vez nuestras pequeñas locuras de otro tiempo? ¿Recuerdas cómo nos conocimos?

JORGE. — ¡Cómo olvidarlo! Me parece que hubiera sido ayer. Yo estaba tendido en la arena, bajo la caricia del sol, escuchando el rumor del mar, las voces, los ruidos de la playa. Me dejé estar así mucho tiempo, indiferente a todo lo que me rodeaba, sin ningún deseo de abrir los ojos de nuevo frente a la vulgaridad circunstancial, esa vulgaridad terrible de las playas, vulgaridad de gentes que se esfuerzan desesperadamente por parecer distinguidas... Los abrí, al fin, y te ví. Te ví surgir del mar, como Venus, en el esplendor de tu belleza perfecta. Como Venus... o como una Minerva con casco de goma. Te ví... y comprendí instantáneamente que desde aquel momento mi destino estaba en tus manos de Venus con manos... Lo demás... lo demás lo sabes tan bien como yo. ¡Pasó todo de una manera tan natural, tan lógica!

SUSY. — Sí, evidentemente, estaba escrito que debíamos encontrarnos, ser el uno para el otro. (*Hay un silencio*). Jorge, dime la verdad: ¿no me guardas rencor?

JORGE. — ¿Rencor? ¿Por qué podría guardarte rencor?

SUSY. — He sido injusta contigo, te he hecho reproches... ¡Yo, la mujer razonable!...

JORGE. — Olvidemos eso. ¿Para qué recordar?...

SUSY. — Sí, comprendo que he sido injusta, que en realidad no tenía ningún derecho... Pero aquella mañana que quise sor-

prenderte, que vine sin avisarte y encontré aquí, sobre esa misma mesita, dos copas de licor vacías, no fui dueña de mí, y te increpé, te dije no sé qué horribles cosas. Jorge, debes ser indulgente conmigo. ¡Te quiero tanto! La idea de que otra mujer se interponía entre nosotros, la idea de que alguien, una extraña, recibía tus caricias, profanaba esta cosa tan santa de nuestro amor, fué para mí como una puñalada en el corazón... ¡Me siento tan sola, tan sola tan necesitada de un cariño profundo y verdadero! A veces pienso en el suicidio... o en criar un perro... (*Todo en Susy anuncia el llanto inminente*). Por eso te dije lo que te dije, por eso hice lo que hice, porque te quiero, porque no puedo admitir ni siquiera la idea de compartirme con ninguna otra mujer, porque quiero que seas mío, mío y nada más que mío, como yo soy tuya y solamente tuya... (*Se enjuga con el pañuelo unas lágrimas. Se suena*). ¡Este rimmel!...

JORGE. — Vamos, Susy, querida... Serénese, amor mío... Séquese esas lágrimas... y deme un beso, el beso de la paz, de la reconciliación... (*Un beso rápido. Jorge se incorpora bruscamente*). Perdón, no te he ofrecido nada. La diosa ¿tiene sed? ¿Oporto, benedictine, prunelle, kummel, chartreuse? Un copita te hará bien.

SUSY (*Todavía llorosa*). — Whisky, como la primera vez que vine.

JORGE. — Perfectamente, whisky. Yo también tomaré un vaso. (*Saca de alguna parte una botella y dos vasos. Sirve. Beben*). ¿Un cigarrillo?

SUSY. — Sí, dame un cigarrillo. (*Jorge le ofrece, abierta, una caja de cigarrillos*). ¿Tienes todavía cigarrillos "de los míos"? (*Toma uno, que Jorge enciende*).

JORGE. — Sí, siempre te han esperado... como yo.

SUSY. — Jorge, ¡qué bueno eres!... Ven, siéntate otra vez a mi lado, muy cerca de mí. ¿Te gusta este "tailleur"? Es de Molyneux. ¿Verdad que es divertido?... Tengo muchas ganas de charlar, de charlar sin pensar que pasa el tiempo.

JORGE (*Mirando el reloj de pulsera*). — A propósito, ¿hasta qué hora puedes quedarte?

SUSY. — No te preocupes, tengo tiempo. Mabel y Julia me esperan en el cine, pero ya saben que llegaré tarde... para el beso

final. ¿O es que quieres estar solo? ¿Tenías... algún programa para esta noche?

JORGE. — No, ya te lo he dicho. No pensaba salir, no tenía ningún programa. Leer los diarios, fumar unos cuantos cigarrillos, pensar en ti... No tenía otro plan.

SUSY. — ¡Pensar en mí!... No sé si creerte. ¡Tengo tanta necesidad de creerte!

JORGE. — Puedes creerme, "debes" creerme.

SUSY. — No puedes figurarte cuánto bien me hace oírte... Entonces... ¿de veras recuerdas de vez en cuando, nuestras... nuestras pequeñas locuras de otros tiempos? ¿Te acuerdas de nuestras primeras entrevistas, tan inocentes, en las exposiciones de pintura de Florida, en las librerías? ¿Te acuerdas de aquella vez que fuiste a casa simulando ser un afinador de pianos, para demostrarme tu amor?

JORGE. — Sí, me acuerdo muy bien. Fué una idea tuya. No hay hombre más temerario que una mujer decidida a ser infiel a su marido.

SUSY. — Por mí, no deberías decir eso. En aquella época, ya hacía tiempo que Giménez no era en realidad mi marido, aunque por el bien parecer todavía viviésemos bajo el mismo techo. Entregado al juego y al alcohol, le importaba tanto de mí como del felpudo de la escalera. Eso sin contar con que en eso de la infidelidad, si es que puede decirse que yo le fuí infiel, él empezó mucho antes y se cansó de ponerme en ridículo ante todo Buenos Aires... ¡Giménez! ¡Un aventurero, que se casó conmigo por la plata... cuando teníamos!... "La Susana" que le gustaba no era yo, sino la estancia de papá en Tres Arroyos...

JORGE. — Giménez siempre fué un enamorado del campo...

SUSY. — Del campo alfalfado... y sin hipotecas...

JORGE. — En fin... Beethoven era Beethoven... y compuso una sinfonía sobre "Los dulces sentimientos que despierta la contemplación de los campos"... Tal vez Giménez, a su modo...

SUSY. — No seas ridículo, no tiene nada que ver. A Giménez no le basta la contemplación: exige la escrituración... Los únicos campos que le gustan son los propios... Me dicen que está en la miseria. ¡Me alegro!... Parece que lo que ganó con las vacas lo perdió con los caballos... ¡Bien empleado!...

JORGE. — Siempre lo he pensado: la venganza es un placer de diosas... Y a propósito, ¿dónde anda Giménez? ¿Dónde vive... o dónde bebe?...

SUSY. — Veranea todo el año en Quilmes... Creo que se va a Chile... Le dieron un consulado.

JORGE. — Buen nombramiento.

SUSY. — ¡No fastidies!

JORGE. — Es un hombre que sabrá hacer honor al país. Un abstemio en Chile, nos habría desprestigiado...

SUSY. — En fin, no vale la pena de que perdamos el tiempo hablando de ese cretino. Jorge, ¿te acuerdas de aquel día que pasamos en el Tigre, solos en una isla como en un pequeño paraíso terrenal? ¿Te acuerdas, sobre todo, de aquella noche, de aquel divino paseo por los riachos, bajo la luna?

JORGE. — Sí, ¡cómo olvidarlo! Y me acuerdo de otras muchas cosas, de las cuales seguramente no te acuerdas tú. Por ejemplo, aquel incidente que tuvimos una tarde en Palermo, en los Viveros, con un guardián y un vigilante. Fué tragicómico...

SUSY. — Sí, me acuerdo muy bien. ¡Qué susto pasamos!

JORGE. — Yo creo que estuve a la altura de las circunstancias. Primero traté de convencer al guardián de que el besarse no es un delito en ningún país civilizado, pero él insistía en que habíamos faltado a la moral. "Tengo que cumplir con el reglamento, tengo que cumplir con el reglamento", repetía el pobre hombre. Después, traté de sobornarlo, pero fué inútil, tenía esa honradez que sólo está al alcance de la gente pobre. Para peor, era sordo como una tapia. Por fortuna, el vigilante nos resultó un gaucho, o, mejor dicho, un verdadero hombre de mundo. Anotó el nombre y el domicilio que le dí, un nombre cualquiera y un imaginario número de la calle Viamonte que de existir habría quedado en pleno Río de la Plata, y nos dejó ir. ¿Te acuerdas?

SUSY. — Sí. ¿Y aquella tarde que se nos ocurrió vagar por los barrios del Sur?

JORGE. — También recuerdo siempre aquel atardecer invernal en las calles de Barracas, aquel interminable beso en un puente del ferrocarril, solos, envueltos en sombra, en niebla, en humo; y los trenes que al pasar bajo nuestros pies hacían trepidar el puente; y las luces rojas y verdes de las señales... Y, luego, en la humilde

fonda de obreros, aquella comida bohemia... Y la tarjeta de visita de no sé qué personaje ilustre que se te ocurrió dejar en aquel espejo de aquel cuartito sórdido...

SUSY. — ¡Es cierto, es cierto! Una tarjeta del senador Colombres, que llevaba en el bolso.

JORGE. — Como ves, todo lo recuerdo perfectamente, hasta el menor detalle. La primera vez que viniste, toda temblorosa y agitada, como estaba agitado y tembloroso yo mismo, aunque quisiera disimularlo; los paseos en automóviles cerrados, en las tardes lluviosas de invierno, por los sitios más céntricos, como desafiando el peligro...

SUSY. — ¿Te acuerdas de aquella canción que yo cantaba?

JORGE. — Perfectamente.

SUSY. — Vamos a ver, ¿a que no recuerdas qué canción era?

JORGE. — Era... ¿algo de Massenet?

SUSY. — Exactamente. La "Elegie" de Massenet.

JORGE. — Sí, si hasta me parece que podría entonarla. (*Lo intenta*).

"O doux printemps d'autrefois...!"

SUSY. — No, no es así. Sígueme a mí. (*Entona la "Elegía", acompañada por Jorge*).

*"O doux printemps d'autrefois,
vertes saisons,
vous avez fui pour toujours!
Je ne vois plus le ciel bleu;
je n'entends plus
les chants joyeux des oiseaux!
En emportant mon bonheur..."*

(*El timbre del teléfono deja interrumpida la canción. Susy y Jorge guardan silencio por unos momentos, mientras el timbre sigue sonando*).

SUSY. — ¿Por qué no atiendes?

JORGE. — Ya te he dicho que esta noche no atiendo a nadie, que no estoy más que para ti.

SUSY. — ¿Quieres que atienda yo?

JORGE. — ¡Eso sí que estaría bueno!...

SUSY. — Sí, déjame que atienda. Dame ese gusto.

JORGE. — Pero ¿cómo se te ocurre? . . . (*Cesa de sonar el timbre del teléfono, con visible alivio de Jorge*). Vamos, empecemos de nuevo la canción. *Da capo*.

SUSY (*Comienza, sin entusiasmo, a entonar la "Elegía"*).

“¡O *doux printemps d'autrefois,*
vertes saisons . . . !

(*Se interrumpe bruscamente y señala algo sobre la alfombra*).

—¿Qué es eso?

JORGE (*Con sobresalto*). — ¿Qué cosa?

SUSY. — Eso que brilla ahí. ¿Estás ciego?

JORGE. — Te aseguro que no veo nada más que la alfombra.

SUSY (*Se abalanza a levantar algo del suelo. En un grito*): ¡Es una horquilla! ¡Una horquilla! (*La exhibe en alto*).

JORGE (*Ligeramente abrumado ante la evidencia*). — Bueno; muy bien, es una horquilla. Y ¿qué hay con que sea una horquilla?

SUSY. — ¿De quién es esta horquilla?

JORGE. — Pero, Susy, ¿de quién va a ser, sino de Severina! . . .

SUSY. — ¡Mientes, mientes! ¡Eres un vil embustero! Ahora mismo te lo voy a demostrar: llamaré a Severina, y veremos si usa horquillas como esta. ¡Sev . . . ! (*Va a llamar a Severina, pero Jorge le tapa la boca*).

JORGE. — ¡Susy, te prohíbo que hagas eso! ¡No tienes derecho a ponerme en ridículo ante la sirvienta! . . .

SUSY. — Pero tú sí lo tienes para ponerme en ridículo ante alguna . . . cualquiera.

JORGE. — ¡Bueno, basta! ¡No quiero escenas! No nos separó el Atlántico. Sería ridículo que nos separase una horquilla . . . (*Se aleja de ella y da unos pasos por la habitación, nervioso. Susy se arregla como para marcharse. Saca un lápiz de "rouge" y se hace los labios ante el espejito del bolso. Suena el teléfono. Susy hace ademán de descolgar el receptor*) ¡Susy! ¡Susy, te prohíbo . . . ! (*Hay un conato de lucha. Susy logra apoderarse del aparato, y atiende al llamado*).

SUSY (*Al teléfono, a gritos*). — ¡No puede atenderla, señorita! ¡Está con su amante! (*Cuelga el tubo con violencia*).

JORGE (*Como un hombre encolerizado que trata de conservar la serenidad*). — Susy, ¿por qué has hecho eso?

SUSY. — ¡Porque sí! ¡Porque me he cansado de ti y de tus mentiras! ¡Porque me he convencido de que no eres más que un falso y un hipócrita! Y además, un cobarde, lo peor que puede ser un hombre; porque sólo un cobarde levanta la mano a una mujer.

SUSY. — Perfectamente; aceptemos que soy un canalla, el último de los miserables; aceptemos que te haya hecho todo el mal que un hombre puede hacer a una mujer; pero la persona que hablaba, ¿qué mal te ha hecho? Probablemente ni siquiera tiene noticia de que tú existes.

SUSY. — ¡Para lo que a mí me importa de ella y de tí! ¡Os podéis ir al diablo uno y otro! . . .

JORGE (*En tono de ruego*). — Susy . . . ¡Susana!

SUSY. — ¡No me hables! ¡No me hable usted! ¡No se vuelva a acordar de mí! (*En un acceso, toma su retrato y lo estrella contra el suelo, con la consiguiente fractura del vidrio. Rápida, se inclina, recoge la fotografía, que ha saltado del marco, y la rasga en pedazos que arroja a los pies de Jorge. Sale por donde entró. Jorge hace ademán de seguirla, pero cambia de idea y se detiene. Se quita la blusa rusa y desde el sitio en que se encuentra la arroja a la habitación de la derecha. Queda en mangas de camisa. Con las manos en los bolsillos, da unos pasos, la mirada en el suelo. Se aproxima a la puerta de la izquierda*).

JORGE. — ¡Severina! (*Aparece, un instante después, la sirvienta*). Severina, ¿ha salido la señorita?

SEVERINA. — Sí, señor, ya ha salido.

JORGE. — Bien. Severina, alcánceme el saco "fumoir". Está sobre la cama.

SEVERINA. — Bien, señor. (*Cumple la orden. Jorge se viste el saco de pelo de camello. Se tiende en el diván, en una postura cómoda, y se dispone a continuar la lectura del diario, que había quedado en el suelo. Severina, por su parte, se dispone a retirarse*).

JORGE. — ¡Ah, Severina! Las pipas . . . Tráigame el soporte de las pipas. Está en la mesa de luz.

SEVERINA (*Después de cumplir la orden en silencio*). — Las pipas.

JORGE. — ¡Ah, otra cosa, Severina! Tráigame el retrato.

SEVERINA. — ¿El retrato . . . de la niña muerta?

JORGE. — Sí, Severina: el retrato de la pobre niña muerta.

(Sale la sirvienta, y vuelve un instante después con el retrato pedido, que coloca en la mesilla próxima al diván, de modo que caiga sobre él de lleno la luz de la lámpara).

SEVERINA. — ¿Precisa el señor algo más?

JORGE (Oculto por el diario, como al comienzo). — No, Severina. No necesito nada más.

SEVERINA. — ¿No quiere el señor que pase una escoba?...

JORGE. — No. ¿Para qué? Ahora ya no tiene objeto...

SEVERINA. — Bien, señor. (Mientras sale). Buenas noches.

JORGE. — Buenas noches. (Vuelve a su diario. Monologa en alta voz). ¡Pobre Susy! Europa no la ha cambiado: vuelve tan insoportable como siempre... En fin, los celos prueban el amor... (Encuentra algo en el diván). Con el enojo, se olvidó la cartera... Voy a ser curioso por una vez... (La abre. Extrae una carta). Una carta para el correo...

"Sr. Ernesto Casas"... (Después de vacilar un instante:) Susy interviene mis comunicaciones telefónicas... Puedo intervenir sus comunicaciones epistolares... (Leyendo:) "Nene mio adorado: Aquí me tienes en Buenos Aires... ¡Cómo recuerdo las horas deliciosas que juntos vivimos en Lisboa, aquella larga tarde gris, de lluvia y de niebla!... Me parece estar viéndote, con la blusa rusa que bordé para tí y que tan bien te queda... ¡Cuánto deseo verte! ¡Cómo te reclaman mi alma y mi cuerpo!..." ¡Ernesto Casas!... No lo conozco... En todo caso, Susy empieza a repetirse... (Después de guardar la carta, deja la cartera donde la encontró. Vuelve a enfrascarse en la lectura del diario. Se oye un largo bostezo tras el biombo de papel).

ENRIQUE MÉNDEZ CALZADA.

EL BOSQUE

I

Tú sabes recorrerlo con paso de sosiego.
Ceñida como espiga junto a mi brazo amigo,
mientras nombras las cosas humildes de la vida,
en él, como una nube, vuelcas tu ensueño fino.
El bosque te recibe como una luz serena;
oro pulverizado, por el aire tranquilo,
fluyes la pensativa serenidad del tiempo,
y alumbras la tristeza de los desiertos nidos:
cuando abre alguna estrella, tienes los ojos quietos;
sueltan tus labios suaves la gasa de un suspiro
y aquel paso que mueve tu figura armoniosa,
sigue como al azar los pétalos caídos. . .
Si sobre el lago miras, un terciopelo de agua
recibe tu mirada que es casi como un signo
de la belleza grave de ser buena. Por eso,
se llena tu mirada de paisajes sencillos
con lunas aldeanas, claras y siempre ingenuas,
y de aromados huertos y de valles de olvido.
Los troncos agrietados, bajo sus propias copas
frondosas que propician ternura, ante tu vivo
amor de paz deslíen sus lágrimas doradas,
como si los colmaras de un fervor infinito.
Y entre las ramas gráciles, al penetrar tu mano,

tiemblan como unos raros sollozos del destino,
quizá por esa misma quietud de rama oscura
que alguna vez tendremos bajo el cielo encendido.
De élísea dulcedumbre pasa grávido el aire,
y pone en mis palabras la seda del camino,
como si adivinase que el sideral silencio
desbroza la semilla del dolor redivivo.
Tú, de sensible, quieres quitarme alguna pena,
y partes tu sonrisa junto a mi labio amigo,
y el paso disminuyes aun más y más te acercas
mientras crujen las hierbas del sendero amarillo.
Cruza alguna alimaña la avecindada sombra,
y una campana lejos desenvuelve un gemido
que recoge en su frente la espesura callada,
mientras detrás de ella se arrodillan los pinos...
Ellos son los que alzan la plegaria del bosque,
con sus manos que anidan las lloviznas de estío
y los largos insomnios del invierno y las frescas
guirnaldas que les tejen los vagabundos grillos
al irse entre cendales la niebla del Otoño...
Cuando la estación llega del durazno, a los pinos
saluda en el milagro de su esbeltez triunfante:
mas ellos se arrodillan después para el olvido.

II

HOY te llevé a los labios mi alma silenciosa:
tú, sobre el hombro humilde que te ofrecí callado,
mirabas la pradera con la mirada vaga,
tal como si mirases un mar inmenso y claro.
Y dulce era decirte con la bondad del día
las cosas más serenas bajo el azul rosado

casi sin hilvanarlas, como quien se pusiera
a darse todo entero en la ilusión de un canto . . .
Y así, te hablé de toda mi soledad que gime;
de mis mejores horas quemadas al trabajo;
de mis modestos ocios partidos en la mesa
como pedazos tibios del pan que no hace daño.
Sin vacilar te dije que no tuve otra joya
que mi esperanza misma, bajo el fulgor temp^lado
de la estrellada noche; y que por fin dormía
sin un gajo de odio, soñando en el milagro.
Y que casi así vivo, porque la vida es fuerte
para torcer la lluvia, para aventar el grano.
Creo que no me queda más que tu sombra buena,
y de este bosque, un tierno lugar para el descanso.
Sobre tu boca b^landa te dejé mi conciencia,
como si te dejara con mi dolor, un ramo
de flores sin fragancia, pobres y recogidas
al ir tejiendo ensueños sobre mis versos vanos.
Soy como un agua triste que al encontrar la piedra
deja en la crispatura la suavidad de un llanto.
Aquí, junto a este banco, dentro del bosque tibio,
siento que la existencia como un tul va pasando
y que si acaso deja por recordar, un resto,
es este montón de hojas y es este viejo árbol.
Todo para que vuelva, si alguna vez te pierdo,
a conversar a solas con el amor de antaño,
sobre este mismo banco, en otra azul mañana,
un poco envejecido y con el pecho helado.
Hoy te llevé a los labios mi alma silenciosa,
y está hoy todo el oro del sol sobre mis párpados . . .

MARIO BINETTI.

MACHADO DE ASSIS Y SU DESESPERANZA

NI odio, ni dolor, ni escepticismo hay en Machado de Assis. El odio y el dolor condicionan rebeldías. El escepticismo es producto de la indiferencia. La esencia machadiana debe encontrarse en una enorme desesperanza: conciencia de la incapacidad para una total perfección. Enfermedad, sangre mestiza y talento, forman el régimen de su imperfección substancial. La epilepsia lo persigue como una tara monstruosa; la pigmentación —su época desprecia al negro— lo humilla como una irremediable degradación. La jerarquía de su talento crea el conflicto machadiano entre la miseria somática y la grandeza espiritual. Conflicto íntimo, inconfesado, consumado. Sobrellevado con pasividad, con resignación, con fatalismo. Con desesperanza.

Así nace la doble personalidad mórbida de Machado de Assis. La exterior, con su timidez, su misantropía, su excentricidad, su sedentarismo burgués: los complejos de su inferioridad; la interior, donde se refugia su espíritu para laborar un mundo sorprendente, inesperado. La gestación maravillosa, oculta por el hombre cotidiano. El parto que daría *Memorias posthumas de Braz Cubas*, *Quincas Borba*, *Dom Casmurro*. La revelación de su poderosa desesperanza. En la obra de Machado de Assis hay dos etapas nítidamente divergentes. Una que llega hasta los cuarenta años: de ubicación. Otra, que se inicia con *Memorias posthumas de Braz Cubas*, y dura el resto de su vida: de realización. La primera defendiendo su intimidad; la segunda de buceo de su intimidad, de donde surgen los grandes símbolos de la desesperanza: Braz Cubas, Quincas Borba, Rubião, Casmurri, Ayres. Inútilmente armados de cinismo, descreimiento,

hedonismo. Es de la introversión de donde sale su obra maestra. Escaso de experiencia humana, debió suplirla con la observación microscópica de sus propias experiencias, transformadas en generalizaciones colectivas por su poderosa intuición. Vida parada. Vivió y murió en Río. Y en Río: su oficina en el ministerio, la librería Garnier, las redacciones, la Academia de Letras, su calle, su tranvía. Lejos del tumulto, vió pasar la abolición y la república, sin conmovearse.

La humildad de su origen —un matrimonio de mulatos: un pintor de paredes y una lavandera— le puso por delante un largo camino que debía recorrer su ambición. Vendedor callejero de dulces, ayudante de sacristía, tipógrafo. Y en afanoso aprender. Afirmado en su vocación literaria. Retraído, concentrado, inteligente, sensible.

A los dieciséis años, su encuentro con Paula Brito —librero, editor, animador literario— señala su iniciación en la literatura. Paula Brito dirigía y editaba la *Marmoto Fluminense*. Machado de Assis ingresa a su imprenta y consigue colaborar en la revista, relacionándose al círculo intelectual —juvenil afición a las letras— que rodeaba a Paula Brito. Pasa a la Imprenta Nacional donde consigue la amistad de Manuel Antonio de Almeida, el gran novelista de *Memorias de un sargento de milicias*, que lo estimula y le abre el camino para la amistad de Pedro Luiz y Francisco Octaviano y la fraternidad de Quintino Bocayuva. Pronto deja de ser tipógrafo y ocupa el puesto de corrector de pruebas en el *Correio Mercantil*. En todos los momentos libres estudia y escribe. Bocayuva lo lleva como redactor al *Diario do Rio de Janeiro*. Hasta entonces ha sido un escritor aficionado, ahora el periodismo lo enfrenta a la responsabilidad profesional. Sobresale como crítico por su gran observación, la serenidad del juicio, la agudeza, el conocimiento, la honestidad. Hizo artículos polémicos. Polemista y crítico, es un episodio que no se volvería a repetir en la vida de Machado de Assis. El choque no estaba con su temperamento.

En el deseo de borrar su pasado se aleja de la madrastra, María Inés, la buena mujer que le dió la fe de la infancia y le enseñó las primeras letras, lo más que podía su rudimentaria cultura. Era el primer paso hacia la desesperanza. El pasado estaba indeleble en la herencia de mestizo.

A los veinticinco años triunfa como poeta, con la publicación de *Chrysalidas*. En Brasil y Portugal. Siguen *Phalenas* en 1870 y *Americanas* en 1875. Entre 1860 y 1880 el prosista también trabaja. No alcanza al poeta, pero consigue grandes éxitos. Novelas, cuentos, teatro: *Ressurreicão*, *A mão e a luva*, *Helena*, *Yayá Garcia*; *Historias da meia noite*, *Contos Fluminenses*; *Desencantos*, *Quasi ministro*, *Os deuses de casaca*, *Tu só, tu, puro amor*. En este lapso, en 1869, realiza el casamiento que completa su aspiración. Carolina de Novaes, además de ser un espíritu fino y cultivado, pertenece a una familia portuguesa de tradición. Su carrera burocrática le ha conseguido un puesto espectral y una desahogada situación económica. Los hombres más representativos del país son sus amigos y admiradores. La gloria literaria acaba de equipararlo a Alencar. Machado de Assis ha llegado.

Es en este momento, entrado en los cuarenta, cuando hace crisis su desesperanza. Aparece la introversión. Se repliega a su intimidad dramática. Donde estaba, hasta entonces imprecisa, su obra auténtica. Se inicia, lo que puede llamarse, el ciclo de la intimidad.

Poeta, su obra es más una voluntad que una vocación. Su espíritu es antipoético. Frío, analizador, discriminador. Carente de emoción y lirismo. Llenó el vacío que hay entre Gonçalves Dias y Castro Alves. Sin embargo tiene otra gran importancia: trajo al ambiente, recalentado por el Romanticismo, una tónica de mesura, de serenidad, de buen gusto. En 1902, reincidió con *Occidentais*, pero ya su momento de poeta había pasado.

Crítico, con sus grandes dotes ingénitas, fué un observador sagaz que supo intuir y valorar los problemas de la literatura que se estaba formando. Pudo ser uno de los grandes críticos del Brasil, pero se desanimó ante la lucha: "atribúyese a la envidia —dijo— lo que es imparcialidad; se llama antipatía lo que es conciencia." Dejó unos cuantos artículos críticos que dan idea de su extraordinaria capacidad.

Sus novelas, su teatro y sus cuentos anteriores a *Memorias Posthumas de Braz Cubas*, se resienten de artificialidad. La falta de imaginación no pudo salvar los temas resultantes de un mero proceso intelectual. Socorridos por los recursos en boga del Romanticismo. Algo vale, cuando se filtra, clandestinamente, alguna partícula de intimidad.

Del ciclo de la intimidad salen las tres obras maestras: *Memorias posthumas de Braz Cubas*, en 1881, *Quincas Borbas* en 1891, *Dom Casmurro* en 1900. *Esauí y Jacob* en 1904, *Memorial de Ayres* en 1908. Y cinco volúmenes de cuentos y crónicas, donde se encuentran algunos de los mejores cuentos de la lengua portuguesa.

Escritor, es el artista sin escuela. Recorrió comprensivamente los movimientos literarios —Romanticismo a naturalismo— sin recibir ninguna influencia duradera. Sólo el interés inmediato de la experimentación. Una cultura riquísima —siempre encontró la oportunidad de aprender— lo puso en contacto directo con la literatura universal. Algunos nombres —confesadamente— tuvieron su admiración: en su juventud Flaubert; después Shakespeare, Xavier de Maistre, Montaigne, Voltaire, Renán, Villiers de l'Isle Adam, Sterne, Garret. Y la de Alencar. Como en la poesía, su labor de prosista trae una enseñanza grande. Representa la reacción contra el exceso retórico y el sentimentalismo ramplón. Su estilo desechó la ampulosidad del gran período. Trabajó el idioma, consiguiendo perfeccionarlo. Su realismo se mantuvo sin descender a un naturalismo espeso. Además de artista era artesano, por la conciencia y maduración que tiene su obra. Machado de Assis alcanza la más alta expresión literaria del Brasil, como Euclides da Cunha su más alta expresión espiritual.

Memorias posthumas de Braz Cubas, *Quincas Borba*, *Dom Casmurro*, *Memorial de Ayres*. La técnica novelística de Machado de Assis, es simple. Una parte, en la que laboriosamente, prolijamente, crea el clima y propone la psicología de los personajes. Su incapacidad: falta de imaginación. Pero al cabo de este planteo, muchas veces fatigoso, las pasiones se ponen en marcha, empujadas por un fatalismo que surge de la vigorosa realidad de la creación novelesca. Virtud de escritor excepcional.

El mundo machadiano está asentado sobre una ley de fatalismo y regido por un concepto de imperfección. El fatalismo y la imperfección de Machado de Assis. *Braz Cubas* corriendo tras un espejismo de felicidad, reconoce, al morir, que lleva un pequeño saldo: "No tuve hijos, no trasmití a nadie el legado de nuestra miseria." *Quincas Borba*, el filósofo del hedonismo, quiere convencerse vanamente que "el dolor es una ilusión". Rubião, sólo loco llega a ser un vencedor. *Casmurro*, rota su vida, tiene una resignada filosofía:

"mi primera amiga y mi mejor amigo, tan cariñosos ambos y tan queridos también, quiso el destino que terminasen reuniéndose y engañándome". Ayres, vida en el vacío, escucha su propia soledad: "Los consolaba el recuerdo de sí mismos". Sus tipos femeninos: Virgilia, Capitú, Sofía, tienen en su caída lo inevitable de un sino. El adulterio, aun sin materializarlo, está previsto. Es una falta sin remordimientos, con irresponsabilidad. Por amoralidad absoluta. De una paradójal pureza.

El mundo machadiano desarticula la ilusión de la sociedad. Disloca el sentido clásico de la moral. Es la imperfección del mundo, frente a la imperfección de un hombre de prodigioso talento. Machado de Assis quiso dar a los hombres un poco de su propia desesperanza.

Nació hace cien años, el 21 de junio de 1839 y murió el 29 de septiembre de 1909. Sus últimas palabras: "La vida es buena".

RAÚL NAVARRO.

¿EL ESPIRITU CRIOLLO?

ANTES que cualquier análisis sobre la idiosincrasia psicológica del criollo, será menester limitar concretamente los términos. De atenerse a la acepción académica, la labor pecaría de inusitada vastedad, puesto que criollo significa "hijo de europeo nacido en cualquier otra parte del mundo." Sin embargo en la interpretación más común, es criollo todo "americano descendiente de europeo."

Asimismo este cometido pretende afinar aún más el concepto, porque pronto se deja ver que fuera osadía de inexperto el ensayo de síntesis de materiales humanos tan heterogéneos, como los que presenta el continente desde el Canadá a Tierra del Fuego.

De manera que para un escueto razonar, ojalá quiera aceptarse el enfoque restringido y el cierre del diafragma hasta límites geográficos linderos con Bolivia.

Además, y sirva esto de escudo a supuestas interpelaciones mudas, bueno es torcer un poco el sentido habitual de la palabra para referirlo a lo que interesa referir. Esto es, que conviene alejarse del hijo de europeo, cuya silueta es tan variada como variada es la silueta de sus padres, para dibujar esquemáticamente una figura borrosa de descendientes más distanciados de su hogar de origen; el criollo en trance de adaptación, nuestro criollo.



Ya va pasando la moda, pero, época hubo —y no muy lejana— en que dábale al gusto argentino por interrogar a cuanto turista de distinción ponía sus plantas en la ribera porteña, acerca de la modalidad del espíritu criollo. Bien que los viajeros de prosapia y nombradía se viesan en figurillas para concretar, en párrafos amables, un juicio cortés sobre un asunto poco menos que desconocido, la indiscreta pregunta repetíase con increíble perseverancia. Y tanto, que cualquier iniciado en las obscuras gestas psicológicas, hubiese

descubierto, a la sazón, un punto de secreta duda tras el esplendor de nuestro desenvolvimiento. Algo había de sospecha o de incredulidad, en ese preguntar y repreguntar, como si de pronto se nos hubiese hincado el temor a la pequeñez.

Lógica inquietud, por otra parte, si se tiene en cuenta que al inesperado brillo metálico que nos concediera un próspero intercambio comercial, sucedieron horas de pobreza y de penoso desconcierto. Es amargo y duro el decaer, cuando no se tienen recursos espirituales que cubran los desniveles. Vestíamos entonces, y vestimos todavía, galas culturales importadas; lo más auténticamente nuestro es agropecuario y su derrumbe nos subtrae mucha valía.

Así estábamos, tristes, alicaídos, sin alcuria intelectual propia, leyendo a todo leer lo que dijeron los maestros de otras tierras, copiando a todo copiar hasta las enfermizas tonterías de un arte que intentaba originalidad, a costa del buen gusto desde luego, y trayendo doctrinas de organización social que ni eran necesarias ni se avenían a la sencillez de nuestros problemas. Todo nos era extraño y por eso surgió el angustioso interrogatorio: ¿quiénes somos?

Falta estaba haciendo que alguien, fuera quien fuere, nos aportase el concepto tranquilizador o señalase el rumbo de una posibilidad consoladora. Y no escasearon los espíritus galantes; vinieron desde los confines del mundo a repartir lisonjas, a cambio de agasajos. Los fuertes mercaderes dieron en buena plaza y nos almidonaron con palabras exquisitas; los sociólogos, deslumbrados por el mundanismo de la capital, sin atisbar siquiera al escuálido criollito de tierra adentro, permitiéronse halagarnos con cotejos honrosísimos; y allá en los cenáculos académicos de las vetustas universidades europeas, más de un psicólogo, de los de barba y filosofía, conquistó aplausos con frívolas descripciones de la llanura pampeana y de la horizontalidad de nuestro temperamento.

Entretanto, acá, satisfechos con esa bruma de señorío que ocultaba la inmadurez de nuestra personalidad, corría la sugestión de tan señalados homenajes, sin que nadie diera en explorar las magras honduras que sostuvieron tales versiones.



Tengo dicho alguna vez y en más extenso discurrir, que lleva antiparras de engaño quien, a la usanza Adleriana, sólo vea en el

carácter las formas de expresión del carácter y olvide o deje de ver los factores herenciales. Que en materia de psicología de pueblos, va en mucho la tradición secular o, digámoslo de otro modo, la historia milenaria en el orden espiritual. Y chascos ha de llevarse quien perfile siluetas psicológicas sin espiar en la historia los antecedentes culturales, las artes, las ciencias, la leyenda o la mitología.

De aquí debió empezarse para configurar nuestro retrato. Pero nuestros gallardos y bravíos generales, impacientes por la mayoría política, escamoteáronse la partida de nacimiento y, niños aún, sin rasgos propios, nos alargaron los pantalones. Claro que festejamos con algarabía aquel levantarse a la faz de la tierra de una nueva y gloriosa nación —no hubo lugar para otra cosa—, pero luego fueron los apurones para tiznarse el bozo, para alargar el paso y hasta, a riesgo de pifias, para simular la voz bronca de los mayores europeos.

Hoy, y por muchísimo tiempo, todavía hemos de resignarnos al empaque artificioso y al uso de bigotes postizos, tan necesarios para andarnos por el mundo con prestancia de señores, desconociendo en absoluto la dirección definitiva de nuestra precoz adolescencia.

La inexistencia de linaje suele acompañarse de bochorno y hubo quien intentara tomarlo de fuente ajena, con el mismo candor que aquel mozalbete de la anécdota. Dícese que Rubén Darío hizo observar a un joven su parecido físico con el conde de Leautréamont y le manifestó su sospecha de que, por algún embrollo de familia, ambos fueran hermanos. Regustando de antemano tan sabrosa como ilegítima fraternidad y sugestionado por discretas insinuaciones, el joven de la anécdota admitió primero la posibilidad del hecho, luego la creyó verosímil, más tarde real, y por fin dió en ostentar como un título, su condición de hermano del imaginario conde.

Por eso, paréceme una travesura folklórica el querer poner mohó de vejez a nuestra incipiente formación retrotrayéndonos a la época de la conquista, para tomar como fuente propia las maravillas culturales de aquellas magníficas civilizaciones, que se despreciaron porque sólo interesaba el oro. Hay que decirlo, y decirlo en voz alta: eso ya no es nuestro y merece respeto por su achacosa ancianidad. Los desperdigados afanes de aprovechar algunos frutos imperecederos del espíritu indígena e inyectarlos en la creciente

cultura occidental que nos abrumba, son tan ingenuos —románticos, a lo más—, como el orgullo simplón del jovencito del poeta. La alcurnia se muestra en la sangre, no en las mezcolanzas arquitectónicas, en pátinas artificiales o en títulos falsificados a última hora. Poco o nada queda ya de lo que pudo ser el punto de partida de nuestra autonomía espiritual; los siglos de europeísmo desplazaron para siempre a la civilización americana, y lo verdaderamente autóctono, herrumbrado y en quietud de muerte, yace en rincones de indoamérica, apenas si recordado por añoranzas sentimentales de hombres de cultura superior. Nos hemos quedado sin historia, pues para la erección de un espíritu racial de poco sirven las hazañas épicas de ayer o los caros desasosiegos de nuestros estadistas, formados en la lectura de volúmenes traídos desde allende el océano. El "santo de la espada" nos dió la libertad, pero no pudo darnos un carácter, porque a sablazos no se recorta el perfil anímico de un pueblo o de una raza.

No quiera entenderse que con estas u otras razones de aparente descomedimiento, estemos mostrándonos pesarosos de la presunta insensatez de España en América o de que nos hayan quitado la posibilidad de una ascendencia Quechúa o Aymará. Tanto los Pizarros como el cascarrabias de Almagro sufrieron penurias inigualadas, no precisamente para que los súbditos del Inca mejorasen su civilización, y no hay derecho a reprochar a nadie el no haber previsto problemas para 400 años después. Las autoridades españolas arriesgáronse en la conquista, con los mismos fines que fomentan toda conquista y, dulzura o brutalidad de por medio, de seguro los resultados no hubiesen sido otros que los que se aprecian ahora. El recuerdo de las matanzas y las ignominias cometidas entonces, y esto fué también tema de discusión, deja cierto amargor de injusticia, pero no se encontró motivo que certifique frutos más aprovechables con distinto proceder.

Las campañas expedicionarias de ese tipo llevan, en todo caso, el propósito de absorber civilizaciones o de imponer las normas de su propia identidad racial y no es cosa de imaginarse que los aventureros del siglo XVI, luego de pestes y malezas, caminatas y andurriales, con cercanas posibilidades de morir descabezados, habrían de regalar buenamente sus saberes a esa mesnada de hombres en franco retraso institucional. Porque no está demostrado que salié-

semos ganando, quedándonos con la sabiduría de Manco Cápac, no obstante los canales de riego, las extensas carreteras, la elaboración de metales, la organización del trabajo o la industria textil.

Para la formación de un carácter lo que más importa es la esencia del espíritu, y de esto poco sabemos; de cualquier modo nadie dijo que los indios del Perú, los más progresistas de esta parte de América, tuviesen más inteligencia o lucidez que el modesto remendón de España.

Cosas mejores traían los hombres de ballesta y se las trajeron también para la zona del Plata; sólo que aquí el hilo de nuestra paternidad, seguido hasta Colón, suele terminar en alguna celda carcelaria. . . Tampoco es correcto decir que estos envíos iniciales de gente de delincuencia, haya influido en la formación del criollo y que los americanos del norte obtuvieron beneficio superior, con su abolengo de refugiados. Todo se diluyó en la avalancha inmigratoria.



Está visto que desatadas las amarras políticas que, mal que mal, prestaban fisonomía, ya fué cuestión de ir pensando en nuestra propia talla. Y atentos al principio de la influencia caractereológica del ambiente, veamos qué puede resultar de provechoso con lo ocurrido en un centenar de años de vida independiente.

Nuevos motivos de desventura se aprestan a estorbar los empeños del psicólogo. Claro, es muy fácil proveerse de unos cuantos principios y manejarlos diestramente en el terreno de las hipótesis o de la mera especulación teórica, pero los desaliños empiezan cuando el patrón de medida no se acomoda bien a las realidades. De entre el montón de dogmas, bien a la mano del psicólogo, se entresaca uno que dice, por ejemplo: Los pueblos que viven en altiplanos áridos, de vegetación xerófila y de inclemencias atmosféricas, son rudos, batalladores, entrenados en la caza y en las prácticas bélicas; ahí están los viejos pueblos caucásicos para testimoniar el aserto. Los pueblos amparados por la fertilidad del suelo, y la seguridad del sustento, sin problemáticas y peligrosas correrías, en cambio son mansos, hechos para la paz, el arte y los cultivos; certifícanlo los semita-babilónicos que decoraron su propia civilización con prácticas nobles y fraternal sentido de la vida.

Pero entre nosotros los aborígenes de la serranía, o de las llanuras mesopotámicas o patagónicas fueron corridos por una inmigración multiforme, de ascendencia sajona o latina y no bien adaptada todavía. Con el sacrilegio de semejante suplantación, háse perdido la autenticidad racial de antes y el primitivo elemento indígena no sólo no pesa, ni da colorido a nuestro turbio bosquejo psicológico, sino que está relegado, en ridícula minoría, y sobre fondo pintoresco, al papel de curiosidad turística.

¿Cómo fuera posible, entonces, aunar en síntesis aleativa —que supere los rasgos regionales— a las gentes del bosque norteño, con los hijos de la aridez cordillerana, cuando para encontrar al gaucho, se rebusca en algunos pedacitos del territorio argentino? Para el resto de los pobladores, aun admitiendo su plasticidad, hará falta tiempo para que la naturaleza ejerza su función modeladora de artífice del carácter.

Mas no paran aquí los senderos de extravío, que perturban el análisis espectral de nuestra alma. La inmensidad del terruño, capaz de cobijar a 100 millones de habitantes, ofrece una variedad geográfica y climática que anarquiza el propósito simplista de obtener un denominador común. La febril inmigración rechaza las baldías extensiones del país y se apeñusca en las ciudades donde priva un caótico cosmopolitismo. Más de la tercera parte de nuestra población está agrupada en centros urbanos, donde los hijos o descendientes de extranjeros conservan los hábitos e idiosincrasia paternas, cuando no el idioma y los ritos religiosos de lejanas nacionalidades.

En la campaña los labriegos se agrupan en núcleos familiares de origen similar, aislados en solariega convivencia y ajenos a todo sentimiento de colectividad o de patria. Y tantos elementos se están introduciendo en el crisol donde se prepara nuestro tipo, que ahora resulta temerario aventurar hipótesis acerca de lo que saldrá de allí. Primero los españoles, luego los italianos, más luego la incorporación de materiales nórdicos, anglo-sajones, con filtraciones hebreas; posteriormente se fomentó en gran escala la inmigración de polacos y checoslovacos por la reciedumbre de su físico y la baratura de su mano de obra. ¿Quién puede predecir cuál será el producto final de semejantes mestizaciones?

En medio del desamparo estadístico en que me coloca mi men-

guada disciplina en tan fundamental materia y en que, en suma, se halla el país, no faltará manera de ilustrar algo lo que se viene conjeturando. Desgraciadamente el último censo nacional, practicado en 1914, ya sirve de poco; hechos posteriores variaron las condiciones establecidas entonces.

Primero, la guerra europea produjo una considerable merma en la corriente de inmigración, desbaratando así los cálculos de crecimiento; luego vinieron las severas restricciones a la incorporación de elementos ajenos, como un producto indirecto de la protección a los numerosos desocupados que creó la crisis económica. De modo que hasta muy poco tiempo atrás, y en parte el fenómeno persiste, las trabas ocasionaron una larga pausa para la amalgama de nuestra personalidad espiritual y para el índice normal de aumento de población. Si hasta los mismos porteños, orgullosos de los datos del 14, sintiéronse defraudados con las cifras del censo de 1936, y quejosos se alzaron en protesta contra la flaca rigidez de los números.

En datos recientísimos se comprueba que el 35 % de la población de la Capital Federal está compuesta por extranjeros: en 2.415.142 habitantes, hay 1.543.107 argentinos y 870.722 extranjeros. El resto o sea 1.313 personas son de origen desconocido.

Ahora bien: si al 65 % de argentinos nativos o ciudadanizados, se le restasen los hijos de extranjeros y los nietos de extranjeros, que conservan todavía las características peculiares, espirituales, de sus progenitores, se apreciará en qué altísimo porcentaje actúa, en nuestra modalidad psíquica, la influencia de otras tierras. Y hasta conviene advertir que entre los nativos hay muchos niños que no influyen en el ambiente espiritual, y que, en cambio, la edad media de los extranjeros es la productiva, entre los 18 y 40 años de edad; edad en que se tiene fisonomía propia, para contribuir a la fisonomía general.

No es distinta la situación en el interior. El censo de la ciudad de Rosario de 1926, que nunca se aprobó porque se le anotaron fallas de cierta importancia, establecía que en un total de 407.000 habitantes, había 223.000 argentinos y 183.147 extranjeros. Con análogos argumentos a los expuestos sobre la estadística anterior, resulta alrededor del 50 % de extranjeros de muy próxima tradición.

De lo que ocurre más adentro en el país, paréceme oportuno transcribir los párrafos con que se expide la dirección del censo de Buenos Aires de 1936, con respecto a las alarmantes características del movimiento demográfico, a la tendencia decreciente de la natalidad y al "envejecimiento" de la población. Dice así: "En efecto, basta comparar los gráficos construídos en base al censo de 1914, para comprobar que en nuestra Capital Federal y el conjunto del país, existe una casi uniformidad en la composición de la población, con lo cual se llega a la conclusión de que el resultado que demuestra el gráfico correspondiente a la ciudad de Buenos Aires, basado en el censo de 1936, no es muy distinto del que reflejaría hoy el de toda la población de la república, ya que no se encuentran razones que permitan suponer que haya desaparecido la semejanza señalada en el censo del año 1914."

Mas, no obstante la maraña de nacionalidades que denuncian las estadísticas, hay un franco predominio latino. En el censo de Rosario de 1926, anótase que en el total de 183.147 extranjeros, habría una gran mayoría —quizás cerca de 158.000— entre italianos, españoles, franceses u otras nacionalidades afines que modulan a la par.

Y esto es propio consignarlo como materia de permanente recordación, porque es una prueba de la tendencia latina de nuestro futuro probable y porque fuera un craso error modificar ese rumbo con arbitrios de ocasión. De modo que, pese al aspecto perogrullesco de la cita, no carece de interés, ya que paréceme peligroso que, so pretexto de buscar la aptitud física o la resistencia orgánica al trabajo rudo, la selección inmigratoria se oriente en el sentido eslavo o polaco, olvidando la alquimia espiritual que poco a poco, e inadvertidamente, se está realizando en el país.

Tengo para mí una verídica semblanza de ese peligro, pues vinculado por menesteres profesionales a alguna compañía aseguradora, me ha sido posible comprobar que algunas empresas demuestran hoy gran preferencia por ese tipo de trabajadores: seguramente, entre miles, alrededor del 40 % de los jornaleros son contratados en aquellas regiones de Europa. Y con este agravante: cuando se trata de colonizar con contingentes extranjeros, se los contrata con toda su familia y designados a zonas previamente de-

terminadas; en cambio, aquí, suelen venir solos y a derramarse en el resto de la población.

El derrame tampoco se concreta al imprevisto peregrinaje del elemento humano expatriado, sino que se proyecta en esferas del pensamiento: las ideas morales son materia de contagio, que daña más que la infección orgánica.

En el orden de las manifestaciones artísticas, por ejemplo —y quede a salvo aquello de que el arte no tiene fronteras—, ha de convenirse en que cada país da cierto tinte a la expresión estética, lo que, en definitiva, patentiza una ajustada personería espiritual. ¿Hay algo que identifique una modalidad estética argentina? Duele la negativa, pero apenas más el reconocer en el intelectual común, su ignorancia de la producción hispana y de la densa labor sudamericana.

Las empresas editoriales, guías de la lectura popular, obstínanse en la difusión de las obras con inconfundible tono nórdico. Y tanto, que entre los lectores habituales es más conocida la figura de Ludwig que la de Leopoldo Lugones. La intensa propaganda que se realiza desde el exterior, hace que desde la tribuna pública, a guisa de conferencias culturales que abruman al auditorio más prevenido; desde el escenario teatral, so color de traducciones muy a la moda; desde la cátedra universitaria, que tiene por elegante la erudición extranjera; desde el cinematógrafo, que entretiene planteando problemas sentimentales de sabor exótico, desde todos los ángulos se procura forjar una franca simpatía por todo lo que no es nuestro ni contempla nuestro temperamento racial, efecto nebuloso, si así gusta, del mayoritarismo latino. Contra el vasallaje hispano, denunciado con altanería y soberbia liberal, estimúlase otro vasallaje menos concorde con las propias vocaciones culturales. El cambio de vestiduras más parece un disfraz.

Y bien: ínterin se esboza el espíritu del futuro criollo, considero prematuro lanzar definiciones o cálculos aproximativos previos. Falta primero que se arraigue la tradición y que se concreten los factores hereditarios y las ineludibles influencias del medio. Sin ello no puede hablarse de un alma nacional: así lo exige la psicología de los eruditos, aquella psicología que nada tiene que ver con el intrascendente follaje parlero de tertulias y sobremesas.

Al sesudo trabajo de los sabios que nos endilgaron síntomas

inconfundibles, valdría la pena responder con este pensamiento: "a menudo la ciencia logra explicar lógicamente hechos que no existen. Es el colmo de perfección en la razón humana."

Pedíamos ser catalogados en los ficheros y cada observador se las compuso como pudo para contestar con galanura. Este fijó su mirada en villas y villorrios del interior, tan sobrios de costumbrismo, tan apegados al siglo XIX, tan llenos de esa modalidad colonial que huele a perfumes peninsulares, y nos describió como súbditos de España; aquel que sólo percibió los menjunjes aromáticos que difunde la metrópoli, tuvo el acierto de desligarse de compromisos y, aludiendo a nuestra proverbial hospitalidad y a las perspectivas doradas de nuestro suelo, nos colmó de satisfacción, adjudicándonos infinita tristeza del alma.

Pero, ¿qué se dijo a propósito del criollo típico? Sensiblemente a alguien le bastó que en el elenco parisino de pisaverdes porteños, unos cuantos holgazanes oficiaran en pendencias, para acreditarnos zoncera e impulso provocativo. Acaso haya culpas de marca mayor: las comparte nuestra escena barata, cuando se aplica a mostrar siempre ese dejo de incultura que a través de lenguajes bastardos y plebeyas actitudes, se descubre en el arrabal de todas las sociedades humanas. Defecto similar tiende hoy a corregirse en la cinematografía argentina, cuyos temas, en los albores artísticos, resultaron de muy dudoso gusto.

Para tipificar al criollo, no es serio descender a los bajos fondos, en la ahumada penumbra de tabernas portuarias o en el trajín de la alpargatería rural. El criollo de allí, sucio, mal hablado, manso e indolente, compadrón en ciertas zonas, es tan poco representativo de la jerarquía de nuestras actividades, como ese otro criollo de exportación que en tráficos indignos presentó London y aquel perezoso provinciano, amigo de ocios y siestecillas, que se deja escurrir la vida entre sorbito y sorbito de la infusión matera.

A veces el rótulo fué más breve, más condensado, pero de no menos eficacia detonante: tal el celebrado "no te metás" que tuvo su hora, no obstante la enérgica contradicción de sus lógicos resultados con el avance vertiginoso de la economía nacional.

Vase viendo en todo esto un apresurado deseo de generalizar donde no caben generalizaciones. Impaciencias de colectividad que

usa bigotes postizos y, en buena hora, se afana en ser algo que merezca la consideración del mundo.

En los hondones, no hay un criollo típicamente nuestro, ni se vislumbra siquiera. Pues no es cosa de infatuarse con alguna que otra norma jurídica o con alguno que otro rasgo de buena convivencia social, nobilísimos desde luego, que vieron la luz en estas tierras, como producto sano de un espíritu sano, muy dado a la cordialidad y a los ideales humanistas. Tampoco ha de creerse que la tesonera actividad de Bernardo Houssay, de Lisandro de la Torre, de Horacio Damianovich, de Arturo Capdevila, de Ricardo Levene, de Sebastián Soler, de Carlos Saavedra Lamas, o cien más (cifra sin generosidad) sea bastante para delinear una cultura particularísima.

Si algo nos identificara, entonces —aparte de la ya dicha salud espiritual—, quizás fuese la falta de aquella cohesión que agrupa a los conglomerados con una misma historia, con un mismo recuerdo de reiteradas vicisitudes y tragedias colectivas, con los mismos intereses y con el mismo anhelo de superación. Nos caracterizaría un cierto desentendimiento entre los individuos, y esto tiene mucho de íntima soledad.

Carecemos del sentido de la gran familia que afronta problemas en común, unidos todos los miembros por lazos estrechos de consanguinidad o de sentimiento; lo cual es expresión inequívoca de negación del carácter. El individualismo es síntoma de inexistencia de un alma nacional.

Y mientras esto ocurra, con más el chubasco inmigratorio ocasionado por la tormenta europea, no se aprecia mucha cordura en los ensayos de *exaltación* que usan expedientes artificiales o hueca dialéctica nacionalista. Las sociedades humanas, como el organismo humano, se desarrollan con el tiempo sin atender a arbitrios de aceleración y lo importante es no estorbar su desarrollo con desesperados recursos de discutible oportunidad. Ante todo no habría que descuidar el conocimiento de que la precocidad, con frecuencia, suele ser enfermiza.

JUAN CARLOS ALVAREZ.

LOS COMIENZOS LITERARIOS DE HORACIO QUIROGA

HACE algún tiempo, el escritor uruguayo M. Fernández Saldaña publicó en *El Día*, de Montevideo, un interesante artículo referente a la iniciación literaria del ilustre autor de *Cuentos de Amor, de Locura y de Muerte*.

A propósito de esto, queremos aportar algunas otras noticias que quizás ayuden a conocer más íntimamente la evolución ideológica y artística del personalísimo maestro.

Los datos de referencia consisten en algunas páginas —prosa y verso—, escritas entre los años 1896-1901. Como es sabido, Quiroga había nacido en la ciudad del Salto el 31 de diciembre de 1879. Estas páginas fueron, pues, redactadas entre los 17 y los 21 años.

Es muy posible que algunas, o la mayor parte de ellas, especialmente las poesías, hayan visto ya la luz en su época en las revistas y los periódicos literarios que se publicaban en aquel entonces y cuya vida era tan breve y fugaz como corresponde al inconstante arrebatado de los años mozos: *La Reforma*, *La Revista*, *Gil Blas* y, desde luego, *La Revista del Salto*, fundada y dirigida por Quiroga en 1899.

35 años más tarde, en sus largas charlas de sobremesa, habría de complacerse en evocar la turbulenta, alocada y romántica bohemia vivida en la adolescencia. Acurrucado en un sillón, con los ojos fijos en los leños crepitantes de la hoguera, en los labios una sonrisa persistente y traviesa, iría desgranando uno a uno sus recuerdos...

Una vez extrajo de un viejo arcón, arrumbado como trasto inútil, unos cuadernos de hojas amarillas y polvorientas. Empezó a leerlos con un marcado dejo de ironía en la voz: eran algunos de sus primeros escritos, "todos enfermos de cursilería", según decía él.

La verdad era que no podía adivinarse aún, a través de los

mismos, el vigoroso estilo que más tarde lo llevaría a ser uno de los más grandes cuentistas de Sudamérica.

He aquí una muestra poética:

LIRIALES

*Como rayo de luz indecisa
que en el muro se esconde y se apaga;
como noche que cubre de pronto
recuerdos, perfumes, amores, palabras;*

*como audaz pensamiento deicida
que hasta el cielo remonta y le escala;
como grito senil, que la afrenta
del crimen pasado les tiñe la cara!;*

*como lúbrico beso que enciende
las antorchas del vicio y le arrastra;
como abismo que surge insalvable,
del blanco cerebro, la torpe palabra,
así busca mi espíritu bastiado
sacudida febril, instantánea,
que con golpes de llanto o de risa
despierten mis nervios, renueven su savia.*

(9 - 2 - 96).

Y esta otra, de corte netamente becqueriano:

ULTIMO RAYO

*Cuando yo muera, pronunciando apenas
tu nombre tan querido;
cuando la vida de mi ser se acabe
de tanto que he sufrido;
cuando vestido con mi ropa negra
me tiendan en el lecho,
y el corazón opriman mis dos manos
cruzadas sobre el pecho;*

*cuando mi madre delirante bese
 mis labios, mis mejillas
 y mis amigos me contemplen tristes
 doblando las rodillas;
 cuando un último cirio sólo alumbre
 aquel recinto oscuro,
 se extienda por el muro, . . .
 . . . ¡Acuérdate de mí!*

A la misma época corresponde esta otra titulada:

MUNDANALIDAD

*Bajo la sombra del ciprés oscuro
 que cual negro recuerdo se levanta,
 bajo el trozo de mármol esculpido
 su cadáver descansa.*

*No sé por qué me acuerdo sin tristeza
 de su muerte tan rápida y temprana.
 Hace apenas tres meses y, no obstante,
 ya no tengo más lágrimas.*

*No sé por qué contemplo su retrato
 sin sentir el golpear de mis entrañas.
 No sé por qué en lugar de dulce pena
 tengo amargada el alma.*

*Y es que del fondo de mi herido pecho
 brota sangrando la mortal palabra;
 yo la siento subir, llena mi boca,
 mas, callo al pronunciarla!*

*Ella encierra el veneno concentrado
 de su amor, falsedad, obra mundana;
 y aunque me quiso mucho, lastimado,
 no pude perdonarla!*

*Así cayó la flor. Los tiernos pétalos
temblaron y murieron. Su fragancia
perdióse en el recuerdo dolorido
de aquella virgen blanca.*

*Así cayó la flor. Perdió su brillo;
de su perfume aquel, no queda nada;
pero aun siento el ardor de sus espinas
en mi pecho clavadas!*

(Montevideo, 6 - 12 - 96).

La siguiente, sin título, tiene la fecha de enero de 1897:

*Ya han muerto para mí las lentas horas
del penoso delirio.
Ya mis nervios exhaustos y sin fuerza
descansan más tranquilos.*

*Mis noches son profundas, dilatadas:
¡Ya no tiemblo de frío!
ya no acudo a los sueños del letargo
pidiéndole un abrigo.*

*Mi cerebro no forja más visiones.
Mi pecho está vacío,
y al llamado angustioso de mi afrenta
no responde un latido.*

*Todo lo tengo: la quietud y el sueño,
las tardes del estío,
mis recuerdos más gratos y, no obstante,
¡Me falta su cariño!*

*¡Su cariño que es alma de mi cuerpo
deforme y mal concluído;
su cariño, sus lágrimas, sus besos,
¡todo cuanto he perdido!*



Hagamos ahora un paréntesis para conocer algunas páginas de prosa correspondientes a la misma época, a fin de completar el panorama.

Dice Fernández Saldaña en el artículo antes mencionado: "—Entre sus constantes lecturas —libros que nosotros los estudiantes compañeros conocíamos apenas de nombre— *El Mal del Siglo*, de Nordau, cuyo personaje céntrico llamábase Guillermo Eynhardt, parecía haberle causado una sensación extraordinaria, como más tarde habrían de producirle Suderman y después Dostoiewski y Tolstoi, destinados a influenciarlo —en uno u otro sentido— toda la vida".

Este fragmento, titulado *Sombras*, confirma plenamente esta opinión:

"¡Qué triste es el pesimismo! Yo me enternezco cuando oigo a mi amigo hablar de su porvenir, de la gloria, de las aspiraciones de una alma juvenil y creo que palidezco, porque pienso que también podría ser como él, lleno de fe y alegre, sobre todo, alegre! ¡Qué hermoso sería!... Pero no puedo. La tendencia fatal de nuestro siglo me arrastra sin procurar apartarme de la corriente. Siento una especie de placer en mis sufrimientos, en mis tristezas, y aun desearía padecer más, para encontrar en el fondo de mi escepticismo una realidad que se destaque poderosa, con el tinte del dolor que nos sofoca, del gran dolor eterno.

"En cambio mi amigo, optimista de corazón, se envuelve deliciosamente en las ilusiones de su espíritu creyente y, a través de una brillante etapa de coronas y lauros, él cree vislumbrar su porvenir lleno de gloria. Piensa que el mundo es bueno, que el amor es dulce, que la vida es agradable y una porción de cosas más que siente con firmeza y trata de hacérmelas ver con persuasiva palabra. A veces contesto que lo creo, que la humanidad me tratará con dulzura, que gozaré en el regazo de un amor sin límites... Sí, lo creo, pero falta el corazón que lo sienta y que lo espere como una aurora delicada en el recinto entristecido de mi pobre alma que no comprende y que se muere sin querer luchar.

"Estoy leyendo *El Mal del Siglo* y me hace mucho mal. ¡Pobre Guillermo! Aquel espíritu superior cayó doblegado por el peso de su temperamento pesimista que tronchó las aspiraciones y las creencias que en una alma como la suya debían florecer. Y además, ¡hay tantas sombras en este mundo! Recuerdo que yo un día tuve las mismas reflexiones que Eynhardt analizando algunas mujeres que había conocido. ¡Qué frívolas eran! ¡Qué mundanalidad la suya que sacrificaban un amor sencillo y delicado a un aplauso por su gorgórea voz, por su elegancia en el vestir! Y he penetrado muchos corazones y todos me han

desilusionado. Mi duda es grande y acerba como la de Guillermo: ¿ama en mí la ternura que le prodigo, mi semblante, mi propia esencia o a los hombres en general, al conjunto que me subleva?..."

(Montevideo, mayo 3 de 1896).

Y por último, algunas definiciones escépticas:

GENIO: — *Neurosis intensa.*

AMOR: — *Crisis histérica.*

INSPIRACIÓN: — *Un trago más de agua o un bocado más.*

AMARGURA: — *Pobreza de glóbulos rojos.*

INTELIGENCIA: — *Más o menos fósforo.*

SOÑAR: — *Rozamiento del cuerpo contra las sábanas.*

Aun cuando estos pensamientos no consignan la fecha corresponden, sin embargo, a la misma época.

Con esta breve muestra damos por terminada la primera parte de este trabajo. Ella refleja, bien a las claras, las precoces inquietudes líricas y sentimentales del Quiroga de los 17 años. Dejemos que la Vida, con sus infinitos recursos, se encargue de separar poco a poco la ganga que envuelve el brillo del diamante y volvamos, pasados tres o cuatro años, a examinar los resultados obtenidos.



En el año 1900 Quiroga se embarca para Europa. Va a realizar, por fin, la ansiada visita a la Meca del Arte: París. A partir de este momento puede advertirse en su estilo y en sus ideas una marcada tendencia hacia el movimiento modernista que día a día iba conquistando mayores y más fervientes adeptos y que, en la evolución literaria del autor de *Anaconda*, constituye otra etapa antes de alcanzar la conquista definitiva: la fidelidad a su propio espíritu; la comunión con la Naturaleza que lo llevaría, fatal y gloriosamente, a convertirse en un poeta de la selva, del río, de la soledad, del misterio insondable del Ser que marcha de una eternidad: la Vida, a otra eternidad: la Muerte.

He aquí dos muestras poéticas:

*En el silencio del templo gótico
las almas flotan de los caídos;
sombra de nieve pon: el misterio
sobre los cirios.*

*Surgen en línea de negras sendas
con el Asombro sobre las frentes
las insensatas, raudas Ideas
como un galope de muertos héroes.*

*Infla la hipérbole de los deltoides
la forma austera de una amenaza
soñando en lacre gritos o aullidos
sobre el decúbito de las razas.*

*La desmedida Comedia Blanca
pinta ,entre risas, frío albayalde
sobre las lívidas caras enfermas
en una brusca visión de baile.*

*Mancha de púrpura prosapia el ciclo
tras el oriente de los naufragios
y en el Espanto, las Avanzadas
miran la aurora de un día trágico.*

*Acurrucada sobre los hielos
suelta la Angustia lívida risa
mientras las Muertes buyen del Polo
con la leyenda de sus pupilas.*

*Esta es la estrofa de ritmo extraño
que entona el pálido cantor del Hambre,
mientras diez garzas cruzan el frío
sus blancas alas tintas en sangre.*

(París, mayo de 1900).

*Bajo la curva, la noche plomo.
Sobre el aliento, vapor de bromo
ata en el cuello fino calambre
con invisible, rígido alambre.
Por la ventana, que está entreabierta,
la luna muestra su faz de muerta,
palideciendo sobre ducales
secretas piedras filosofales.*

*Le angustia el vientre de los crisoles
en la insistencia de los alcoholes
y gime en finos ruidos distantes
como murmullos subcrepitanes.*

*Sobre los bordes de la campaña
suenan las cuatro de la mañana.
Las negras Penas, entristecidas,
lanzan al aire largos aullidos.
Chirrian los gonces de un modo adusto
y a la ventana se asoma un busto.
Caen los muros en línea recta,
la luna en negro disco proyecta
sobre la albura del macadam,
como un curvado, lívido escollo,
la calva frente de Claudio Frollo
bajo la sombra de Notre-Dame.*

(París, junio 2 de 1900).

Sin título, como las anteriores, están estas otras:

*Batiendo las alas de quince tragedias
sobre el mar salobre,
hunde la cuenca de su azul pupila
tras el horizonte.
La luna le observa, surgida en su roja
calvicie de cobre,
clavando en el negro y agudo peñasco
sus garras de bronce.*

(Montevideo, noviembre 17 de 1900).

*El martes, 24 de noviembre,
bailamos la romántica gavota.
Las señoras brindaban sobre el hombro
sonrisas. En el raso de las colas
temblaban los reflejos del vestido;
las sedas repetían sus estrofas
en la cadencia de su muda orquesta;*

*tus ojos se perdían en la forma
de los verdes jarrones japonistas,
y en la nieve de sangre de tu boca
moría la ilusión de un abanico.
Desmayaba la niebla de tus blondas
en la infinita languidez del paso.
Tras la arcada gemente de las violas
oímos de una voz el dulce acento:
la noche de noviembre, venturosa,
inspiraba al Pierrot suaves romanzas
acariciando con su frente angosta
la satinada piel de un guante perla.*

(Noviembre de 1900).

*... Luna que azula la lontananza
con las turquesas de su romanza;
cielo que empluma los desanbelos
con la quimera de tardos suelos, ...
es el desierto de locas glorias
donde se angostan las trayectorias.
Tienden las brumas en los mirajes
su desabrido guypur de encajes.
Luz indecisa de un asteroide
cubre la negra mancha eclipsoide:
muerto planeta sobre (?) la escarcha
mi alma prosigue su oscura marcha.*

(Noviembre 11 de 1900).

También en prosa, la imaginación gusta de remontar el vuelo hacia regiones ignotas:

"Sin haber llegado nunca a la convicción de que mi martirio fuera necesario, pasé aquella noche de luna con el alfanje en la mano derecha y debajo del brazo un haz de leña. Abraham llenaba mi sombra y el holocausto estaba próximo.

"Caminábamos por una llanura acribillada de solfataras y en el humo de los acres sulfuros éramos dos aventureros. El suelo se hundía a cada paso. Una profunda contricción anudaba nuestras gargantas y las pocas palabras que podíamos articular estaban llenas de rencor.

"La senda era larga. Atravesamos la llanura y después un bosque de limoneros. Después un bosque de cien leguas. Y de nuevo la llanura. Estábamos rendidos.

—Aquí será —murmuró Abraham.

—No —le contesté apenas—. Más lejos.

"Al comenzar de nuevo la marcha dimos vuelta la cabeza: el bosque estaba ardiendo como una zarza y la palabra de Dios no salía de entre la zarza. Seguimos. El paisaje se accidentaba de nuevo. Huellas de fantásticos animales llenaban el terreno. La pisada era profunda, el terreno cuaternario bramaba de nuevo y sobre la cabeza de Abraham llovía aún el diluvio aterrador."

.....

Te había arrojado al mar; y en aquella noche de luna, tan propicia para los raudales de lágrimas, te ibas alejando de la orilla, sobre el féretro azul en que había escondido tu cuerpo.

Avanzabas lentamente. Con el reloj en la mano, los minutos que iban tras de tí eran eternos; la media noche estaba próxima y bajo la gruta marina que iba a absorberte, una mortuoria claridad de basalto acogía el reflejo azulado de tu ataúd.

De pronto la noche se oscureció y dejé de verte. Ibas a desaparecer. Entonces, levantando en las tinieblas mi brazo que oscilaba de delante a atrás, a guisa de faro remoto, brilló el rubí de mi sortija. Y bajo la tempestad que caía sobre nosotros, el fuego sombrío del rubí atrajo lentamente tu ataúd.

(mayo 10 de 1901).

.....

"Había llovido toda la mañana; y aunque ya el cielo estuviera despejado, permanecí hasta el anochecer rondando el cementerio.

"Hacia muchos gestos; mis pasos me llevaban siempre a deslizarme contra las tapias, a largas zancadas, en un exceso de atención que estaba muy lejos de ser verdadero.

"Torpes gotas de sudor caían de mis manos; y apareciendo lentamente en un recodo, alcancé a distinguir un entierro que se acercaba apresuradamente. Suspiré con satisfacción, como si yo, en realidad, hubiera estado esperando aquello.

"El acompañamiento era grandísimo. Y cuando el ataúd fué bajado a ocho brazos, noté en los ojos de todos algo que no era natural: ¿ironía?, no; más bien apresuramiento. No me pude contener. Salí de mi rincón y observé a uno de frente, en seguida a otro, después a otro. Estoy seguro de que en diez minutos me posé delante de todos. Y aquella sonrisa de extravío que era su característica, nadaba para mí en el misterio, tanto casi como su apresuramiento.

"Colocaron el cajón sobre el tablado y el sepulturero comenzó a asegurar los tornillos. Sentí, de pronto, detrás mío, una risa momentánea, tan alocada, que me hizo girar la cabeza con temor. Tal vez hubiera distinguido a la persona, si una inesperada pérdida de memoria no me hubiera distraído.

"Cojieron de nuevo el ataúd para encerrarlo en el sepulcro. Ya no caminaban, corrían casi. Entonces el sepulturero, llamándome aparte, comenzó a hablarme en

voz baja. No sé por qué, pero tuve la seguridad de que me iba a decir que dentro del cajón no había ninguna persona."

(Junio 4 de 1901).

"Mis negras culebras dormían sobre la alfombra; y la intranquilidad que de pronto se apoderó de ellas llegó a mis trémulas historietas, donde el llanto por emociones pasadas consiguiera nuevos triunfos.

"La agitación de las finas bestias cobró forma de un desvelo. La seda de sus pieles aquietó pausadamente el nervioso moaré e, inmóviles en el silencio de la gran sala —ya de rodillas ante ellos— sus ojos de vidrio traslucieron el paisaje de su inquietud bajo la tienda de un jefe de rebeldes: los espejismos crepusculares danzaban en el horizonte extrañas geometrías. Y una luna enorme surgía, tambaleándose. Y sobre el insomnio de las negras culebras que no supieron conservar tu manto, el silencio pudo ser llenado con el chocar de tu cadenilla, ¡ Salambó, Salambó!"

(Abril de 1901).



La flor ha cuajado y pronto asomará el primer fruto. Se llamará: *Los arrecifes de coral*. Muchos, al hincarles el diente, le encontrarán el sabor agridulce característico de las brevas precoces. No importa. Ya vendrían los soles ardientes y las nubes saturadas de rocío. Y entonces el árbol, al hundir con fuerza sus raíces en la tierra, nos podrá brindar la maravilla de sus frutos opimos *Anacón*, *El Salvaje*, *Desterrados*, *Más allá...*

JUSTO C. MORALES.

San Ignacio, Misiones.

MICKIEWICZ, EL MAESTRO DEL ROMANTICISMO POLACO

A fines del siglo XVIII, ya se encuentran en Polonia las tendencias literarias conocidas hacia aquella época en Europa Occidental. Su tradición literaria, relativamente antigua en comparación con la de otros pueblos eslavos, se explica por el continuo contacto que los polacos habían tenido con la cultura de Occidente. Este contacto influyó de tal modo, que ya en el siglo XVI se encuentran en Polonia excelentes traductores de los Salmos, y hagiógrafos, líricos y cronistas. Sin embargo, sólo a partir de fines del siglo XVIII y principios del XIX se inicia el verdadero florecimiento de la literatura polaca. Sólo desde entonces la literatura cobra el matiz romántico tan característico de ella durante el siglo entero.

Fueron los acontecimientos trágicos de su historia nacional los que inculcaron en la literatura polaca su peculiar carácter. Uno de los acontecimientos más decisivos fué la pérdida de la independencia. Desde entonces las mejores creaciones de la literatura se penetran con el anhelo de la liberación del pueblo. La literatura polaca se manifiesta desde esa época por la primacía de lo nacional. Por cierto que los mejores genios polacos no se encierran en un nacionalismo estrecho, sino que prolongan su visión del mundo hacia lo universal y humanitario; pero el punto de partida se concibe siempre como la liberación del propio pueblo y, luego, de la humanidad entera.

Adan Mickiewicz (1798-1855) pertenece a esta época, la más adversa en la historia de su país. Los sucesos políticos y sociales ocurridos durante su vida, a la par de las vicisitudes de su propia existencia, se funden luego en el cuadro armónico de su creación poética. Su infancia transcurrió en el campo, en una de las comarcas

más pintorescas del país. Allí el futuro gran poeta pudo asimilarse por un lado las costumbres de la "Slachta", de la semi-nobleza, y, por otra parte, recibir el influjo del pueblo, con sus cantos populares, leyendas y supersticiones. Tal idilio infantil no dura mucho. La primera colisión con la realidad contemporánea proviene de sus años estudiantiles; muy pronto el futuro artista siente el dolor de pertenecer a un pueblo oprimido.

Mickiewicz tomó parte con otros estudiantes en una asociación (Los Filaretas), entre las tantas que se forman a principios del siglo pasado para el "perfeccionamiento moral de sus asociados." A pesar de este carácter de la Asociación, Mickiewicz, como sus amigos, fueron detenidos y desterrados. Se le condujo de Lituania a San Petersburgo y, a pesar de que no se le juzgó, ya no se le permitió volver nunca más a su provincia natal. Hasta su muerte, en Constantinopla, el 25 de noviembre de 1855, tuvo el poeta una vida de peregrinaciones, de un país europeo a otro, acompañado de la continua nostalgia de su país natal, que él expresa genialmente en las primeras estrofas de su *Pan Tadeusz*, al comparar la patria con la salud "que sólo se aprecia cuando se pierde." A las mencionadas circunstancias, que pueden considerarse como el fondo sobre el cual se pinta luego la creación romántica de nuestro poeta, hay que agregar, en fin, un amor infortunado.

El romanticismo de Mickiewicz y su separación brusca de la tradición literaria del pasado se notan ya en sus dos primeros volúmenes de poesías, publicados en 1822 y 1823. En el prefacio al primer volumen, intitulado *Baladas y romances*, Mickiewicz —como Víctor Hugo en su famoso prefacio a *Cromwell*— anuncia el programa romántico para la literatura de su país. Los temas no deben tomarse de las fuentes antiguas ni adoptarse por imitación de lo que se escribe en el extranjero, sino de las creaciones del propio pueblo. Los motivos románticos se notan aún más en el segundo volumen, que contiene los fragmentos de su poema *Dsiady* (1).

Sobre el origen del poema, nos instruye el mismo Mickiewicz: "Es el nombre de una fiesta del pueblo, usual en muchas localidades

(1) El *Dsiady* (*Difuntos Fieles*) no está terminado. De las cuatro partes que el poeta había proyectado, se publicaron la segunda y la cuarta. La tercera, inconclusa, e inspirada en sentimientos patrióticos y místicos, la compuso el poeta durante sus años de peregrinación.

de Lituania, Prusia y Curlandia, fiesta que se organiza en memoria de los antepasados muertos. La costumbre se remonta a los tiempos del paganismo, y se denominaba antes el "Convite del Chivo"; la acompañaba antiguamente un arpista, que era a la vez sacerdote. Ahora el pueblo festeja los Dsiady secretamente en las iglesias de los cementerios o en casas cercanas. Se prepara un convite de varias clases de comida y bebidas, y al mismo tiempo se evocan las almas de los difuntos. Con tal proceder el pueblo cree aliviar la situación de las almas en el purgatorio. La finalidad serena de la fiesta, en sitios retirados, acompañada de ceremonias fantásticas y organizada a media noche, influyó poderosamente sobre mi imaginación; he escuchado muchos cuentos, leyendas y cantos sobre difuntos que vuelven con determinados deseos o prevenciones; en todo eso se advierten ciertas tendencias morales, manifestadas por el pueblo. El poema va a presentar en términos populares, y a veces reproducirá literalmente, los cantos de la poesía popular."

Como se indica en el prefacio, es el aspecto moral de la tradición popular el que atrae a nuestro poeta. Mickiewicz desarrolla tal aspecto en la segunda parte del poema, que, por su forma, hace recordar los misterios de Byron o de Goethe. Funde poéticamente las ideas filosóficas de Herder sobre la educación de la especie humana por la continuación de la vida terrestre en otras vidas, con la creencia en el purgatorio. En la acción intervienen fantasmas y espíritus del otro mundo, que de una u otra manera tienen que expiar las faltas morales que cometieron durante su vida en éste. La idea que el poeta se propone desarrollar es muy sencilla: ninguna acción humana, sea buena o mala, se pierde. La misma ley, según el poeta se propone demostrarlo en la cuarta parte del poema, vale para la vida afectiva. Esta parte, por el vigor del sentimiento y la glorificación del amor-pasión que aparecen en ella, supera a obras como la *Nueva Heloísa* de Rousseau o *Los sufrimientos del joven Werther*, de Goethe. Así como los fantasmas de la segunda parte vagan por el espacio y no encuentran la vía del cielo, "el que ha amado verdaderamente durante esta vida, no puede volver tan fácilmente a él." La tercera parte, compuesta ya en el extranjero bajo la impresión dolorosa de los repetidos fracasos de las tentativas de su pueblo para liberarse, es toda una glorificación de los mártires y un arrebató de indignación contra los invasores. Con esta parte

se afianza el aspecto nacional del romanticismo polaco, aspecto que luego, durante un siglo entero, domina en el estilo literario de ese país.

No faltan aspectos análogos aún en su poema realista *Pan Tadeusz*. Esta obra, que al principio se proponía presentar un simple idilio campestre a la manera del *Herman y Dorothea* y que con el tiempo se convirtió en una epopeya que abarca la vida y las costumbres del pueblo en una determinada época de su historia, tiene múltiples rasgos románticos. Desde el principio al fin está impregnada de un incomparable amor al suelo natal, amor que encontró la más fiel expresión en las estrofas iniciales del libro primero, a que se ha aludido más arriba. Entre los cuadros de la tierra nativa, afianzados aún más por el hecho de haberlos compuesto en ambiente extraño o, con palabras del poeta, "en la empedrada calle de París", aparece también el momento romántico en dos formas: por un lado como snobismo y byronismo, entonces tan de moda, y, por otro, para contraponerle una exaltada descripción del terruño. Con el personaje del conde, Mickiewicz, como el otro genio del romanticismo eslavo, Pushkin (1), presenta a uno de esos snobs de la época, que, educados en el extranjero, vuelven luego a la patria con desdén hacia todo lo que allí encuentran. Al conde le gustan los largos paseos entre las ruinas de su castillo, los paisajes sombríos y fantásticos, pero le falta el sentido del propio terruño y de la realidad circundante. Le falta, en fin, aquel dón de estar arraigado en tierra firme, lapidariamente expresado por nuestro poeta en la segunda parte de los *Dsiady*: "Según la ley divina, quien no se encuentra bien firme en el suelo no alcanzará nunca la altura del cielo."

Mickiewicz no dejó otro tipo de índole verdaderamente romántica, como hizo Pushkin con su Lonsky. Pero el verdadero ideal romántico para nuestro poeta aparece claramente en su modo de creación artística: ante todo, en su amor a la propia tierra, expresado por medio del folklore popular. Mickiewicz siguió este precepto durante toda su vida. A diferencia de otros románticos que echaban de menos lo lejano y exótico, concentró las fuerzas de su genio y su pasión en la nostalgia por el país de su niñez, donde

(1) Véase NOSOTROS, segunda época, N° 21, pág. 408-413.

“los montecillos silvestres, las praderas verdes, los campos de trigo argentados por el centeno, se extienden sobre las orillas del amplio Nieman, color de violeta” (*Pan Tadeusz*, libro primero). Mickiewicz, que vivió en una de las épocas más inquietas de la historia europea, nos presentó parte de aquellas luchas e inquietudes: la que tocó en suerte a su pueblo.

Pero en todo gran poeta, a la vez que las pugnas y dolores inherentes a su generación, reverberan de uno u otro modo destellos de paz y armonía, como anuncio de la última y anhelada *coincidentia oppositorum*. Mickiewicz no olvida nunca este supremo ideal humano. En el ambiente de guerras, revoluciones y continuos fracasos de su país, ambiente en que él vivió y en donde se nutrió su imaginación, el poeta desea para su país que “no conozca otras armas que la guadaña y la hoz, allí donde no se leen otros diarios que las cuentas de la casa.” La suprema norma de la actividad poética es para él, en quien todos los biógrafos admiran la nobleza del carácter y las maneras caballerescas en su trato con las gentes, una norma ética: presentar la vida tal como es en un momento dado, sólo que con el fin de organizarla y sublimarla. Pero aun al llevarla a tales alturas, el poeta no olvida aquel precepto, aquella ley divina de que “quien no se encuentra bien firme en el suelo, no alcanzará nunca la altura del cielo.”

JACOBO EPELBAUM.

LOS PARECERES DE VAZ FERREIRA SOBRE EL GEORGISMO

EN el constante desalojo de unos temas por otros, he ido postergando y por fin olvidando uno sobre el que hace más de quince años me propuse escribir. Y me ha resucitado aquel viejo propósito la ocasión de la visita de Vaz Ferreira a Buenos Aires, en carácter de Rector de la Universidad de Montevideo, y sus densas conferencias, que han elevado por unos días más de lo habitual el diapasón intelectual de la nuestra.

Carlos Vaz Ferreira, como lo clasificó el señor Decano de nuestra Facultad de Filosofía y Letras, es el único sudamericano propiamente designable como filósofo, es decir, el único que aparte o además de enseñar historia de la Filosofía, filosofa ponderablemente. Piensa por cuenta propia sobre el mundo, la sociedad y las ideas ajenas. Y esto lo prueba el mismo tema de sus conferencias pronunciadas aquí, que trataron, unas de "La crisis [social] presente desde el punto de vista racional", (para lo que no cabe abrevarse directamente en textos clásicos, ni tampoco se expidió como repetidor del último correo) y las otras, si bien menos prácticas, de no menor alcance filosófico, sobre "Trascendentalizaciones matemáticas ilegítimas y falacias correlacionadas".

Ambas series contienen grandes enseñanzas que merecen ser divulgadas, meditadas y criticadas; pero ello es cosa que no cabe hacer convenientemente mientras no aparezcan impresos, como sin duda alguna es deseable en alto grado.

Diré aquí tan sólo, para quienes no tuvieron el beneficio de oír las, que la idea capital del primer ciclo es que todas las decadentes conturbaciones que padecen las sociedades actuales no proceden de

descenso en la moralidad, sino en la capacidad de discernir. Que esencialmente la crisis es de la racionalidad y no de los sentimientos humanitarios, y que, por lo tanto, puede ser remediada por más inteligente indagación. Tal es lo que corresponde, y lo que él hizo en gran parte, con respecto a los problemas o "tragedias" de la democracia, el individualismo, la lucha de clases y la lucha de razas.

La idea principal de las conferencias del segundo ciclo fué señalar los peligrosos inconvenientes de dar abusiva preeminencia al mecanismo matemático, convirtiendo en trascendentales, metafísicas, las dificultades o incongruencias, probablemente transitorias, que resultan en la Física y Matemática de sus recientes hallazgos; y que es falacia interpretar como quiebra de la Lógica clásica el hecho de que aparezcan en aquellas ciencias resultados contradictorios, pues es cargo de ellas resolverlos por el descubrimiento, probablemente, de nociones o hechos más generales que los engloben.

Informo de esto tan sólo por espíritu de servicio y a modo de breve homenaje para el eximio visitante, pues mi tema presente, tanto tiempo diferido, es el que anuncia el título de este ensayo, referente a conferencias anteriores del mismo autor, pronunciadas en Montevideo en 1914 y contenidas en su libro *Sobre la propiedad de la tierra*, (1918).

Hay materia conexa en su posterior *Sobre los problemas sociales*, pero nada más reciente ha publicado, bien que hayan sido esos temas motivo de subsecuentes meditaciones y lecciones en sus cursos de la Universidad en que enseña.

Vaz Ferreira se destaca como el único de los intelectuales sudamericanos con reputación hecha que haya acometido el análisis de la doctrina georgista, y es más notable que lo emprendiera, hasta prematuramente, diré, tan pronto como llegó aquélla a estas playas, puesto que faltaron a su conocimiento obras capitales de Henry George, que sólo posteriormente fueron editadas en nuestro idioma: *Protección o librecambio* y, sobre todo, su obra maestra, bien que inconclusa y póstuma, *La ciencia de la Economía política*, libros sobre los que no hay datos ni indicios de que Vaz Ferreira los haya conocido cuando escribió el suyo. Los que él menciona y de que hay citas o rastros son *Progreso y miseria*, *Problemas sociales* y el polémico con León XIII sobre la encíclica *Rerum novarum*, —que ha circulado en español con el título *La condición del trabajo*, y del cual

acabo de hacer y publicar una traducción en Buenos Aires con título distinto (*); y aun de ellos el único propiamente científico y orgánicamente doctrinario, es el primero.

El sólo parcial conocimiento, explicable por lo dicho, del autor y doctrina que examina, es confesado por Vaz Ferreira reiteradamente, atribuyéndolo no sólo a tenerla aún en estudio, sino a cierto deslumbramiento sentido ante la magnitud y resplandor de la creación georgiana.

Mi estado —dice— es simplemente... que lo estoy estudiando; y que estoy, diremos... en una digestión un poco difícil del georgismo. Me admira la facilidad con que algunos se tragan ese enorme bocado; y también me admira, y me entristece, la resistencia de otros para probarlo y emprender su, indudablemente difícil, pero siempre provechosa asimilación. (p. 281).

A esto se debe la cautela de sus apreciaciones, que no pueden ser designadas juicios ni siquiera opiniones, aunque haya en ellas bastante más que impresiones, y por eso las designo "pareceres".

Como impresión, el efecto que la lectura de George le produjo es de cautivador atractivo y entusiasmo.

Doctrina interesante, apasionante, no sólo en sí misma, sino por su papel de combate en el momento actual — y, todavía, porque cuando damos con ciertos hombres que, hasta a través de los libros, pueden irradiar sobre nosotros una acción tan fecundante, sugerente y ennoblecedora como parece que sólo podría una comunicación personal directa, entonces, sea cual sea la parte que de esa radiación que absorbamos y la parte que rechacemos en lo intelectual, toda ella nos aprovechará en lo moral. (p. 179).

Además del valor de combate de su prédica, George, como pocos, ha hecho sentir los problemas sociales: los ha calentado... Se me viene a la memoria cierto cuento de Edgar Poe: un prisionero yace en el suelo de una cárcel, y, entre la oscuridad, cree entrever vagamente en las paredes, a su alrededor, ciertas formas oscuras, borrosas: parece algo horroroso; pero no se ve bien... En un momento dado, las paredes empiezan a iluminarse y calentarse; en ellas se dibujan cada vez más vivas, al fin siniestras y amenazadoras, ardientes figuras de demonios y espectros. Y las paredes se acercan, se vienen sobre el prisionero; lo oprimen y lo sofocan. Pues bien: todos vivimos en la entrevisión borrosa de los horrores de nuestro orden social; y el calor de alma de Henry George produce sobre esas visiones de iniquidad y miseria el mismo efecto; las ilumina, las calienta, las enciende; y realmente nos parece que todos esos horrores se vienen sobre nosotros y nos ciegan y nos sofocan... El aconsejar a todos, y tan especialmente a la juventud, estas lecturas, es, pues, asegurarle un bien general, que vale mucho más todavía que la

(*) *La cuestión obrera*. Editorial Claridad, 1939.

comprensión y que la aceptación o el rechazo de una doctrina especial: es efecto más allá del georgismo.

Por mi parte, siento un agradecimiento profundo hacia las obras de Henry George; especialmente hacia una: *Los problemas sociales*, que, conjuntamente con la lectura directa de algunas obras socialistas —y cualquiera que haya sido la marcha ulterior de mis ideas— sacudieron mi espíritu y me arrancaron de un cierto dogmatismo en que habían cristalizado un poco mi raciocinio y anestesiado un poco mis sentimientos los autores de obras clásicas para la enseñanza. (p. 209).

Se aventura Vaz Ferreira, como se vé, hasta el ditirambo, si bien permaneciendo, por los motivos antedichos, en el terreno de las impresiones, sin elevarlo hasta el rango del, ya juicio, escrito por John Dewey nueve años después, de que “sobrarían los dedos de las dos manos para enumerar los que, desde Platón hasta nuestros días, alcancen el nivel de Henry George entre los filósofos sociales”. (Prefacio transcrito en *La cuestión obrera*), o el de Clarence Darrow: “Es uno de los más grandes que en cualquier tiempo hayan usado una pluma”.

Pero, como quiera que sea, a la visión de Vaz Ferreira no escapó que estaba de cara con la genialidad.

El tema del libro de Vaz Ferreira le lleva a examinar las escuelas contemporáneas que considera más significativas por su concepto económico-jurídico sobre la propiedad de la tierra, pasando así revista expositivo-crítica a las doctrinas sustentadoras del régimen actual (no se lo puede, en rigor, designar individualista o liberal) y, como impugnadoras del mismo, la socialista, la de Loria y la de George, además de exponer una innovación propia que también conceptúa interesante.

Aun debiendo especialmente concretarme, y muy sucintamente, a la de mi tema, y un poco a la del mismo Vaz Ferreira, diré que sobre la primera, la del régimen actual, hace una muy lúcida exposición y crítica, impugnándola por injusta y falsamente individualista, pues al establecer la propiedad privada de la tierra, (medio físico indispensable e inextensible para la vida) y su transmisión hereditaria, causa fatalmente la exclusión de la mayor parte de los humanos de la disponibilidad de ese indispensable medio natural, que cualquier otro animal posee.

No es que somos sino que *nos hemos hecho* la especie inferior a todas en ese vital aspecto. E impugna indignado la enseñanza universitaria que en su juventud le inculcó —mediante los textos de

Leroy Beaulieu, el Spencer de la segunda época y Cauwes) la admisión y justificación de esa absurda iniquidad; pervertida enseñanza que mucho le costó *desaprender*, por lo cual recomienda a los que estén en su caso "algo así como un previo... raspaje cerebral" (pág. 37).

A la escuela socialista y la de Loria les concede poca solidez y las descarta fácil, aunque no radicalmente, con buen argumento la segunda y con suficiente pero no el mejor, la primera.

En cuanto a la de George, comienza por exponerla en un resumen de quince páginas, muy fiel y comprensivo en lo que contiene, que es estrictamente lo referente a la tierra, pero pasando por alto excesivamente lo que constituye cuerpo teórico básico de principios económicos generales, que son de principal importancia, y algunos de gran originalidad y trascendencia, como su refutación a la llamada Ley de Malthus, y de la teoría del fondo de los salarios, que significa una teoría enteramente nueva, de grandes alcances y aplicaciones, especialmente para estos países nuevos, porque elimina el falso concepto admitido de que sean necesarios la previa disponibilidad de capitales, ni menos su importación del extranjero, para la producción e incremento de las riquezas. Y es deplorable igualmente que tampoco mencione la importantísima rectificación de George a la escuela clásica, eliminando el "provecho" de la distribución del *producto*, que queda así distribuido solamente entre *renta*, *salario* e *interés*, a los que eventualmente, a mi ver, deben añadirse los *impuestos*, bien que no el llamado "a la tierra libre de mejoras".

Sin ocultar, ni menos desfigurar, como ha sido frecuente, los principios generales de la doctrina de George, se puede asegurar que ha concentrado casi exclusivamente su atención en la cuestión, científicamente derivada y práctica, de la tierra, (cuestión tan primordialmente económica como jurídica) sin detenerla gran cosa en los conceptos económicos esenciales.

No hago un reproche al señalar estas omisiones, puesto que Vaz Ferreira no pretende sino dar una idea de la doctrina y de su gran interés, siendo provisorios todos los pareceres que expone; pero es bueno consignarlo para la debida comprensión de lo que expone en su favor o en contra. Vaz Ferreira se va directamente en su resumen a la propiedad de la tierra y al sistema y método para re-

formarla, que sólo ocupan la segunda mitad del libro fundamental de la doctrina, *Progreso y miseria*.

Y esta falta de escrutinio suficiente en las bases científicas le ha ocasionado un deplorable percance que he de considerar. Muy deplorable, porque ha invalidado el gran servicio que con sus hermosas cualidades de sentimiento, pensamiento y saber, habría podido realizar y no ha realizado bastante para el progreso efectivo en su país de la justicia social, que tan sinceramente le apasiona. Y, por extensión, en el nuestro y demás sudamericanos.

Se percibe claramente que Vaz Ferreira emprendió el examen crítico de la cuestión de la tierra en las distintas escuelas sociales con la premeditación, en sí misma legítima, de contrastar con ellas una, no precisamente teoría, sino propuesta propia. Y, al parecer un tanto subconscientemente, lo que más hace no es contrastar su propuesta con las teorías existentes, sino hacer pasar a éstas *por la prueba* de su adaptabilidad o no a la propuesta, y a la que, por otra parte, no ha intentado darle cimiento científico, entre otras razones por la de que, como dice, él no es economista ni se siente con vocación para serlo.

Tampoco es esto en modo alguno reprochable, pero aquello sí. Un filósofo, un químico, y lo mismo un hombre de la calle, pueden proponer a los economistas una idea, una sugestión, que bien podría resultar genial, para que la examinen y la utilicen si les sirve; pero no es legítimo, ciertamente no lo es, situarse como juez lego a aprobar o desaprobar doctrinas económicas de fondo, según el grado en que pueda o no hallar cabida en ellas, como base mínima, una fórmula, que no es una evidencia, ni mucho menos, aunque, *desde fuera* de la ciencia económica, pueda parecerlo. La presenta con toda modestia, pero bien aparece, y lo declara, que está enamorado de ella.

Yo debiera reproducir aquí el resumen que hace Vaz Ferreira de la doctrina de George, para la más cómoda comprensión de nuestro asunto, pero, ¿cómo incorporar aquí, ni es caso de resumir, sus quince páginas, que a él le han resultado desesperantemente insuficientes, cuando dice:

Tal es el esquema de la doctrina de George. Y lo que se siente después de haberla resumido, es más bien remordimiento, en cuanto estos resúmenes puedan apartar a alguien de la lectura directa. Los resúmenes son siempre malos; pero

son más o menos malos según la clase de autores a que se apliquen, y son especialmente malos, tienen que ser especialmente mal hechos cuando se refieren a autores muy vivos, llenos de ideas originales y de sentimiento, los cuales pierden más cuando presentados en esquemas, así como, reproducido en un grabado, pierde más que otro el cuadro de un pintor colorista... Hay que leer directamente. (p. 193).

Por mi parte, para ocuparme tan sólo en lo que quepa de las noventa y seis páginas restantes, recomiendo como excelente, y ruego al lector que vea, el resumen hecho por Vaz Ferreira que, en lo que abarca, es el mejor que conozco. Pero, en lo que abarca; porque es de notar que al indicar las obras necesarias para buen conocimiento, dice: "De *Pregreso y miseria*, todo, si se quiere; pero, fundamentalmente, la parte consagrada especialmente a la doctrina de la propiedad privada: se podrían suprimir la parte que versa sobre la economía general, y la que contiene la teoría del progreso." Pero no es así. La fundamental es aquella primera parte, repito, de la que la segunda, por importantísima que sea, es *aplicación*. Y lo penoso es que el mismo Vaz Ferreira la ha pasado un tanto a la ligera. Sólo así se explican algunas de sus críticas y, especialmente, su extraña división en "tierra de habitación" y "tierra de producción"; falaz apoyo de la fórmula que ha ideado.

Bien fundada es su observación de que la idea de la ilegitimidad de la propiedad privada de la tierra existía antes de George, citando al caso, entre otros antecedentes que existen, el siguiente pasaje de Stuart Mill, que yo doy sólo parcialmente:

Cuando se habla del *carácter sagrado* de la propiedad, se debería recordar que ese carácter sagrado no pertenece en el mismo grado a la propiedad de la tierra. Ningún hombre ha hecho la tierra. Esta es la herencia primitiva de la especie humana toda entera. Su apropiación es enteramente una cuestión de interés general. Si la propiedad privada de la tierra no es útil, es injusta... la facultad, de que goza el propietario, de usar de los bienes mobiliarios, y de excluir de su uso a los otros individuos, debe ser absoluta, excepto en los casos en que de ello resultara un daño positivo para la sociedad. Pero, en el caso de la tierra, no se debe acordar derecho exclusivo a ningún individuo, sinó está demostrado que esta concesión produce un bien positivo... Ninguna cantidad existente de los bienes muebles que un individuo puede adquirir por su trabajo, impide a otros individuos adquirirlos por los mismos medios; pero por la naturaleza misma de las cosas, el que posee tierras impide a otros gozar de ellas. (p. 89).

Y este otro de Senior:

Los instrumentos de la producción son el trabajo y los agentes naturales.

Habiendo sido apropiados los agentes naturales, los propietarios se hacen pagar por su uso bajo la forma de renta, que no es la recompensa de ningún servicio, y es recibida por aquellos que ni han trabajado ni dado anticipos, sino que se limitan a tender la mano para recibir las ofrendas de la comunidad. (p. 198).

Es efectivo que este concepto, lo mismo que la fórmula tributaria de George para socializar la renta del suelo tienen numerosos antecesores, cuya larga lista, seguramente incompleta, que se remonta hasta lejanos pensadores chinos, he dado en mi prólogo a *La cuestión obrera*. Pero la gran contribución teórica de George a ese respecto es haber enclavado sólidamente aquel principio en la Ley de la renta, descubierta por Ricardo hacia 1820; de tal modo que adquiere valor nuevo y firme categoría científica, cosa que evidentemente ha escapado a la percepción de Vaz Ferreira, porque no está entre las que se propuso investigar; lo mismo que su "single tax" es cosa nueva y bien distinta del "impôt unique" de los fisiócratas, y lo mismo que, dicho sea de paso, la "enfiteusis" de Rivadavia difiere esencialmente de la enfiteusis clásica; cosas de que los tratadistas europeos no han llegado a percatarse, ni tampoco los profesores y alumnos sudamericanos, quienes, ¡*belas!*, acostumbran a estudiar estos temas... en libros europeos.

Pero aparte de que esos temas que, con no ser los más importantes ni más nuevos, (aunque George los redescubrió e infundió nuevo espíritu, "calentándolos", según la expresión de Vaz Ferreira, "al rojo blanco", según la de los metalúrgicos) son los que más le caracterizan, les ha impuesto imperecederamente su sello, como Shakespeare a los argumentos que inmortalizó en sus dramas.

Impresiona mucho a Vaz Ferreira la manera y frecuencia con que George hace argumentos sintéticos mediante apólogos y comparaciones:

Las de George —dice— son únicas; no hay escritor que saque más partido de ellas. Para explicarnos, por ejemplo, la falta de valor de cierto argumento que tan comúnmente se hace en favor de la propiedad de la tierra, y de tantas otras desigualdades sociales, que juzga ilegítimas, sobre la base de que un hombre puede, por su esfuerzo, pasar de una a otra categoría social, en lugar de largas demostraciones, nos dice esto en dos líneas:

"Si los capitanes de los buques mercantes se estuvieran continuamente convirtiendo en piratas, esto no sería una demostración de la legitimidad de la piratería"... Y no se acabaría de citar: tenía no sólo la *verbe*, sino el talento del gran polemista. En su célebre polémica con el Papa, cuando debía examinar el argumento, en favor de la propiedad privada de la tierra, basado en que ésta ha debido ser

adquirida con dinero proveniente de trabajo, George explica, y es evidente su razón en este punto, que tal origen no puede legitimar en principio una clase de propiedad que fuera en sí ilegítima. Entonces, en lugar de razonar demasiado, glosa unos párrafos elocuentes y patéticos en que el Papa procura fundar un argumento impresionante sobre el caso del obrero, del trabajador humilde, que ha empleado todos los ahorros que representan el trabajo de su vida en comprar "un pedazo de tierra"; y repite el pasaje, cambiando un "pedazo de tierra" por "un negro"; queda así la argumentación como reducida al absurdo moral: "un humilde trabajador, que ha empleado todos los ahorros de su vida en comprar un negro; y vendríamos a privarle de él... etc., etc." Si el argumento valiera, termina, Vuestra Santidad demostraría con él la legitimidad de la propiedad de unos hombres sobre otros, la legitimidad de la esclavitud." (p. 207).

"Así como el molino no puede moler con una piedra sola, el hombre no puede sacar riquezas del aire o de la nada: el hombre necesita servirse de la tierra, fundamentalmente, para producir riqueza. Obstaculizado su acceso al medio natural, que representa el acceso a las oportunidades o posibilidades de producción, se produce una forma de esclavitud más disimulada, menos ostensible, pero no menos real que la otra. Prácticamente, en la organización actual, nos dice George, unos hombres son tan dueños de otros como si éstos fueran sus esclavos. Robinson, en su isla, hubiera podido mantener esclavo a Viernes. Pues supongamos que en vez de ello le concede la libertad, y le lee, si se quiere, los artículos de una constitución que conceda la libertad y la igualdad absolutas, pero retiene en su poder la isla entera. Como Viernes ha de vivir en la isla y trabajar en ella, prácticamente sería tan esclavo de Robinson después de tal emancipación como antes de ella. (p. 183).

En cuanto a juicios u opiniones en favor o en contra de las afirmaciones generales o parciales de George, ya he dicho que, con declarada prudencia, Vaz Ferreira no expone ninguno, a no ser como sin quererlo, bien que todo su trabajo está lleno de pareceres y muy a menudo de distingos, generalmente precaucionales y a veces más decididos, que justifica de este modo:

... yo no he dado estas conferencias sobre el georgismo para notificar a ustedes que lo estoy estudiando, ni aun para explicarles cómo lo estoy estudiando, lo que sería suficientemente impertinente, sino porque me parece que, examinada esta doctrina a la luz de mi distinción entre la tierra de habitación y la tierra de producción, podría darme ciertas sugerencias y aun ciertos argumentos serios en el sentido de mis ideas. (p. 283).

Y como estas referencias a ellas, que, con explicable amor paterno, prodiga en todo el libro, lo mismo al tratar de las demás doctrinas, —son clave de las admisiones o rechazos, más o menos condicionales, de las afirmaciones de George y de los demás, es preciso considerar dichas ideas.

Son breves de reseñar. Es, en primer lugar, una observación sobre que en cuanto al destino de la tierra, cabe hacer una distinción, que no viera en ningún economista: tierra de habitación y tierra de producción, además de tierra de caminos.

En cuanto a la última no hay cuestión, pues es unánime el concepto, ya bien asentado en la experiencia y por nadie disputado, que el régimen correspondiente es el de la propiedad común y libre disponibilidad para todos los habitantes, salvo las obvias "leyes del camino". Pero esas otras dos clases que Vaz Ferreira propone, son una separación enteramente infundada. Yo comprendo muy bien que ningún economista haya hecho antes esa distinción, por el motivo... de que no hay ninguna tierra que, específicamente, pueda ser separada como tierra de habitación.

Si al Dr. Vaz Ferreira se le ha ocurrido separarla de la que él llama "de producción", es porque tiene un concepto equivocado de lo que es la producción. Tanto, que, para él, esa tierra de producción es la agrícola y, como subdivisión, la de minas.

Claro está que cada vez que se empieza a discutir, o a pensar, o a observar concretamente lo que se relaciona con la tierra, nos encontramos con las habitaciones, *agrupadas en ciudades*; con la tierra de producción, *en los campos*. (p. 3).

... dentro de la de producción, tierra de producción agropecuaria, y tierra de minas; y, dentro todavía de la producción agraria, subdivisiones, y, entre ellas, tierra de florestas... (p. 6; bastardillas mías).

... y, entre tanto, una de las más grandes divisiones, una de las más importantes, *la tierra de habitación, se ha dejado con la tierra de producción agropecuaria*, para que corra su suerte doctrinaria y jurídica. Lo que puede ser un absurdo... Lo que yo creo evidente es que hay que *tener en cuenta* esa distinción; que hay que hacerla. (p. 6; bastardillas del autor).

El objeto de la distinción es, según el autor, poder atribuir a todo habitante, en reconocimiento de su incuestionable derecho a estar en el planeta, un pedazo de tierra de habitación "sin precio ni permiso".

Pero ¿cuál puede ser esa tierra de habitación, tan netamente separable, a su parecer, de la de producción?

Producir no es propiamente *crear* nada, pues el hombre no es capaz de crear ni un átomo. Producir es provocar la acción de fuerzas naturales existentes para que ellas *crien* ciertos productos que nos son útiles o agradables; es también *trasladar* materiales de un lugar a otro; es también *modificar*, dar nueva forma a las materias; es

adaptarlas de cualquier modo conveniente al acceso de su consumo, mediante *cambios o comercio* de ellas, o a la prestación de cualquier servicio cotizable. Todo esto es *producir*, y a menudo la intervención de todos esos procesos ha sido necesaria para la terminación de un producto, esto es, hasta que llega a estado de utilización final o *consumo*.

El café que tomamos, por ejemplo, no está totalmente producido hasta que se halla en nuestra taza; y todos los que han intervenido en que ese resultado se cumpla, forman la larguísima cadena de los productores de esa taza de café. Contando desde lo próximo, el sirviente, el repartidor del almacén, el almacenero, el carrero, comisionista y otros más. Y los que para su desempeño empiezan a ocupar la *tierra agrícola*, la que recién empezaría a considerar el Dr. Vaz Ferreira "tierra de producción" . . . están en el otro extremo.

Esto está admirablemente explicado en el libro de Henry George *La ciencia de la Economía política* (Lib. III, Cap. II), que seguramente el Dr. Vaz Ferreira no había leído; pero aún en *Progreso y miseria* está indicado al paso en esta forma:

Es demasiado estrecha la idea de la producción que la limita meramente al hacer las cosas. La producción comprende no sólo hacerlas, sino también facilitarlas al consumidor. El negociante, el almacenista, es, por consiguiente tan productor como el fabricante o labrador, y sus existencias o capital se destinan a la producción como el de éstos. (Lib. I, Cap. II).

Como ya lo expliqué, producir no significa sólo hacer las cosas, sino que comprende, además, el aumento de valor adquirido por el transporte o cambio de ellas. (Lib. II, Cap. I).

Hay infinito número de operaciones de la producción, de índole industrial y comercial, que se efectúan en las ciudades, —hasta en las cocinas donde se hace infusión de café,— y por eso toda la tierra urbana es también "tierra de producción".

El autor supone, por otra parte, que cabe hacer la división del trabajo en *puro e impuro*, según que sea *sólo trabajo* o que además emplee materias, siendo éste más o menos impuro según que intervenga más o menos proporción de material. De tal modo que el trabajo agrario sería el más impuro, por requerir tierra en gran masa e intervención de instrumentos (capital); los industriales serían intermedios, y el intelectual sería enteramente "trabajo puro".

Mas son rarísimos los casos en que pudiera hablarse de un trabajo "puro", y el del trabajador intelectual está muy lejos de serlo.

Tomemos el caso de un conferencista: necesita papel, pluma, mesa, silla, libros y pieza de escritorio, asentada sobre un lote de tierra, para componer y escribir el texto o sumario de su conferencia. Todo esto lo suele hacer en la casa que habita, pero de la cual, la superficie de suelo ocupada por el escritorio, es, sin duda, "tierra de producción" de conferencias; y si acostumbra leer y tomar notas en la cama, también lo es la del dormitorio, así como la ocupada por la cocina y comedor lo es de producción de alimentos. ¿Qué quedaría bajo la casa del conferencista como tierra exclusivamente de habitación? ¿Y en la del herrero y el tendero? ¿Dónde hacen sus trabajos las respectivas esposas?

¶ Pero la conferencia todavía no está con eso *producida*. No está terminado el trabajo del conferencista. Hay que *pronunciarla*. Y para eso se necesita, sobre un terreno, generalmente céntrico y muy valioso, un local grande con asientos, tribuna, alumbrado, etc. (donde no habita nadie), lo que significa un capital importante; y usar de todo eso es necesario al conferencista para dar cima a su trabajo, que, como se vé, es terriblemente "impuro"; designación innecesaria y además, diré, poco feliz, pues implica cierto sentido inculpatorio para el inocente, benéfico y utilísimo capital. ¡La azada del hortelano, la máquina del impresor, la aguja de la costurera, la lancha del pescador, la pluma del poeta... acusadas de impurificantes! Podría haber hablado, en todo caso, de trabajo puro o mixto... si fuese necesaria la clasificación; tan infundada, diré además, como la que se hace entre trabajo manual e intelectual, dado que en cualquier trabajo hay algo de manual y de intelectual. Todos son "mixtos", y por eso tampoco hay lugar a clasificarlos, sino vagamente, en ese sentido.

Dichos errores, bastante básicos, de los que la lectura más completa de George le habría librado, (y que le convierten en dificultoso ¡y tanto! concretar algún medio práctico para efectuar su asignación de tierra de habitación a los individuos) vician, invalidan o debilitan parte de las objeciones que opone a Spencer, Stuart Mill, Loria, y casi todas las que, bien que con máxima prudencia, opone a George.

Con las ideas centrales de George que considera: supresión de la propiedad privada de la tierra, (pero no de los bienes producidos por el hombre), y método del impuesto sobre el valor de la tierra, (ex-

cluyendo el valor de las mejoras) para efectuarla, está sustancialmente conforme, (aparte de distingos y reservas relativos que provienen de aquel prejuicio suyo de distinguir la tierra de producción de la de habitación). Y tan es así, que en nombre de lo primero sobre todo, ataca decisivamente, a menudo con mucho brillo, al régimen actual, llamado "individualista", aunque, como bien dice, no lo es, sino que más propiamente "familista"; designación bien original y bien fundada. "El hecho de la privación de la tierra para el trabajador, es de todos modos capitalísimo: deba o no llamársele el hecho fundamental, es *un* hecho fundamental." (pág. 178).

En cuanto al impuesto, dice así: "Se ha descubierto, pues, no sólo un buen impuesto, sino *un impuesto mejor que los otros*. Y estamos estudiando el grado y los casos en que puede y debe aplicarse." (pág. 287).

No es del caso, yo creo, seguirle en todas las minuciosas observaciones (demasiado cargadas, por cierto, de "me parece", "yo me inclino a creer", "tal vez", etc.) que le sugiere la doctrina georgista. Solamente mencionaré algunas de especial significación.

Tiene bien aferrado el concepto de que la libre disposición de los bienes, correctamente aplicada cuando se atiende a los individuos que los legan en herencia, es esencialmente anti-individualista cuando miramos a los individuos que los reciben, o no los reciben, puesto que pone a unos en desventaja inicial con otros; "*una especie de individualismo de los individuos muertos, en perjuicio ilegítimo de los individuos vivos*", dice con muy afortunada expresión. Y esto, que puede no ser grave, o no tan grave, cuando se refiere a bienes producibles, es gravísimo cuando se lo refiere a la tierra, al medio natural, esencialmente "privativo", por lo limitado, y que de hecho deja carentes del mismo, en el sistema actual, a la mayoría de los individuos.

De ahí sus objeciones y sugestión de restricciones al derecho de testar "ilimitadamente"; insinuando que siquiera la "tierra de habitación" fuera exceptuada de trasmisión individual.

"Realmente, la herencia de la tierra, lo siento íntimamente, es un horror en grado mayor de lo que yo lo he pintado y he hecho sentir en estas conferencias." (pág. 306).

Pero es claro que si la obsesión de su malhadado distingio no le hubiera trabado el raciocinio, habría hallado abierto el camino

para reconocer netamente el concepto de la propiedad común, social, de *toda* la tierra, y quedando así eliminado el problema de si unos heredarán más tierra que otros; y despejada la cuestión misma de la herencia para tratarla de un modo general, y no tan parcial, empírica y confusamente como se ve obligado a hacerlo.

Establece con exactitud (pág. 157), la distinción entre individualismo y socialismo o, para hacerse entender mejor, entre *estatismo* y *libertismo*, "entre la tendencia que lleva a conferir un gran poder de coerción social, y la tendencia que lleva a independizar al individuo de la coerción social", bien que no parece acertar muy claramente a situar al georgismo, dado que en un lugar dice:

Fuera del caso de la tierra, que él exceptúa, por considerar injusta su propiedad privada, Henry George es profundamente individualista y radicalmente antisocialista: mucho más que los defensores habituales del orden actual, y tanto por lo menos como los "individualistas" teóricos más extremos. (p. 192).

Pero en otro lugar se lee:

... como yo parto de los individuos, —cosa que no hace George—; como parto del derecho individual a habitar, para mí evidente, indiscutible, etc. (p. 282).

derecho que, en verdad, nunca ha dejado de afirmar George con gran énfasis, aunque nunca pensó entregar tierra a nadie para habitar "sin precio ni permiso".

En algunos sitios expresa como cuestión de hecho que la tierra para producción agrícola no alcanzaría en cantidad para dotar de ella a todos los individuos que quisieran ocuparla; concepto en que se equivoca, por no haber advertido que a medida que se densifica la población, el cultivo se hace más provechoso cuando se lo efectúa intensivamente sobre pequeñas parcelas. Y la cantidad de huertas o granjas de una a cinco hectáreas que caben en el mundo, es prácticamente infinita. Un campesino, hoy, en el centro de la provincia de Buenos Aires, no logrará vivir cultivando menos de cincuenta hectáreas, ni, lejos de caminos, menos de trescientas; pero cerca de Buenos Aires le basta con una.

De especial alcance político-social, bien definidos, y a mi ver enteramente exactos, son sus juicios sobre la oportunidad y adecuación de la reforma georgista, "si se la supone acertada", a los países sudamericanos.

... puede decirse que la cuestión de la tierra en cualquier parte es la cues-

ción de la tierra en todas partes; pero haciéndose la distinción de estado: del momento, diremos, de la cuestión de la tierra en cada parte.

A este respecto, conviene señalar un error que apareció aquí a propósito de las polémicas sobre el georgismo, y con motivo del proyecto antes mencionado del Poder Ejecutivo; se teorizó un poco, en general, sobre la doctrina, y llegué a leer que el georgismo es una teoría de países viejos, que no podía ni debía trasplantarse artificialmente a países nuevos. (p. 268).

Indudablemente, si se supone verdadero y bueno el georgismo, la necesidad de aplicarlo efectivamente se ha de hacer sentir más en los países viejos que en los nuevos, por cuanto los males que resultan de la apropiación individual de la tierra no se manifiestan al principio, cuando sobra tierra: empiezan a manifestarse cuando ésta empieza a hacerse limitada; y se exagera cada vez más a medida que crece la población...

Pero, en otro sentido, esto es, en el de la mayor o menor facilidad de aplicación, entonces es al contrario; el georgismo es teoría de países nuevos; quiero decir que es más fácil aplicarlo, establecerlo, al principio de la evolución social, que una vez que ella está muy avanzada. (p. 269).

... en cada país, en determinados países, hay males locales en tal o cual grado; pero, sin perjuicio de estos males locales, especiales, de cada uno, *hay un mal social general, común a todos*; y cuyo remedio o tratamiento será también general. Y será mejor, este remedio, *preventivo que curativo*. Así, hay problema social; y en los países jóvenes —éste es el aspecto práctico de la cuestión—, desde cierto punto de vista, hay más especial interés en pensar en el problema social, en encararlo y en resolverlo, que en los países viejos. (p. 271).

Hay un punto que, aparte de su importantísimo interés doctrinario y práctico, tiene para mí uno personal:

Yo, como digo, no puedo entrar en estos asuntos; indico simplemente los puntos económicos que hay que estudiar, y con los que se complica el georgismo.

Y entre éstos, hay uno capital: y es el de saber si, para asegurar los beneficios de la explotación de la tierra, basta o no, de hecho, su posesión temporaria, en vez de la propiedad permanente.

George procura, repetidamente, demostrarlo; y se explica su empeño, dado que el georgismo es por su origen, por su esencia, diremos, una teoría arrendatarista; su solución ideal teórica y su objeto final doctrinario es la apropiación de la tierra por el Estado y el arrendamiento de ella a los particulares; y su solución práctica, la del impuesto, no es más que un sustitutivo práctico de aquella solución teórica, el cual comporta, parcialmente al menos, la misma tendencia y consecuencia, en el sentido de la sustitución de la propiedad permanente por la posesión transitoria. Basta *imaginarse* el régimen georgista, para notar cómo desarraiga, más o menos al hombre, de la tierra: hace más pasajero, más temporario, más precario, su dominio de ésta, aun en el caso de que no se vaya a la solución teórica o final, sino simplemente a la solución práctica de la tributación. (p. 252).

En este punto Vaz Ferreira, con quien he coincidido casi con-

temporáneamente, ha visto más claro, a mi juicio, que todos los georgistas, y que George mismo. Ha visto que la lógica consecuencia final de la teoría georgista es la apropiación efectiva de la tierra por el Estado, y su arriendo a los particulares. Por mi parte llegué a la misma conclusión, sin conocer su libro que comento, de 1918, (cosa que legalmente no podría probar, pero que es verdad) y lo publiqué un año después en tres ensayos escalonados que aparecieron en la *Revista Argentina de Ciencias Políticas*: "Evitemos la guerra social", 1919; "Una declaración extremista", 1919; "Que la tierra debe ser confiscada y otros conceptos actuales y genuinos del georgismo", 1920; recopilado este último en mi libro *Apropiación social de la tierra*, 1932, con el título "La comunización de la propiedad de la tierra".

En los dos primeros ensayos enuncié afirmativamente el concepto de la propiedad común y arriendo, reservando para el tercero el detenido análisis y rectificación del concepto diferente expresado por George, —seguido hasta entonces por todos sus discípulos,— y presentando las razones teóricas, prácticas, políticas y de eficacia para la propaganda que abonan a mi tesis; asunto que, se comprende, no corresponde detallar aquí.

Pero sí debo responder a la objeción de Vaz Ferreira sobre si lo "precario" y "temporario" del usufructo de la tierra por el individuo ocupante de ella, significaría realmente un "desarraigo", y si sería suficiente para asegurar los beneficios de la explotación de la tierra.

Mi propuesta es que la tierra sea entregada en forma de "concesión vitalicia", mediante pago al Estado del arrendamiento o canon correspondiente; y claro es que ningún arraigo mayor puede ofrecerse al individuo que arraigarlo hasta el día de su muerte. En cuanto al método para la apropiación de la tierra por el Estado, apartándome también de George en esto, he propuesto (ob cit., 1932) utilizar la percepción en especie-tierra del usual impuesto a las herencias, cuando se trate de fincas extensas: excediendo, por ejemplo, a 500 hectáreas. Sobre los demás casos no haré mención aquí.

Por último, debo consignar siquiera otra objeción que apunta Vaz Ferreira sobre el "paradojal" efecto *urbista* —dice,— que resultaría, según él, de algunos experimentos georgistas realizados en Canadá.

Consigna, en efecto, que un ensayo en Vancouver, en 1908 y años siguientes, determinó, según un informe,

un resultado de los más satisfactorios. Las construcciones edificadas en algunos meses han sobrepasado a las levantadas en el curso de los años precedentes, lo que naturalmente ha aparejado una disminución considerable en el precio de los alquileres. Por otra parte, estando exentas de todo impuesto las materias primas y los productos fabricados, la industria local ha adquirido un desarrollo inesperado; la demanda de trabajadores es tal que muchos han abandonado las ciudades vecinas y sobre todo el puerto americano de San Francisco, para ir a radicarse en Vancouver.

El importe de los nuevos edificios (habiendo sido de 160.000 libras esterlinas en 1902) ascendió a 285.000, en 1903; 393.000, en 1904; 530.000, en 1905; 861.000, en 1906; 1.126.000, en 1907; 1.190.000, en 1908; 1.451.000, en 1909; 2.580.000, en 1910, y 4.558.00, en 1911.

Cuando empezó a producirse ese progreso en Vancouver, la capital de la provincia, Victoria, empezó a sufrir: los permisos para edificar, que subían en Vancouver, decrecían en Victoria, hasta llegar a una cantidad insignificante... en 1910 habían decrecido hasta no más de 100.000 libras, en tanto que en Vancouver alcanzaban a un millón, y en el año siguiente excedían de los dos millones. Ante tales hechos, se implantó en Victoria el impuesto; inmediatamente, en un año, los permisos para edificar pasan de 600.000; más del séxtuplo. Y al empezar el progreso de Victoria, la ciudad norteamericana de Seattle, en el Estado de Washington, que está enfrente, empieza a sufrir...

Efectos semejantes anota sobre la ciudad de Wellington, en Nueva Zelanda, y otros, entre ellas Houston, en Texas, donde la población, que era de 78.000 habitantes, se duplicó en menos de tres años.

Estos casos, especialmente el de Vancouver, le sugieren a Vaz Ferreira un escrúpulo, porque cree ver en ellos una "paradoja", que sería la siguiente:

El georgismo es *antiurbista*: enemigo de las ciudades; y George describe hermosamente cómo sería la vida de la humanidad si no se concentrara, o si no se concentrara tanto como lo hace, en las grandes ciudades; y la evocación, por George, de las miserias de la vida urbana, impresiona y estremece...

Ahora bien: *lo que parece más evidente o menos discutible de las expresiones del impuesto georgista* (o más o menos georgista) es precisamente un fenómeno de *éxito urbano*; el georgismo habría resultado un impuesto *urbista*, en el sentido de hacer crecer y prosperar *las ciudades*. (p. 246).

Ahora bien, recordamos los idilios del georgismo: aquellas pinturas de la humanidad volviendo, sino precisamente a la vida de aldea, a la vida de ciudades pequeñas: a la vida de campo más condensada, con las ciudades descongestionadas. Y, evocando esos cuadros, sentimos que mientras, desde cierto punto de vista, aque-

llas experiencias parecen (!) deber interpretarse como un éxito, desde otro punto de vista son desconcertantes. Como *fenómeno urbano*, son un éxito; como *fenómeno humano*, podrían tener, por lo menos, dentro de esa teoría, una significación distinta. Y no puede negarse que anda por aquí algo desconcertante, una verdadera paradoja, sobre la cual por lo menos debe reflexionarse. (p. 248).

Extraña deducción y extraño hallazgo de paradoja por un lógico tan consumado como lo es sin duda el eminente autor de *Lógica viva*. Las aplicaciones en el Canadá, de las que saca sus consecuencias, de impuesto georgista "en toda su pureza" fueron, dicho sea de paso, *parciales en intensidad*, pues en el caso más conspicuo, el de Vancouver, no excedió la tasa impositiva del dos por ciento, o sea, próximamente, el tercio de la renta; ello porque la ley provincial prohíbe exceder dicha tasa. Pero, aparte de eso, demostraron, como se ha visto, satisfacer cumplidamente las promesas de la doctrina, esto es, que fomentaron notablemente la actividad económica, edificación, ocupación, abaratamiento de alquileres, etc.

Esos efectos se manifestaron precisamente en ciudades, porque *fué en ciudades*, en el exclusivo orden municipal, donde se hizo la aplicación del impuesto. ¿Cómo podría haber hecho efecto fomentador en el campo... donde *no fué* aplicado? La única diferencia lógica que cabe hacer en el caso es que si hubiera sido aplicado en el campo, el efecto habría sido, no *urbista* sino *ruralista*; incrementando la actividad rural en lugar de la urbana; y si hubiera sido, como corresponde, aplicado a la par en ciudad y campo, el incremento se habría producido *a la vez* en el campo y la ciudad, con predominio, quizá, de una u otra sección. Nada hay de paradójal en ese *urbismo*, que sólo resulta del paralogismo de Vaz Ferreira.

Por mi parte, la inferencia que se me ha ocurrido y sigo encontrando probable, es que así como el régimen actual causa automáticamente excesiva concentración en las ciudades y tendencia a despoblación en los campos, — en el régimen georgista, con el mismo automatismo, "iría surgiendo de suyo la formación progresiva de *ciudades lineales* (ciudad y campo a la par), esto es, que se irían poblando de granjas de diverso tamaño a ambos lados de numerosos caminos, que irradiarían de nuestras grandes ciudades actuales; caminos o calles que bien podrían irse pavimentando e iluminando para el tránsito de vehículos, y que, espontáneamente también, se irían creando de trecho en trecho núcleos para casas centrales de

comercio, escuelas, bibliotecas, residencia de autoridades, teatros, usinas de luz y fuerza, etc. (*Evitemos la guerra social*).

Lo que quiera que resultara sería necesariamente distinto al efecto del régimen presente, por cuya acción, dice George,

... la población y riqueza se concentran en las grandes ciudades, y desde el campo a la ciudad fluye un tráfico aniquilador. Pero esta nociva tendencia no es natural y no nace de la demasiada libertad; es antinatural y nace de las restricciones. Puede ser claramente atribuída a los monopolios, de los cuales el monopolio de los elementos naturales es el más importante. En una palabra, el régimen romano de la propiedad territorial, que en nuestra moderna civilización ha reemplazado al de nuestros antecesores celtas y teutones, está produciendo el mismo efecto que dió en el mundo romano: la congestión en los centros y el empobrecimiento en las extremidades. Mientras Londres y Nueva York crecen más de prisa que creció Roma, los campos ingleses se quedan sin cultivo, como se quedaron los del Lacio, etc. (*Protección o librecambio*, cap. XVI).

Consideraciones éstas que son de especial aplicación a la República Argentina y a su desproporcionada capital.

La presente síntesis crítica sitúa, me parece, el carácter de la exposición, igualmente crítica, de Vaz Ferreira, sobre el georgismo. Me parece también que la índole de ésta, no obstante la ferviente intención de su autor para que el georgismo sea desde luego estudiado y conocido, especialmente por la que en sus días fué nueva generación, ha malogrado ese alto propósito, — por la universal causa, en gran parte, de estar aquella generación demasiado obsesionada en el sentido de la tendencia socialista (la experiencia rusa comenzaba prometiéndome muchas cosas) pero también debido en alguna, a que su manera, llena de reparos y distingos condicionales, a menudo por sólo vicio distinguidor, como se ha visto, (y que “el grano molido en harina no puede germinar ni crecer”, AMIEL), debe haber producido en los lectores del libro de Vaz Ferreira más bien efecto inhibitorio que estimulante hacia la lectura y estudio de las obras de Henry George, suposición que se hace verosímil ante la ausencia de eficacia que se advierte, en el Uruguay del día, de aquella su vehemente exhortación, no obstante el eminente y merecido prestigio del autor en su país.

Grande es, sin embargo, su mérito, por haber sabido discernir jerarquía eminente a una doctrina no llegada precisamente de

Europa, ni recomendada por tránsito en París... de donde sigue ausente; cosa que, razonablemente, nada debe importarnos.

Han corrido diecisiete años, y muy felizmente se comprueba por sus recientes conferencias en Buenos Aires, que el Dr. Vaz Ferreira conserva viva su sensibilidad para los males del tan imperfecto régimen económico-social que padecemos, y su confianza en que el ejercicio apropiado del estudio y la razón pueden remediarlos en grado siquiera considerable. Quizá encuentre de oportunidad retomar el problema que en su libro dejó abierto, y quizá encuentre que ésta sea su mejor misión de la hora. Y quizá alcanzara en el presente más eficacia su prédica, mejor cimentada, dado que la sensación de urgencia permanece y aún se acentúa, y que la sugestión socialista, otrora absorbente y excluyente, va quedando confinada, (si queda) en los que eran jóvenes por aquellos años y no tuvieron, por cierto, la percepción aguda que él tuviera, del interés extraordinario del georgismo.

C. VILLALOBOS DOMÍNGUEZ.

ARTE NORTEAMERICANO THOMAS BENTON

MÚLTIPLES controversias y críticas han suscitado las pinturas murales de Thomas Benton en el capitolio de la ciudad de Jéfferson. Unos atacan al pintor norteamericano por su falta de respeto por la arquitectura del edificio, otros por su actitud brutal con la sociedad.

En las decoraciones que acaba de terminar atestigua el poco respeto que guarda por las armonías arquitectónicas y nos da una lección de principios aprovechables. "No debemos, dice, subordinar el contenido a las conveniencias. El fetiche de la pureza tiene irremediamente que desaparecer ante la acción de la vida." Y agrega: "el trazo arquitectónico sólo puede subsistir en el caso de que la pintura sea tan débil y convencional que pase inadvertida."

Estas frases refutan plenamente la novedosa teoría que han sacado a relucir algunos críticos en apoyo de los arquitectos: "la pintura mural debe respetar la importancia estética de la pared y supereditarse a los planos del arquitecto." El francés Le Corbusier, con retóricos silogismos proclama la defensa de "las hermosas proporciones del muro", "el lenguaje sano y claro de la arquitectura", y el latinoamericano Cardoza y Aragón lo secunda sosteniendo que "más de un edificio hermoso en su desnudez natural ha sido manchado por la nueva pintura". Protesta contra "el furor muralista" con tanto ardor como lo haría un patricio de la antigua Roma ante la sátira de los *grafiti* destruyendo la albura de sus palacios.

Este clamor nos revela el oculto anhelo por contener el ritmo respiratorio de la historia, de vivir al margen de la lucha (tormento y empuje) que nos ofrece el estado actual del mundo. Desde los griegos, si se quiere ir más lejos, desde los egipcios, hemos notado la

tendencia a cubrir la impúdica desnudez del muro. No recuerdo que se hayan hecho nunca reparos a alterar su aspecto externo. Apenas si tenemos un caso cercano, cuando en el "estúpido siglo XIX", Puvis de Chavannes aconseja medida y circunspección, apoyándose en el ejemplo de Gotzzoli y algunos muralistas del cuatrocientos.

El muro con relación al espacio (cielo, arte, luz) es negativo. Como representación y contenido no posee ningún signo estético; el muro significa límite, protección, obstáculo. Encarna la idea de amenaza, desconfianza, opresión, egoísmo, aislamiento. Los griegos, con su reconocida preocupación estética, construyeron las paredes de pequeñas dimensiones, y así mismo tuvieron el pudor de cubrirlas con bajos relieves; dejaron que la columna representara el símbolo de elevación. El arquitecto románico patentiza la bestialidad del medioevo en la altura y macidez de sus construcciones. Más tarde la fe del gótico levanta los muros en equilibrio, entre ventanales multicolores, para colocar en las nubes las cruces redentoras. Los renacentistas, grandes arquitectos al mismo tiempo que geniales artistas, se dieron cuenta de la limitación constructiva. El afán de lo grandioso los hizo ampliar el campo limitado de la arquitectura con el vuelo ilimitado de la pintura. Miguel Angel, después de resolver arduos problemas de ingeniería, dió una bofetada rotunda a lo "proporción arquitectónica". Dislocó planos, modificó perspectivas, simuló columnas, plataformas, capiteles y volutas para encarnar la musculosa anatomía de sus personajes meditados.

Benton sigue este magnífico ejemplo para realizar su obra. En salto prodigioso se coloca en el Renacimiento pasando sobre las teorías modernas: el objetivismo impresionista, la ciencia cezanniana, la lógica cubista o el arcaísmo indoamericano. Lo guía una máxima preocupación: el volumen. Si Cezanne afirmaba la plenitud de la forma, Benton se empeña en demostrar, por diferente camino, que la expresión está en relación directa con la fuerza del volumen. Y en realidad, yuxtaponiendo volúmenes sobre volúmenes han conseguido una nueva forma de representación que si bien puede emparentarse con el naturalismo del siglo XIX, aparece original por el dinamismo que reviste su contenido. Constituye una parte de la fórmula norteamericana que presagiaban Robert Henry, Bellows y otros. Ellos han cumplido con romper otro de los cabos que atan aún el arte norteamericano con el arte extranjero; porque la

civilización europea, según la expresión de Haya de la Torre", "sigue cabalgando por las llanuras yanquis a horcajadas sobre los lomos del bisonte."

Después de viajar estudiando por los principales centro artísticos de Europa, Benton vuelve a su tierra más capacitado para el análisis del medio en que va a actuar, y tan seguro de sus conocimientos plásticos, que no cree necesario investigar los últimos procedimientos técnicos y el interesante material que le ofrece el prodigioso desarrollo industrial de los Estados Unidos. Armado con los viejos instrumentos tomados prestados a los maestros de Brujas, se asoma resueltamente al escenario de la vida de su pueblo. Ya lo conoce bien. Nació y se formó en Missouri. Esto no lo sitúa en clase aparte. Descender de legisladores, banqueros y políticos no significa heredar privilegios ni colocarse entre una aristocracia; todo el mundo es pueblo en Norte América. Sólo la calidad del hombre, su capacidad, establece diferencias.

Schopenhauer aconseja al hombre de genio aislarse y tomar el arte como un consuelo. "Para la percepción artística, dice el filósofo alemán, es lo mismo mirar una puesta de sol, las rejas de una prisión o las ventanas de una casa." Benton ha esquivado esta actitud subjetiva y arbitraria. Para pintar la historia de Missouri ha penetrado apasionadamente en el sentido intrínseco de la vida que lo circunda, sin someterse a circunstancias eventuales. "La forma, dice, debe patentizar fatalmente los acontecimientos sin desfigurarlos en bien de convencionalismos y de las superficies bonitas." Benton, al realizar su obra, no se preocupa de seguir la vieja quimera de un arte "dirigido y sometido a las masas" a que se refiere Malraux. Le interesa más que los dictados de las "Internacionales", no desfigurar el sentido real de las cosas. Dar al "hecho" su importancia histórica sin el propósito de hacer arte de propaganda en favor de comunistas, fascistas o puristas. Todo su esfuerzo lo emplea en observar serenamente el tumulto de lucha entre las unidades sociales, en unir el instinto histórico a los dones intuitivos que posee el artista, para luego "hacer arte mudo", como decía el viejo Poussin.

Su empeño en reproducir realistamente la historia, la geografía y las condiciones sociales de los Estados Unidos, lo coloca en la vanguardia de los pintores netamente americanos. El artista no ha tomado el arte como un Pegaso para remontarse al cielo y escapar a la

lucha. Consciente de su misión, en actitud crítica y marxista, busca un lugar de observador para contemplar al mundo en guerra. Si en la obra hay falta de idealismo y sobra de materialismo crudo, tildese el documento social que la inspira. El pintor no ha hecho más que tomar al hombre por su raíz, esa raíz que nos dice Marx es el hombre mismo. El arte de Benton está plantado en la tierra; el incienso que de ella se desprende no tiene fuerza para elevar al proletario más arriba de su nivel "real" de músculos resignados, ni el humo de los grandes cigarrillos de los banqueros es incapaz de aureolarlos.

A cambio de su falta de actitud lírica, el artista nos da una creación humana e imparcial. Echa mano al realismo que rechaza el sesgo subjetivo, arbitrario, mecánico. "El tema, según Engels, debe emanar de la situación y de la acción misma, sin necesidad de formularlo explícitamente". En el realismo nada debe interponerse entre el mundo y su expresión artística. Sin intención preconcebida nos revelará el dolor o la alegría de un rostro, el cansancio; la fuerza, la esperanza, la decepción, todo lo que hay de interno o externo, de justo o injusto en la sociedad, todo lo que hay de amargo y dulce en esta corta aventura que se llama vida. El pintor no tendrá que recurrir a los lloriqueos de Greuze para expresar dolor, a las patéticas actitudes de Carrière para mostrar miseria, a los desplantes de David para hacer ver el valor, ni a los contorsionismos expresionistas para denotar pasiones. Tiene mérito, y mucho, el artista que nos hace ver la vida que suda, que bulle, trabaja y muere en la lucha por conquistar la casa cómoda, la mujer bonita, el automóvil veloz, el "bigger and better" de la ética norteamericana, que logra explicar esta ética graficándola en sus aspectos esenciales, con valor histórico, patentizado en el humo de una fábrica, en los cuerpos musculosos de los trabajadores, en las mandíbulas voraces de los banqueros, en las calvas relucientes de los ciudadanos "Babbits" inclinando su lubricidad sobre los muslos desnudos de las bailarinas, o los negros hambrientos escarbando en los desperdicios al pie de las fábricas opulentas.

Por eso Benton puede gloriarse de haber realizado, con signos transitorios e individuales, una representación universal y eterna. Su obra es buena, pese al exceso de materialismo. ¿No ha descrito el Greco realistamente su época a pesar del idealismo que lo guiaba? Al artista no le toca realizar la tarea filosófica, si se quiere genial,

de pensar en lo fundamental, esencial y eterno. Tanto mejor si le resulta al expresar lo que es temporario, específico e inmediato. Si bien el hecho no debe reproducirse como anécdota, debe siempre encontrarse revestido de significado social y humano; así podremos intuir su significación intrínseca.

Siguiendo estos preceptos Benton ha puesto ante los ojos de sus conciudadanos verdaderos trozos de la historia patria. Aspectos del pasado y del presente con miras al porvenir. En ellos describe las etapas de la evolución social del país. En América del Norte las masas presentan caracteres materialistas y simples. No ha tenido tiempo para dar importancia al sentimiento. El período doloroso de gestación social, de exaltación mística que ha hecho posible en Europa las canciones de gesta y las catedrales góticas, no ha existido en la tierra de los peregrinos y los rascacielos. La etapa del candor sumiso ante las fuerzas obscuras que conduce a las masas por sufridos caminos hacia recompensas celestiales, ha sido superada por el período de trabajo arduo para conquistar el bienestar material. Arrancar a la tierra de todos la riqueza para todos. Los emigrantes al instalarse en los campos y al fundar ciudades ya estaban dotados del sentido de libertad. Severos, duros, incapaces de sensiblerías, pusieron a un lado a los poetas, los empíricos y demagogos. Los guiaba la máxima preocupación de conquistar el arma para asegurar la independencia individual: *money*.

La historia de Missouri pintada por Benton en los muros del Capitolio de la ciudad de Jéfferson, calificados de *revolting* por la mayoría de las gentes y aplaudidos por contados críticos es su obra característica. Los misurianos pueden sentirse heridos por la lanzada del pintor. Un senador, prominente político, manoteando el aire con gesto despectivo, lapidó los murales con un argumento positivo para sus electores: "Waste of money". Otro, eficiente banquero, declaró que los muros le daban la impresión de "venirse encima". El director de Instrucción Pública del Estado, representando la opinión de la "gente culta" calificó la obra de "verdaderamente fea". Este fué el mayor elogio, ya que lo Feo Absoluto no implica mediocridad de espíritu, visión corta y vulgar, bajeza del corazón, mentalidad al servicio de falsas concepciones.

En cuanto al valor plástico, ya hemos hablado de la importancia primordial que da al dibujo, la aplicación que pone en la

línea para obtener el volumen. Sólo así logra hacer olvidar lo brutal y crudo del color, las masas rojas sobre grises bituminosos donde es difícil encontrar armonía o trozos delicados. El ritmo de la obra se encuentra en el admirable dinamismo que la anima; desde el hombre en pleno esfuerzo bajo el cielo renegrido de humo, hasta el niño aferrado a las piernas de la madre. Nada descansa en la representación del vértice de la vida moderna. Thomas Craven tiene razón al afirmar que Benton, "muralista, dibujante, antropólogo intérprete de la civilización americana, no pertenece a ninguna de las categorías del arte moderno". Le faltó agregar: pertenece a otra que está formándose del polvo que levanta el derrumbe de una época.

F. COSSIO DEL POMAR.

Nueva York, 1939.

POESIAS

LA BATALLA

YA está aferrado a su cal
con cabellos y con uñas.
Lo llevan y traen, apenas,
las músicas y las lluvias.

Ya vienen las estaciones,
ya le llegan sus lebreles
y le recorren la tierra
fermentada de las sienes.

Ya le están dando batalla,
ya le empobrecen los hombros
y una impaciencia de hierbas
le revienta por los ojos.

Ya le enclavijan los pies
y le dan risa sin labios.
Un mundo de grieta y polen
lo fecunda como a un prado.

Ah, qué saqueo y qué fiesta
de cicatrices y enjambres.
Lo alcanza ya un subterráneo
flujo y reflujo de mares.

*Qué amargas olas, qué manos
lo entierran y lo destierran.
Qué jardines y qué dientes
lo empequeñecen y cercan.*

*Ay, su corazón, tan dulce,
ay, su lengua sin un grito.
Qué gusanos y qué rosas
le ensordecen los oídos.*

*Y lo acechan y lo ciñen,
lo besan y lo acuchillan.
Ya está vencido. Se entrega
a torvo amor y delicias.*

*(Por un ramaje de arterias
verde, regresa hacia arriba.)*

JUAN G. FERREYRA BASSO.

BALADA PARA UNA LUNA ROTA EN DOS PEDAZOS

ERA una luna grande, enharinada.
Era una luna buena colgando de un hilillo largo
y oscilando sobre nuestros mundos
su rostro inverosímil.
Era una luna llena
de canciones.
Ingenua y niña.
Y su luz temblorosa se perdió en los caminos de la noche,
donde los años duermen,
y los cantos monótonos e iguales flotan entre los juncos.
Atravesó las brumas y los soles.
Rodó su luz en las tinieblas,
por la voz áspera y jadeante de los hombres buenos.
Conoció la grandeza serena de los campos.
Las montañas azules.

*Rodó su luz en las ciudades,
 sus paredes y calles
 y sus puertas, preñadas de angustias de frustrados deseos.
 Rodó su luz por los rincones olvidados,
 en la inútil perfección de esas cosas maravillosas y pequeñas,
 pero individuales.
 Mojó en su luz de aurora los amores,
 las furias
 y los odios simétricos,
 tenaces.
 Y huyó por los espejos,
 a través de los altos ventanales,
 para encontrarse sola,
 opaca y fría.*

*Era una luna vieja...
 Atravesó las brumas y los soles.
 Olvidó las canciones tontas de su niñez,
 —¡había sufrido tanto, tanto!—.
 Rompió su desesperación en dos pedazos,
 y volcó su cansancio sobre un pequeño charco de agua sucia.*

EDUARDO VILLEGAS DA CRUZ.

SERENIDAD

*YA se alegra en mis ojos el paisaje elegido:
 florecieron los cardos azules de la loma.
 Esta nostalgia joven que llora sin sentido
 tiene alegre el paisaje, pero triste el aroma.*

*...Aroma de las noches de mi niñez distante;
 toda la paz del campo con su vaho sentía...
 Hoy que vuela la brisa sobre el cardal fragante
 tengo el fugaz engaño de esta paz que fué mía.*

*Era sereno el rumbo por estas soledades,
con un rumor sonoro de furtivas vertientes.
El cansancio que traigo de las negras ciudades
no contamine el aire con palabras dolientes.*

*Huraño labrador del potrero mezquino,
echa un silbo a tus perros, que seguiré de largo...
Ignora al forastero que se lleva el camino
de los dulces recuerdos que le tornan amargo.*

*La palabra, ayer fácil, se ha tornado sombría.
Se pierde entre las sombras la nostalgia secreta.
Nunca sepas, buen hombre, que hasta ayer no existía
la prometida paz que hoy disfruta el poeta.*

*Mira el sendero tuyo... ¡qué sumiso a mi planta!
Por el rumbo sonoro de tu noche me pierdo...
¡Queda contigo el verso que mi espíritu canta
con la sencilla frase que brotó del recuerdo!*

NOVIÓN DE LOS RÍOS.

*Rodó su luz en las ciudades,
 sus paredes y calles
 y sus puertas, preñadas de angustias de frustrados deseos.
 Rodó su luz por los rincones olvidados,
 en la inútil perfección de esas cosas maravillosas y pequeñas,
 pero individuales.
 Mojó en su luz de aurora los amores,
 las furias
 y los odios simétricos,
 tenaces.
 Y huyó por los espejos,
 a través de los altos ventanales,
 para encontrarse sola,
 opaca y fría.*

*Era una luna vieja...
 Atravesó las brumas y los soles.
 Olvidó las canciones tontas de su niñez,
 —¡había sufrido tanto, tanto!—.
 Rompió su desesperación en dos pedazos,
 y volcó su cansancio sobre un pequeño charco de agua sucia.*

EDUARDO VILLEGAS DA CRUZ.

SERENIDAD

*Y A se alegra en mis ojos el paisaje elegido:
 florecieron los cardos azules de la loma.
 Esta nostalgia joven que llora sin sentido
 tiene alegre el paisaje, pero triste el aroma.*

*...Aroma de las noches de mi niñez distante;
 toda la paz del campo con su vaho sentía...
 Hoy que vuela la brisa sobre el cardal fragante
 tengo el fugaz engaño de esta paz que fué mía.*

*Era sereno el rumbo por estas soledades,
con un rumor sonoro de furtivas vertientes.
El cansancio que traigo de las negras ciudades
no contamine el aire con palabras dolientes.*

*Huraño labrador del potrero mezquino,
echa un silbo a tus perros, que seguiré de largo...
Ignora al forastero que se lleva el camino
de los dulces recuerdos que le tornan amargo.*

*La palabra, ayer fácil, se ha tornado sombría.
Se pierde entre las sombras la nostalgia secreta.
Nunca sepas, buen hombre, que hasta ayer no existía
la prometida paz que hoy disfruta el poeta.*

*Mira el sendero tuyo... ¡qué sumiso a mi planta!
Por el rumbo sonoro de tu noche me pierdo...
¡Queda contigo el verso que mi espíritu canta
con la sencilla frase que brotó del recuerdo!*

NOVIÓN DE LOS RÍOS.

LETRAS ARGENTINAS

EMILIO BECHER (*)

TE agradezco la visita, espíritu amable. He aquí las palabras con que saludé, leídas las primeras páginas, la llegada a mis manos del libro de Emilio Becher. Confieso no sin arrepentimiento, que desconfiaba de él; acaso no de él precisamente sino de la ligereza de nuestro ambiente intelectual que ha creado y crea con generosa incomprensión tanta seudogloria literaria. Día tras día he visto con asombro crecer mi natural desconfiado gracias a la producción de muchos de nuestros hombres de letras. Créalo el lector, el mal es alarmante. Nombres van y nombres vienen. Publique Mengano sus trabajos con regular asiduidad y ya no piense ni se preocupe más: el tiempo lo hará todo; nos acostumbraremos a ver su firma en los periódicos y terminará por entrársenos por los ojos hecho un escritor. La vocación, la ilustración, el estudio no preocupan, ni falta que hacen. Triunfar como escritor es una de las habilidades de la idiosincrasia criolla, otro de los deslumbrantes resortes de la hermosa máquina burocrática. ¿Que deseamos ubicarnos cómodamente en ella? pues logremos recomendaciones, amistades y de ser posible que una ligera capa de barniz preste una agradable tonalidad a nuestro espíritu, esto es hermoso y no daña; pero no tratemos de conquistarla con cultura porque es el único pecado que no perdonaría jamás.

La cultura, la erudición son cosas de tiempos ya muertos, bien muertos. Ahora, somos hombres de acción, y para obrar, para producir no es preciso encerrarse en un gabinete a estudiar libros y

(*) DIÁLOGO DE LAS SOMBRAS Y OTRAS PÁGINAS, de *Emilio Becher*, editado por la Facultad de Filosofía y Letras. Prólogo de Ricardo Rojas. Buenos Aires.

más libros; menos aún, es necesario poseer los más elementales conocimientos del idioma, y como se escribe con oscuridad un lenguaje que nadie entiende, no es difícil caer en la tentación de creernos superiores. Por eso nos es dado contemplar con harta frecuencia cómo la ignorancia nos hace caer en la petulancia. ¡Ay!, constituímos una hermosa asamblea de pingüinos. Vivimos entre esta inmensa orgía de libros que nos envenena lentamente, y callamos. Nadie nos critica y menos nos discute. El silencio imperturbable que acoge nuestra obra debe ser interpretado como signo inequívoco de aprobación. Cuando callan todos es como cuando todos aclaman. Lógico y humano será entonces el pensar que nuestro ingenio debe ser realmente algo excepcional y, para estar a tono con él, que adoptemos, ingenuamente, un estirado y digno aire de maestros. Desde ese momento nada ni nadie nos arrancará de nuestro sitio; miraremos por encima del hombro y andaremos contoneándonos con la majestuosa pausada gravedad de los pingüinos. Y dictaremos cátedra desde el libro, la revista y los periódicos; nuestro aire de suficiencia cubrirá ampliamente las ideas más absurdas y peregrinas. Como al mirar hacia arriba veremos el sol caer perpendicularmente sobre nuestras cabezas, pensaremos que constituímos el exacto centro y que todo gira en torno nuestro. Esto, naturalmente, nos afirmará en nuestras creencias primeras, por lo que continuaremos como comenzamos, ignorantes, despreciando la cultura. Tiempo es de reconocerlo: muchos de nosotros no tenemos ni el alma ni el corazón necesarios para ser escritores. Cuántas obras no nos dejan la impresión de que estábamos a la puerta de nuestra casa, sin saber hacia dónde encaminarnos; de pronto pasó ante nosotros la ocurrencia de convertirnos en escritores y nos trepamos a ella con la misma sencilla naturalidad con que a veces tomamos el primer tranvía que pasa. El número de los que así proceden y triunfan parecería querer indicarnos que no están faltos de razón. Hasta es posible que así sea. Tal vez la frivolidad y la mediocridad populares acuerden hoy lo que hasta ayer Salamanca no prestaba.

Por estas razones desconfiaba yo de Emilio Becher; fácil será comprender por qué celebro la llegada de este libro. Le debo la profunda gratitud de haberme proporcionado una alegría triste, que de verdad es algo más que una alegría alegre. Hay que apresurarse

a decirlo, era Emilio Becher un pesimista. Su noble pensamiento tiene una suave y dulce melancolía que aroma con gracia singular la bella forma que lo envuelve, pero no puedo creer que su tristeza fuera una consecuencia de su vasta erudición, ni de su anhelo de saber, ni de su espíritu investigador, ni de sus deseos de penetrar el misterio inescrutable del infinito como se ha dicho en algún artículo escrito en su elogio. Creo que obedecía a causas más corrientes e inmediatas, más reales e inteligentes. Creo que se inspiraba en un vivo sentimiento de la mediocridad ambiente. Sabía que los hombres son torpes, tontos y vanidosos. Que no es prudente esperar nada de nadie, ni siquiera en el refugio amoroso del arte. Sabía perfectamente que no hay hombres felices, que no los hubo nunca, que acaso no los habrá jamás. Que la maldad gobierna nuestros actos y que el egoísmo desborda de nuestros corazones pequeños. Vió cuánto había de ridículo en las almas y tuvo para ellas la dulzura de una piadosa sonrisa.

Amó a los hombres, comprendió sus pasiones y sus pecados, sus ridiculeces y sus vanidades, sus ligerezas y sus miserias, y supo gastar, sin embargo, la exquisitez de la sonrisa sin permanecer extraño o indiferente ante idea, cosa u hombre alguno. Supo saberlo todo y comprenderlo todo su cerebro indudablemente tocado por los dedos de la gracia.

Su prosa clara y transparente, de artística sencillez, refleja el sereno y elegante equilibrio que en su alma mantenían las ideas. El *Diálogo de las Sombras*, que escribió a propósito de *La Isla de los Pingüinos*, de Anatole France, es muy hermoso. Revela un profundo conocimiento de la contradictoria filosofía de los personajes creados por el maestro y la sutileza de su espíritu. Sin pretender ser demasiado singular, sin torturar su inteligencia, pues no ignoraba que las cosas bellas nacen espontáneamente, escribió unas páginas originales y delicadas, en las que los personajes del propio France comentan la personalidad del maestro. Bastaría esa sola obra para conocer íntegramente a Emilio Becher. En ella está el hombre, todo el hombre. Yo creo que al disponerse a escribir ese diálogo tenía bien presente las palabras del propio France: el buen crítico, sin salirse de sí mismo, hace la historia intelectual del hombre; y también aquellas otras: Señores, a propósito de Fulano de Tal voy a hablar de mí. Es una excelente ocasión para ello.

Becher no lo dijo, pero lo consiguió. Hay que reconocer que son necesarios mucho talento y discreción para narrar las aventuras de nuestra alma a propósito de las obras maestras. Becher lo ha hecho con una sencillez admirable y con gusto exquisito. Ha escrito palabras delicadas y profundas, difíciles de olvidar:

M. Bergeret: "Donde su arte me parece maravilloso es en los cuentos místicos. Ha llegado allí a la perfección definitiva del idioma y a la extrema sutileza del pensamiento. Ha logrado, a fuerza de sabiduría, renovar la impresión que nos producen las crónicas más inocentes y las leyendas más ingenuas. Ha encontrado la sencillez primitiva por la combinación de las substancias esenciales, como se reconstituye por el prisma un rayo de sol descompuesto en sus siete colores".

Mme. Martin-Bellême: "A mí también me parecen deliciosas esas novelitas. Me recuerdan algunos de los mejores cuentos de M. Paul Vence. Tienen toda la agilidad y la gracia de una abeja. Son breves y aladas y en su pequeño agujón brilla una gota de miel".

¿Quién no encuentra en ellas la gracia sutilísima del maestro, su íntima personalidad agrídulce, traviesa, burlona? ¿Qué cosa era el ingenio de Anatole France, sino una ágil y graciosa abeja? ¿No era su espíritu un delicado, finísimo agujón en el que brillaba siempre una gota de miel? ¿Y el de Becher era otra cosa acaso que una abeja, menos fuerte, un tanto cansada, un tanto desganada sólo por culpa nuestra? ¿De sus incursiones aladas por los prados vecinos, no nos trajo mieles dulcísimas? Pruébelas el lector en el *Diálogo de las Sombras* y en esa docena de artículos sobre letras francesas recogidos en este volumen, y que originariamente fueron publicados en la revista *Ideas* entre los años de 1903 y 1904.

Las galerías más oscuras y escondidas de los espíritus de Zola, Huysmans, Paul Adam, Pierre Louys, Renan, le fueron familiares; andaba por ellas con la segura desenvoltura con que lo hacía por el sendero que lo llevaba a su casa. En ellas caminaba con alegre agilidad porque su corazón y su cerebro se sentían cómodos; es indudable que le brindaron instantes ideales de gozo que nosotros no pudimos ofrecerle. Seamos razonables y no nos enfademos. Nada enseguece tanto como la pasión. Tratemos de comprender, Emilio Becher fué un espíritu extranjero en nuestro medio. Por su educación, cultura y quién sabe qué misterios ancestrales fué el suyo un espíritu europeo. Europea la ordenada severidad de su mente y europeos los afectos más caros a su corazón. Reléanse estos artículos

sobre letras francesas y no escapará al tacto del lector su tibia espontaneidad. Saltaron ellos sin esfuerzo alguno del cerebro del autor a la punta de su pluma. Entre los autores franceses y él había una íntima comunidad de ideales y sentimientos que en muy contados casos hallara en su patria. No que tales espíritus sean mejores o superiores a otros; no, son esencialmente diferentes. Sus gustos y maneras lo llevaban naturalmente hacia la tierra donde había nacido y se venera el arte. No lo decía, creo que no lo dijo nunca, pero pienso que íntimamente encontraba fuerte el aire y ásperos los caracteres nuestros.

Cuando pudo, se volvió en pensamiento a su querida Europa. ¿Que en Montevideo, "patria accidental de Laforgue", se descubre un grupo de literatos decadentes, y que los diarios han tratado el interesante fenómeno de reaparición con irónica irreverencia? Pues será una buena ocasión para que nos diga en un artículo prieto de ideas, cargado de sutiles sugerencias y bellezas, breve y sabia historia, qué saldo positivo dejaron los decadentes a la literatura universal:

"Después de los primeros desórdenes, pudo reconocerse con sorpresa que los decadentes eran poetas bastante parecidos en suma a los demás poetas y no menos franceses. Se vió, por ejemplo, que Villiers de l'Isle Adam era un prosador del más genuino círculo parnasiano y que Pauvre Lélian, el terrible Pauvre Lélian, era sencillamente Paul Verlaine, amigo de Leconte de Lisle y compañero de M. Coppée. En cuanto a los jóvenes, los dos firmantes del manifiesto de *Le Figaro*, los dos capitanes del pronunciamiento eran M. Jean Moréas y M. Paul Adam. M. Moréas es un poeta clásico; más que clásico románico, un continuador de los troveros de la vieja Francia, un poeta gótico y popular; y M. Paul Adam, novelista épico, historiador sintetista, evocador de la civilización bizantina y del imperio napoleónico, ha creado una de las obras literarias más vastas y poderosas de su tiempo.

Se ha mirado siempre a los decadentes como un grupo compacto y uniforme, haciendo recaer sobre toda la escuela las exageraciones y extravagancias de unos cuantos. Nadie quiere reprochar a los románticos los dichos de los *Jeune-France*, pero se juzga al simbolismo por las doctrinas de M. René Ghil. M. René Ghil, que tuvo su momento de popularidad, creó dos doctrinas, la evolutiva y la instrumentista. Muchos le tomaron por decadente y se hizo de ello un argumento contra Verlaine. Rimbaud, que tuvo un día la ocurrencia de escribir su *Soneto de las vocales*, sufrió parecidas injurias. Estoy seguro de que el Sr. Max Nordau las cita en el mismo párrafo de su *Degeneración*. M. Rimbaud era un gran poeta y M. René Ghil era un pobre hombre, pero al público no le interesan esas diferencias insignificantes, y en materia de arte el señor Nordau piensa más o menos como el público, siendo un hombre de ciencia y un filósofo". . .

"Es tiempo ya de separar cuidadosamente la obra magistral de sus falsificaciones inocentes o groseras. No debemos olvidar que el simbolismo, como todas las palabras colectivas, comprendió en un momento dado a los más nobles espíritus de su generación y a la tropa innumerable de los que siguen. No aplaudamos las tentativas inferiores que se realzan con la prestigiosa designación, pero guardémonos bien de confundirlas con el trabajo glorioso de los Verlaine, de los Villiers, de los Laforgue. Insultando la memoria de esos grandes poetas cometeríamos el crimen irremisible, el pecado contra el espíritu que nadie perdona. Fomentaríamos la fuerza de los bárbaros, cuya multitud populante acecha, sin descanso, la obra divina de la inteligencia".

Fórmese el lector su propio juicio. Yo pienso de Emilio Becher que era un generoso y noble corazón y nuestro escritor más puro. Nada logró escapar a la fuerza grande y dulce de su inteligencia. Escribió con amor y seriedad; comprendió la enorme responsabilidad social que representa ser hombre de letras; sabía que ser tal, da ciertos derechos, pero que también implica serios deberes. Que al escritor le está permitido decirlo todo, que debe decirlo todo, pero que hay maneras y maneras. Que la relación directa con la sociedad lo obliga a ser respetuoso y considerado con ella.

Sabía que las cosas más tristes, si revisten una bella forma son gratas al espíritu y que hallan más fácilmente el camino del corazón de los hombres. Porque lo comprendió todo y supo decirlo todo bellamente, yo venero su memoria. Amó las grandezas de los grandes espíritus y comprendió la débil pequeñez de los pequeños, por eso lo admiro.

Al terminar estas líneas recuerdo no sé por qué, las palabras primeras con que lo recibí: Te agradezco la visita, espíritu amable—, y paréceme que este amigo al que no he conocido, me contesta despidiéndose a través de la noche ya avanzada:

No te afanes demasiado; de todas maneras tu esfuerzo será vano. Ama; gusta la belleza, lo demás es nada. No es necesario que la vida sea continuamente hermosa, que te baste con haber vivido algunos instantes inefables; el perfume de su recuerdo te acompañará durante el resto de tus días. Vive sin preocupaciones, serena, dulcemente para que tu alma goce íntegro el espectáculo puro del cielo azul.

OSCAR BIETTI.

RICARDO ROJAS Y SU RETABLO ESPAÑOL (*)

No en vano han transcurrido treinta años desde que Rojas visitó España. Y no resulta dilatado ese período para que la subconsciencia pudiera ofrecer al público el *Retablo*. Esa extensión de tiempo ha sido necesaria para trabajarlo, y no que la haya impuesto el autor sino quién sabe qué extrañas y misteriosas coincidencias. En 1908, año de la visita, la realidad española se apodera de Rojas impidiéndole escribir sus impresiones; treinta años después, las desgarradora realidad de la querida tierra ensangrentada, parece ordenar al artista que saque a la luz del sol, los paisajes, las figuras, la grandeza, la desventura que recogió en suelo español y que durante treinta años el recuerdo modelara en silencio.

Son tallas firmes, seguras, sutiles. No damos en ellas con motivos brillantes y hueros; tampoco con recorridos senderos retóricos. Rojas no necesita de esos recursos. El espíritu puro, incontaminado de España surge hasta en el detalle mínimo, con límpida, pujante transparencia. Ni claveles, ni panderos, ni fiestas de color. El ornamento, lo accesorio, lo material son desechados en absoluto. Libro serio, grave, digno, nos ofrece de España lo que tan pocos supieron ver: lo íntimo, lo esencial, lo que muere y lo que perdura, también lo que renace; su palpitante, enorme humanidad, en el doble aspecto de su grandeza y de su pequeñez.

Vasta inteligencia, acendrada honradez intelectual y un gran caudal de amor, tal la fórmula con que se construyó el *Retablo*.

Con esto en sus maletas, Rojas ha echado a andar por España a través de los tiempos, adentrándose en su historia, marchando por ciudades y aldeas, siguiendo, buscando, hallando la paradoja del pueblo más hermosamente paradójal de la tierra. El Cid, Unamuno, Sancho, Alonso Quijano, ¿qué son sino humanas, enormes, sutiles paradojas? ¿No son paradójales esa alegría triste y esa tristeza alegre, y también ese continuo andar de la vida y la muerte juntas? ¿Cómo lo comprende Rojas y sabe transmitirlo con austeridad casi religiosa! La humaniza todo, la arquitectura, el paisaje, la atmósfera, los hombres; lo comprende todo, así lo que se acentúa hasta constituir el arquetipo de lo español como lo que lo desnaturaliza. Eso

* Editorial Losada. Buenos Aires, 1939.

sobre todo, lo que ha pretendido y pretende desnaturalizarlo, empequeñecerlo. Ayer como hoy y hoy como ayer, las dolorosas invasiones extrañas, los monarcas extranjeros a la tierra y al espíritu que tanto mal han causado a la vieja y noble España, legendaria, heroica... ¡Cuánto dolor fluye de estas páginas admirables de Ricardo Rojas! Es un dolor espontáneo, hondo, incontenido, natural, que él en vano ha tratado de disimular. Tengo para mí que Rojas, ante el horror de saber a España totalmente arrasada por los bárbaros modernos, ha querido conservarla celosamente, reconstruyéndola en su *Retablo*. Ha sufrido y ha trabajado en silencio como sólo pueden hacerlo los grandes. Lo ha hecho con amor y con humildad, por eso su obra resulta profunda y hermosa; por eso, aunque él nos diga que el *Retablo* es una yuxtaposición de variadísimas figuras subjetivamente enmarcadas en su interpretación de lo español, a nosotros tiene que resultarnos una visión objetiva, profundamente objetiva. Verdad que Rojas ama a España, que siente pasión por ella, pero no es menos cierto que la ama y la comprende en su enorme plenitud; la ama, la comprende, la acepta íntegramente, sí, pero al hablarnos de ella, su honradez cuidadosa y su limpia inteligencia ponen especial cuidado en separarnos sus horas felices de sus horas desgraciadas; su esplendor de su ocaso; sus yerros de sus aciertos.

Libro de aire y luz, nos ofrece lo físico y lo metafísico. Las personas adquieren las dimensiones necesarias para marchar por la vida. Menéndez y Pelayo, Pérez Galdós, Unamuno, Maeztu son retratos vivísimos que luchan por levantarse de la página: yo ya no podría asegurar que jamás he conocido sus personas; tal es la profunda sensación de realidad que les ha dado Rojas. Es que Rojas ha llegado a ellos después de haber recorrido en la historia el espíritu de la raza. Espíritu que en la obra lo domina todo, lo absorbe todo. Rojas llega al presente de España después de atravesar largamente su pasado.

Cualquier figura del *Retablo* surge como consecuencia lógica, exacta, de los hechos históricos que la precedieron y que se agrupan con delicadeza, con gracia, hasta constituir un fondo lleno de movimiento y perspectiva. Miremos por donde miremos al barroco *Retablo*, siempre nos dice de la sapiencia y sutileza de la mano: todo en él es justo, medido, equilibrado.

Rojas comprende a España tanto como la ama. Acaso, aun-

que esto no sea lo corriente, la ama porque la comprende. La comprende en su desbordante y generoso impulso y en su quieto marasmo de años y años. Comprende de este noble pueblo lo que separa su vida real de su vivir imaginario, como comprendió a aquel andaluz que conoció en Madrid, que vivía la fábula de Don Juan. Comprende a España en el esplendor magnífico del siglo de oro y en la hora angustiada y apagada de su guerra última. En todo la reconoce y encuentra. En el hablar castizo de tres mujeres de Avila y en el arte del Greco asimilado al espíritu de la tierra; en la expresión original del genio de sus artistas, y también cuando de algo carece: "Falta en España una arquitectura española porque no ha habido hasta ahora un Estado español. Su pueblo, anarquizado u oprimido en su genio, ha carecido hasta ahora de poder político y de autonomía histórica: por eso carece de arquitectura".

"Falta en las artes de España el símbolo colectivo, pero en cambio es muy vigoroso el símbolo individual. Me refiero a la imagen del hombre español, profusa en la escultura y en la pintura. Ni invasiones extranjeras, ni dinastías exóticas, ni culturas importadas, pudieron matar al hombre español. Su personalidad, tan luminosamente manifestada como espíritu en la literatura, se manifiesta como presencia física en sus artes plásticas. Su arte es realista, pero su realismo incluye lo espiritual. Lo épico, lo picaresco, lo dramático, lo lírico y lo místico expresados en la palabra de sus inmortales creaciones literarias ponen su acento en las figuras. Los Cristos del Montañés son humanos y españoles; españoles son también las Vírgenes de Roldán y los Santos de Cano, a veces vestidos de paños y ornamentados de joyas para darles más realidad, como lo he observado en Sevilla; pero en el tipo del modelo y en el gesto se concreta una representación racial, animada de un espíritu ascético y patético, según el módulo español".

Sí, Rojas comprende a España como pocos supieron comprenderla. La ha poseído íntegramente, con paciencia, con lealtad, con dulzura, con amor, y la tierra agradecida parece haberle entregado el misterio sutil y caprichoso de su espíritu grave, alegre, rígido, pintoresco. Se lo ha dado todo, lo complejo y lo sencillo; lo que nació en ella y lo que de fuera le vino, su gracia ligera y encendida y su pujanza maravillosa, eterna. No ha querido España tener para Rojas secreto alguno; le ha dado su enorme intimidad, el zumo de su tie-

rra prodigiosa. Es la única explicación que he podido hallarle a esta hondísima interpretación de lo español. Ella surge espontáneamente de cualquier página del *Retablo*. Si en la descripción de ciudades o paisaje, aire y luz; si en los hombres, lo mismo en el ilustre que en el de la calle, espíritu, volumen, vida; en las disquisiciones artísticas, filosóficas o espirituales, sutiles y hondas reflexiones que nos dejan el nostálgico sabor de lo medular español...

Yo, amigo lector, he sentido enriquecido y alegrado mi espíritu con el espíritu de este libro y con su lenguaje que fluye caudaloso, elegante, espontáneo, generoso... y he sentido también su íntima, concentrada tristeza; ella me ha recordado que en 1590 pide Cervantes un puesto en América, en Charcas, y el Consejo de Indias se lo niega y le dice: "Busque por aquí en que se le haga merced". Ricardo Rojas nos dice sutil y bellamente: "Cerrada la puerta de América, Cervantes salió por otra puerta a la Mancha, en una aventura imaginaria, con el paladín de su poema", y esta ingeniosa ocurrencia me ha hecho pensar en cuáles aventuras imaginarias soñará ahora el heroico, legendario espíritu de la vieja España, y me he quedado absorto...

OSCAR BIETTI.

CRITICA Y ESTIMACION, de Luis Emilio Soto (*)

EL mejor elogio que podemos hacer de este libro, es decir que constituye, sin duda alguna, el punto final de una larga discusión promovida por el planteo de si la crítica es o no constructiva en nuestro país. Recordamos que hace muy poco tiempo apareció una obra de crítica negando precisamente su valor. El autor, argentino, si bien procedía honradamente opinando en contra, confirmaba su necesidad por la misma razón que le movía a él a ejercerla. Con lo que restó a su trabajo la libertad que caracteriza todo el largo del libro de Soto.

Por otra parte, todo lo que se ha dicho hasta ahora para desmerecer la función de esta actividad, ha sido marginal y hasta cierto punto inútil. El mismo Hugo, que no concedía a la crítica otro derecho que el de callar, tuvo que reconocer, alguna vez, su

* *Sur*, Buenos Aires, 1938.

precipitación al considerar nada menos que vana la estimación de los demás hacia su obra.

Indudablemente, no siempre los críticos han cumplido su sacerdocio con la elevación requerida, y hasta tenemos casos en que ciertos hombres, irreprochables desde los puntos de vista artístico e intelectual, tuvieron que hacer verdaderos esfuerzos para quitar a sus *venenos* el elemento mortífero que dominaba en sus escritos íntimos. Pero no podrá negarse que, no obstante, supieron hacer merecida justicia a los mismos que en principio maltrataron. Sainte-Beuve, por ejemplo, no hesitó en atenuar el efecto de sus negaciones, dando a Lamartine, a Hugo y a Balzac el lugar que les correspondía. Palabras igualmente significativas en cuanto a la bondad de la crítica pueden decirse sobre Valery Larbaud, cuando trata de Joyce; de Gide, escribiendo acerca de Dostoyewsky; de Thibaudet, acerca de veinte escritores máximos de la literatura francesa.

Dijimos arriba que Soto finaliza una discusión, y ahora agregamos que con este libro confirma el valor y la jerarquía del género, iniciado de manera seria y formal en nuestro país por Paul Groussac y vigorizado brillantemente por otros dos grandes maestros de la crítica argentina, Roberto F. Giusti y Aníbal Ponce.

Es que la crítica es siempre eminentemente dialéctica, tanto cuando asume el papel negativo, como cuando, por el contrario, realza los méritos positivos de una obra. En ambos casos purifica, pues si la obra no vale, la niega porque ella misma representa una negación; y si la obra contiene lo que no se ha hallado en la primera, la afirma, porque significa un valor estético necesario a la síntesis estimativa.

Crítica y Estimación es, en este caso, un libro de síntesis estimativa, máxime si se tiene en cuenta que en ningún instante pierde de vista la nobilísima norma de la inteligencia por la simpatía, único medio, además, de ponerse en contacto con la belleza.

Y si consideramos aun, con palabras del autor, que el crítico, cuando verdaderamente puede llamarse así, no es un creador frustrado, sino un interesado en la pasión de comprender, podremos concluir reconociendo, convencidos, que Luis Emilio Soto es un creador de primer orden.

Claro está que al llegar a esta afirmación, tan categóricamente expuesta, comprendemos nosotros mismos la necesidad ineludible

de justificarla, descomponiéndola con la consideración de lo que Soto dice acerca de cada uno de los autores cuyas obras le han servido de material para su libro.

De intento, pasaremos por alto las primeras páginas, dedicadas a la simpatía, la comprensión y el juicio que deben observar los vigías literarios y con cuya doctrina nos sentimos identificados en nuestra doble condición de lectores y de modestos aficionados al análisis de la labor ajena.

Asimismo, creemos haber tendido un vínculo de parecer coincidente entre lo dicho en párrafos anteriores y lo que enseña Soto en sus notas sobre la función de la crítica y en el apartado relativo a la mala vida literaria.

Comencemos, pues, por colocarnos en el plano retrospectivo que nos corresponde, e intentemos otear, desde las gradas humildes del paraíso de este teatro crítico, el pensamiento que los problemas del género la sugieren a Soto —ubicado en la platea—, mientras observa la representación intelectual de Benjamín Crémieux, primer elemento de estimación que aparece en el escenario del libro.

La forma en que el autor analiza la labor del gran crítico de Proust, corre pareja con la que le distingue a él mismo, es decir, Soto se pone del lado de la crítica de sensibilidad, rechazando la de fiscalización, por ser éste el lugar destinado más bien al frío y a la sombra del juicio y no al calor de la simpatía y la comprensión.

Y, siguiendo en parte la premisa crociana acerca del crítico, que recorre a contramano los caminos andados por los autores, Soto no se aparta de las huellas que desanda Crémieux en los escritores estudiados por éste. Pero ha hecho más: ha hecho, de su exquisita sensibilidad, una especie de metafísica tripartita, ya que, para juzgar al autor de *Inquiétude et reconstruction*, precisamente en cuanto a los juicios que emite sobre los otros, ha debido empezar por conocer y comprender —en el sentido más idealista de estos dos términos—, lo que han escrito aquéllos, pesar luego los valores encontrados en ellos por Crémieux y estudiar, por último, la importancia del conocimiento y la comprensión mostrados por éste.

De tal manera, Soto, demostrando poseer una organización perfecta para la especulación, logra alcanzar a los autores tratados en primer lugar por aquél en su valor dialéctico primordial hasta ha-

cer de ellos la tesis; sigue trabajando y distinguiendo hasta enfrentarlos con el crítico francés, utilizando a éste como antítesis y termina extrayendo la valiosa y magnífica síntesis que, en nosotros, en este momento, vuelve a tomar, mientras estudiamos el trabajo, la primitiva escala o, en otras palabras, la primitiva proposición.

Si bien el materialismo llama dialéctica únicamente a la negación de la negación, o negación de lo negativo, Soto ha invertido los papeles inspirado en el sano idealismo filosófico que le caracteriza: ha afirmado la afirmación; ha refirmado la jerarquía positiva de un crítico que a su vez refirma las jerarquías positivas de otros escritores. Y para hacer esto se necesita sobre todo autoridad, una indiscutible autoridad que sólo se adquiere con la penetración, con el conocimiento profundo de la belleza, con la altura moral e intelectual que debe tener el crítico y que Soto ha sabido observar en todas las páginas de su obra, haciendo honor y dignificando a la décima musa volteriana.

Casi lo mismo puede decirse acerca de la interpretación de la obra de Alberto Zum Felde. En *El Crítico, la Sibila y el Filósofo*, Soto define, en forma justa y precisa, la representación que tiene el autor de *Aula Magna* en nuestras letras. Aparte de que también contempla al fino escritor uruguayo desde el punto de vista de su condición de crítico, Soto confiere a la producción literaria de creación publicada por aquél, el valor y la estimación que el mismo Zum Felde señaló en su hora estudiando obras ajenas y que tuvo la honradez de exigirse a sí propio llegado su turno.

Aquí, igualmente, nos toca a nosotros, desde el tercer plano en que nos pusimos al principio, decir que el cuadro regional completado por Soto con la agregación de Zum Felde a los nombres de Giusti, Athayde y Donoso, es positivamente indiscutible.

El ensayo dedicado a Amado Alonso, a quien Soto añade los apellidos de sus estudios familiares: *hablista, oidor y corregidor*, preconizando así la brillante identidad que le distingue, más que una exégesis aislada de su obra, es una manifestación íntima, de la expresión de juventud que da carácter a sus tareas de filósofo que busca en el idioma de los argentinos voces nuevas y nuevos giros.

Soto señala, con inmejorable oportunidad, la línea que separa a Alonso de los demás cirujanos del lenguaje. El dinamismo y el vigor, que hacen juego con la mirada vivísima y clara de Alonso,

ya sea cuando está al frente de la cátedra como en rueda de amigos, han sido vistos de modo que la apariencia habitual con que se nos presentan otros especialistas, queda ridiculizada. Es que estábamos acostumbrados a la figura de dómine adoptada por la mayoría de los lingüistas conocidos. Y, naturalmente, no podíamos comprenderlos como por su propia voluntad se ha hecho comprender Alonso en nuestro ambiente y comprendemos más merced al acabado retrato que de él nos hace Soto.

"Rabdomantes del Espíritu Nacional" se intitula la segunda parte de *Crítica y Estimación*. En ella, el autor va directamente a la producción original creada por varios escritores nuestros: Eduardo Mallea, Bernardo Canal Feijóo y Ezequiel Martínez Estrada.

Antes de entrar en las consideraciones particulares de cada uno de los libros *Historia de una Pasión Argentina*, *Pasión y Muerte de Silveiro Leguizamón* y *Radiografía de la Pampa*, respectivamente, Soto advierte no sólo la independencia que guía y orienta actualmente a nuestra literatura, evidentemente emancipada ya de las escuelas ultramarinas. Señala justamente lo que hace unos cuantos años debiera haberse señalado: el rompimiento de relaciones entre los motivos, temas y formas empleados por los escritores pre-ingenieranos y los que utilizaron luego, en cuanto asuntos más propios, los que llegaron después del autor de *La Evolución de las Ideas Argentinas*.

Antes se echaba mano de artificios que hoy no cuentan ni siquiera en el acervo de los lectores menos avisados. La frondosidad exhibicionista de los que creían pensar para el porvenir, sin darse cuenta de que debían pensar para sus días, ha sido suplantada por el "ahora y aquí" real, viviente, de las urgentes exigencias argentinas. Los tres libros elegidos por Soto son el producto de una severa elaboración de pros y contras en la mentalidad de nuestra generación, limpia de frivolidades, de erudiciones equilibristas y de romanticismos de peluca.

Las reminiscencias preciosistas que hasta hace poco lograban hacer oír sus estridencias en la literatura argentina, desaparecieron para dar paso a nuestras auténticas contemplaciones. Y Soto no escatima palabras de generoso estímulo para los autores que en este instante representan a los libertadores de las tiranías literarias europeas. Este hecho constituiría por sí solo materia de más detenido

comentario, pero basta hacer presente que con la elección de las tres novelas *rabdománticas* de nuestro espíritu, elección a la que es menester añadir el carácter afirmativo, de zahorí que no se equivoca, que a su contenido les da Soto, éste celebra "la gran fiesta en medio del desierto" aludida por Nietzsche. Porque en las tres ha adivinado el alma de una literatura verdaderamente nacional.

Los dos breves ensayos que hacen la parte intitulada "Ausencia y Presencia" —"Leopoldo Lugones y las Fuerzas Extrañas" y "Sarmiento, santo y seña de Hoy"— hablan a las claras del respeto que siente por estos dos autores que, pese a sus contradicciones, dejaron obra de valores innegables para la cultura argentina.

Como lo hizo en los otros artículos anteriores, el autor sigue la trayectoria de Lugones y Sarmiento a través de los vuelos y las caídas de sus ubícuas posiciones políticas y de sus, a menudo, tendenciosas ideas sociales.

En uno de los apartados relativos a Sarmiento, Soto anota una observación que aún no tenía forma en el indisciplinado terreno de la historia argentina. Hablando de las inexactitudes o de las notorias parcialidades de los historiógrafos, interesados unos en agrandar y otros en disminuir el volumen de los personajes, sin que para ello medien datos verdaderos, sino antojadizas conjeturas caseras, dice: "Lástima que la política de cada uno de los historiadores no coincida siempre con la política de la historia que es numen de la nacionalidad". Esta anotación informa, en cierto modo, sobre el generoso gesto del autor respecto de cómo él mismo toma posición frente a un escritor que acaso no pertenece a su santoral ideológico, pero que posee representaciones situadas más allá de la política.

Tres europeos ocupan la última parte de este libro admirable. Son ellos Descartes, Larra y Leopardi. Para los tres Soto ha tenido su necesaria interpretación respectiva. Cuando habla de Descartes lo hace como si siempre hubiese leído y comentado filosofía, historia y religión exclusivamente. Cuando se refiere a Larra, pareciera que toda su erudición empezara y terminara en la literatura española, con su política, sus hombres, su tradición. Y cuando comenta la labor de traducción realizada por Pedro Juan Vignale en los "Cantos" leopardianos, se expresa como si él mismo fuese el divulgador de Leopardi, esto aparte del papel de fiscalizador que a veces asume

ante las notas y las fieles versiones publicadas oportunamente por el joven poeta y autorizado crítico que dirigía la revista *Poesía*.

Ya nos hemos referido ampliamente a la calidad y a la significación que tiene este primer libro de Soto en nuestro medio. Sólo falta hacer una declaración. La misma que a su tiempo hicimos verbalmente cuando una mañana nos enteramos de que *Crítica y Estimación* había sido premiado por el Jurado Municipal. El reconocimiento de que ha sido objeto esta obra al otorgársele el primer premio que merecía, reconcilia los viejos disgustos existentes entre los jurados y los participantes en los concursos literarios. Si mal no recordamos, posiblemente esta sea la tercera vez que durante los largos años en que los jueces municipales estiman la producción que les llega, han demostrado que "no todo está... echado a perder en Dinamarca".

HÉCTOR F. MIRI.

LOS ROMANCES ARGENTINOS, por *Arturo Capdevila*. Editoriales Reunidas, Buenos Aires.

EL país le hace falta una hora de introspección. Este examen de conciencia —reflexión sobre la realidad argentina— es indispensable a esta altura del camino. Afianzada la Organización Nacional, la República entra, con crisis esporádicas, en un período de prosperidad y grandeza.

El hombre de fines del siglo XIX, con las riendas de la naturaleza en las manos, hincha el pecho y confía en el porvenir. Tiempos de Comte, de Spencer. Agnosticismo científico. En el estirado puerto de Buenos Aires, un viento porteño hace tremolar banderas de todos los países del mundo.

Muchos creían entonces que la Patria era una alegoría de diploma de exposición. Una opulenta matrona con un haz de espigas en una mano y una rueda dentada al pie.

Pero la juventud de la postguerra se plantea con angustia el interrogante sobre el "ser" y el "debe ser" argentino. Se revisan juicios. Se buscan los fundamentos de una cultura nacional. Se persigue a través de estratos inexplorados la raíz de lo nuestro.

Arturo Capdevila fué de los que primero se enrolaron con entusiasmo en el pensar sobre nuestra realidad. Sus *Romances Argentinos* en ese sentido no hacen sino continuar las directivas de su obra. Capdevila sabe que para comprender hay que amar, y ha entrado a nuestra historia por el camino de la poesía, que es el camino del amor. "Reargentinicemos a nuestra Argentina y seremos salvos", nos dice el autor de *Melpómene*.

Dramatizan estos *Romances* interjecciones, frases, dichos, que contribuyen a corporizar las figuras de personajes gloriosos, como si las sombras de la patria hablaran en la franca zona de la leyenda. Ha preferido la "mise en scène" de un realismo ingenuo. Sin embargo, sus retratos, vistos tan de cerca, no desilusionan, como los cuadros al óleo. A estas figuras de vigoroso relieve, hubiéramos preferido quizás el apunte, el esbozo coloreado aquí y allá, con lo que, sin el lastre de la minucia histórica, multiplicados los cabos sueltos para la imaginación, aumentarían sus posibilidades poéticas.

Capdevila ha sabido revivir cosas de la patria sin solemnidad y sin pompa, con una travesura que la emoción deja con frecuencia en suspenso, en tono familiar, casi de sobremesa.

Canciones de negros salpican con gracia sus composiciones, como en aque "Romance Mayor del señor Rivadavia":

*Con el trí, con el trí, con el tripili
esta tirana se canta y se baila.
Bailá, Toribio.
Llorá, mulata.
¿Con el qué, con el cuál, con el cómo?
Con el tripili, tripili, trápala.
Bailá, Toribio.
Llorá, mulata.
¡Vení, gran Rosas!
¡Salvá a la Patria!
Con el trí, con el trí, con el tripili,
con el tripili, tripili, trápala.*

Por aquí desfila San Martín, ya en diálogo de sueños con la gloria, en su lecho de muerte. Y la dulce "Remedios", su suave esposa. Y Moreno, en Charcas. Y Sarmiento, prendado de Mariquita Sánchez. Y hasta aquella dama del curioso "tente en el aire" —un bonito colibrí— por quien suspiraba quizás un correcto y rubio caballero inglés.

Con este libro de sana exaltación de lo vernáculo, Arturo Capdevila aporta muy estimables elementos para la creación de una conciencia argentina.

LEÓN BENARÓS.

COPLAS, POEMAS Y CANCIONES, por *Javier Villafañe*. "El Bibliófilo". Buenos Aires, 1938.

ESTE libro acaba de ser premiado en el Concurso Municipal de Literatura de la Ciudad de Buenos Aires. Es justicia. Para quien conozca la labor poética de Javier Villafañe, esta promoción oficial no es sino la confirmación de la otra —la de la crítica— que ya le había sido otorgada con largueza.

Mucho de lo mejor de la obra de Villafañe está en su transhumante teatro de marionetas *La Andariega*. ¿Quién no recuerda aquel su delicioso "Fausto"? Porque este señor titiritero ha viajado por caminos polvorientos, cazando poemas, como quien caza mariposas, deteniéndose en pueblecitos pobres para que las gentes humildes abran maravilladas los asombrados ojos, y digan:

*¡Pero qué elegancia lleva
el señor titiritero!
Una casaca de pana,
pantalón de marinero,
botines de doble suela
y un gorro color de cielo.*

En *Coplas, Poemas y Canciones* se advierte su misma manera traviesa y juguetona; poesía fresca, sana, optimista, como aquella que en tiempos de asfixia libresca reclamaba Giusti para nuestro país.

Las coplas surgen fáciles, con gracia y soltura, de los labios de quien piensa que la vida es bella y es necesario alegrarla con amor, mate y cigarrillo, mientras los días corren como arroyo manso:

*Mate y cigarrillo
cigarrillo y mate
y hablar de mujeres
se me van las tardes.*

Pero a veces una angustia humana ahonda, sin ensombrecerlo, el sentido de la copla:

*Mate y cigarrillo
se me van los días...
y hablar de mujeres
se me va la vida...*

Lo habitual en Villafañe es un estado de pureza, de deslumbramiento, que viene de contemplar el espectáculo del mundo con ojos de niño, como quería Páscoli. Por momentos la temática del amor, matizando la continuidad del tono, desparrama aquí y allá la sal de su picardía adolescente:

*Eras arisca al salir
y volviste cariñosa...
Me llamaste sinvergüenza
cuanto te besé en la boca...*

En algunos poemas de este libro —"Poema del nacimiento del amor", por ejemplo— el autor se ha buscado en profundidad. Ciertos giros recuerdan la ya olvidada escuela ultraísta, que entre nosotros defendiera Borges con tanto calor. La nobleza del material ha per-

mitido, sin embargo, asegurar la perdurable calidad del poema, por encima de cualquier "ismo".

En "Romancillo del viepo ratón", "Ronda del sapo y la rana" y "El gallo pinto", la poesía infantil —género más difícil de lo que parece— está representada en versos de ingenua y directa emoción.

Es en el metro corto donde Villafañe hace jugar con más gracia los recursos de su técnica. Pero hay algo más allá de todo eso. Sus coplas y sus romances lucen palabras deslumbrantes, de colores primarios. Son como una cesta de buhonero, llena de muñecos de celuloide y de pajaritos de lata. Con la diferencia de que aquí hay una sabia mano de titiritero que, manejando delicados y sutiles hilos de ternura, humaniza y anima los muñecos. O que se distrae, a veces, para pintar torres de ciudades maravillosas, veletas con gallos de latón —como el del ex-libris—, con ese trazo simple y desnudo, como el de una mano infantil. Porque sospechamos que la fuente del canto de este poeta, es un enorme y puro corazón de niño.

LEÓN BENARÓS.

PALABRAS SIN EDAD. Poesías de *Emilio González Chaves*. "El Bibliófilo". Buenos Aires, 1939.

MISTERIO, luz y fortaleza" quiere el poeta que sean sus palabras. Permanentes en el tiempo, sin el triste destino del envejecer, que condiciona toda cosa de la tierra, desde el barro infatuado del hombre a la humildad laboriosa de la hormiga. Palabras "sin edad, al modo de creaciones eternas, llenas de la secreta virtud de los cristales". Así las quisiera para su canto González Chaves —como las quería don Ramón —el "de las barbas de chivo"—, el grande don Ramón del Valle Inclán, cuyos son los pensamientos con que el autor de este libro inicia su lírico vuelo.

Pero la angustiada interrogante sobre el propio destino interrumpe su itinerario. ¿Serán los libros el espejo de su dolor? El poeta regresa con desaliento de la excursión por la ajena sabiduría:

*De frecuentar los libros de los hombres
a veces digo, cual si fueran míos.
poemas de otros, de dolor profundo.*

*Mas, sólo coincidimos en los nombres
de los dolores hondos y sombríos,
pues mi dolor está solo en el mundo.*

Llegará, sin embargo, el esperado amor, ante cuyo milagro es vano el sentido de las palabras y sutilmente expresivo el lenguaje del silencio:

*Dejemos las palabras para siempre.
Sólo por ellas no nos entendemos.
Esta serenidad lo dice todo.
No definamos el amor. Callemos.*

Y luego la mujer, cuyo fugaz paso terreno canta el poeta con fervor, purificando hasta la inocencia su corazón de hombre para ofrecerle el santuario de su recuerdo:

*Arboles de silencio florecían tu nombre.
Yo limpié mi memoria hasta la transparencia.
Se quedó sin recuerdos mi corazón de hombre.
Y así pude encontrarte de nuevo en mi inocencia.*

Quizá el poeta adivinaba ya el viaje sin retorno de la amada, en esa enajenada y vaga tristeza que tiene el gesto de los que van a partir:

*Hacia mucho tiempo que te veía triste
y como desprendida de las terrenas cosas,
y tus ojos posaban miradas generosas
—como si no existiera—, en todo lo que existe.*

Después de un paréntesis en que se canta a Brujas "la muerta", el poeta, hastiado de la miseria de la carne, alza los ojos y encuentra en Cristo la "paz cumplida". Tal vez este renunciamiento malogre los frutos de los diarios afanes. Mas ¿no es bello hacer de la vida un poema sin utilidad egoísta, que se justifique en sí?

*Quizá mi vida sea inútil, vana,
pero la quiero simplemente bella,
como se abre una flor en la mañana,
como al atardecer nace un estrella.*

De esta pequeña excursión por *Palabras sin Edad* se concluye que González Chaves es un poeta. Tendrá, sin duda, que afinar todavía su instrumento lírico. Gusta en ocasiones del formalismo silogístico del soneto clásico, mas no debe olvidar —y no lo olvida la mayoría de las veces— que el contenido debe superar la rigidez del molde.

González Chaves puede ofrecernos nuevas y bellas muestras de las inquietudes de su espíritu. Lo esperamos.

LEÓN BENARÓS.

VIDA, OBRA Y MUERTE DE FEDERICO GARCÍA LORCA, por *González Carbalho*.
Ercilla. Santiago de Chile, 1938.

SE necesita ser poeta para moverse con comodidad en el mundo tremendamente milagroso de Federico García Lorca. González Carbalho lo es, sin duda. Esta *Vida* del enorme granadino está construída con

penetración inteligente, pero sobre todo con amor. El niño poeta que es Lorca —“ese niño monstruoso”— aparece aquí con toda su magia maravillosa de creador, llamando a las cosas por su nombre desnudo, con su canto lleno de sol, de flores y de mariposas.

Recuerdos, anécdotas, comentarios, humanizan el libro de González Carbalho y denotan la presencia viva del autor de *Romancero Gitano*.

Quizás falte a esta obra método, estructuración. Diríase que fué escrita “en caliente”. Atribúyase a la circunstancia de haber estado destinada, en su origen, a ser leída en un acto recordatorio.

Habría que decir que aquí no está todo García Lorca, pero hay mucho de García Lorca. El artista se ha puesto a esculpir la estatua del poeta tan trágicamente muerto; pero a veces el cincel le tiembla de justa indignación entre las manos, y lo abandona para levantar los puños cerrados contra los asesinos. Porque “toda la sangre es una”, y “duele por igual la muerte de cada hijo, de cada campesino, de cada artista”.

Señala con acierto el autor de *Casa de Oración*, la desatada y palpitante fuerza dramática del teatro lorquiano, nutrido de savia popular, que sigue la senda de Lope, hastiado de la dialéctica discursiva y palabarrera.

González Carbalho ha cumplido con un deber de hombre, de poeta y de amigo con esta *Vida* del llorado granadino, tronchado en pleno floración, como un tulipán de sangre.

LEÓN BENARÓS.

DOMINGO DE BODAS, por José Martínez Jerez. Buenos Aires, 1938.

José Martínez Jerez tiene ya definida su personalidad de cuentista. Ha logrado un verdadero arte, no carente, por cierto, de rasgos originales. La observación directa de la realidad, el sondeo de las experiencias psíquicas y, sobre todo, el examen de las reacciones del hombre frente a los hechos de la vida diaria han dado vida a los ocho cuentos que acaba de reunir bajo el título de *Domingo de bodas*.

No abundan en este libro los diálogos prolongados ni la explicación minuciosa de los diversos momentos en que se desarrolla la trama: todo aparece dentro de un marco de discreción. Nos resulta notable la estructura mental de sus personajes. Tal signo aparece como el significado natural de determinado hecho; sin embargo no es más que la apariencia engañosa y que con tanta seguridad nos induce a obrar frecuentemente.

En el cuento titulado *El borracho*, dos hombres que se proponen asaltar una casa habitada por una anciana advierten la presencia de un caballo ensillado. No les cabe duda: allí dentro hay un hombre. Y los casi delincuentes retroceden.

En otro —*Dos extraños*— un fabricante clandestino de tintas en-

cuentra su casa en desorden y esto le da la certeza de que su hijo (recuperado tras largo andar) le ha robado y luego huído. En realidad el pequeño huyó aterrorizado, viendo que la policía requisaba todo bruscamente, y el caballo está en el portal de la casa porque su jinete lo abandonó allí.

Martínez Jerez, que conoce indudablemente el valor de la sugerencia, ha hecho de ella el fundamento de su técnica. Pero las características de su estilo alcanzan su mejor expresión en *El verdadero naufragio del "Estrella"*. La atmósfera de este cuento está en los límites de la realidad y la ilusión. Un viejo marino, a quien varó en un sillón el reumatismo, vive una vida de ensueño. Los recuerdos que saca de la trastienda de su conciencia para exhibirlos ante su nieto le vuelven a la plenitud. Pero él necesita dar forma material al nudo de sus recuerdos —algo que los una a la realidad— construye su "Estrella" en miniatura. Un día, su nieto agonizante destroza el barquito. La vida del viejo queda entonces sin sentido, como el camalote a merced de la corriente. Días más tarde, el río trajo a la playa su cadáver.

No pretendemos dar una síntesis de lo que encierra el último libro de Martínez Jerez. Creemos que lo apuntado basta para mostrarnos un cuentista cabal. De ello da una prueba más el diálogo tenso y bien construido de *Como el quebracho*.

La expresión es segura y abunda en matices originales, como que Martínez Jerez es un poeta.

Ocho viñetas de Amadeo dell'Acqua adornan con mesurada pulcritud el volumen.

JORGE BOCLIANO.

LETRAS FRANCESAS

CHARLES BAUDELAIRE: *Journaux intimes*. — FRED BERENGE: *Leonard de Vinci, Ouvrier de l'intelligence*. — MARCEL BRION: *Bosch*. — NICOLÁS BERDIAEFF: *Constantin Leontieff*. — ALBERT GARRAU: *Clément Brentano*. — RENÉ SCHWOB: *Rome ou la mort*. — DOMINIQUE AUVERGNE: *Regards catholiques sur le monde*. — ROBERT DE MAROLLES: *Aviation, Ecole de l'Homme*. — JEAN - PIERRE DURET: *P. S. V. (Pilotage sans visibilité)*. — CHARLES DE GAULE: *La France et son armée*.

HOY, la historia de la gloria de Charles Baudelaire ha llegado a una encrucijada. Efectivamente ya se cerró el período en que se le discutía; desde hoy ya sólo puede reconocérsele un valor cada vez más amplio, más resplandeciente, más auténtico.

Los que, sin dejar de reconocer lo que vale, aun no aceptan su obra, es porque odian en Baudelaire al hombre que pinta la vida tal como es; son los que exigen del poeta la visión profética de un mundo de cuentos de hadas. Y esta tendencia del espíritu de muchos hombres, para no decir de todos, es comprensible — hoy más que nunca. Todos los débiles, agobiados por un presente que no les es dable rechazar, reclaman la hermosa y embriagante mentira de un maravilloso porvenir — que nunca será. Pues es esto lo que Baudelaire no les brinda, lo que no puede ni quiere ofrecerles.

Efectivamente, Baudelaire, que tan a menudo nos abre las puertas del Mundo encantador del Ensueño, siempre supo distinguir el Ensueño de la Realidad. Conociendo a los hombres como los conocía, jamás hubiese podido exclamar:

Temps futurs! Vision sublime!

Sólo hubiese podido escribir franca, leal, clarivamente: "¡Pasado, presente y porvenir! Visión cruel..."

¡Cómo no admirar a un poeta que sin engañarnos nos embriaga, que nos eleva sin mentirnos sobre lo que fué, es y será la vida, la condición humana!

Y a pesar de unir en su obra algo tan distinto como el Ensueño y la Realidad, aquélla constituye un testimonio, no sólo de la unidad del autor de *Les curiosités esthétiques*, sino de la coherencia del universo poético de Baudelaire — coherencia nacida de su extraordinaria facultad de síntesis, de su unidad intelectual.

Baudelaire no se conformó efectivamente con despertar emociones, sino que quiso afirmar, a través de su obra entera, de toda su existencia, un principio: el de la absoluta autonomía de la más alta facultad del espíritu humano — de la Imaginación creadora.

Pero no por ello se le puede confundir, como aun se hace, con los que en aquel entonces sostenían la idea más o menos defendible del Arte por el Arte. Y es de considerar que esta confusión es más explicable en nuestra época en que, debido a la desorientación reinante, se busca siempre una finalidad o una utilidad a la especulación intelectual.

Baudelaire no tuvo otro objeto que el de ser él mismo, sólo escribió para expresarse, para hallarse; y es esta búsqueda perpetua, ese continuo cavar en su corazón, lo que da un acento desesperado a su obra, convirtiendo el poema en un grito de agonía, y, al mismo tiempo, ofrece una prueba de la fuerza que invade al que está poseído por lo que tan magníficamente Baudelaire denominó: "l'Idée Fixe".

De esto mismo inferimos que Baudelaire ha sido el creador de su genio, que lo ha hecho paralelamente al ejercicio de su voluntad, de la posibilidad que le había sido otorgada de exteriorizar y realizar las virtualidades geniales que encerraba en sí, utilizando para este fin todos los actos de su vida, todas sus lecturas, todos sus odios y todas sus admiraciones.

En la vida, en la literatura y en las artes en general, Baudelaire sólo se vió a sí mismo, la imagen que hubiese deseado encarnar y a la que se le parecía.

Por lo tanto no puede haber ni hay en su poesía la pasión y la inspiración tal como las entendía un Lamartine, un Byron o

un Pushkin, sino una voluntad y una tensión espiritual incompatibles, parecería, con el estado poético. No sería del todo erróneo afirmar que Baudelaire construye su poesía con el mismo espíritu que, con razón o sin ella, se atribuye al crítico. Podría decirse, pues, que ha demostrado que un gran poeta podía triunfar en su arte trabajando como lo haría un crítico. Un buen crítico, a su vez, podría demostrar que se puede realizar una buena crítica obrando poéticamente (¿acaso un Jean Cassou no lo ha probado?). En lo que se refiere a la oposición que existiría entre la poesía y la crítica ¿no habría un malentendido? Lo que denominamos "esencias antagónicas" o sólo "contrarias", ¿acaso no serían modalidades humanas que se unen rarísima vez en un individuo? ¿Acaso no sería su encuentro, su reunión, lo que daría nacimiento a los genios? En todo caso la obra de Baudelaire es una prueba irrefutable de que en él coexistían un crítico y un poeta.

De ahí que su poesía sea consubstancial con una filosofía; no que sus versos expresen discursivamente una filosofía — lo que sería suicida, puesto que la experiencia nos demuestra que en estos casos la poesía se vuelve prosa, y la filosofía, pensamiento primario (ver Sully Prudhomme) — sino que en el mismo momento en que Baudelaire hace acto de creación poética pura, asume una actitud filosófica que se transparenta en sus versos.

¿Cómo explicar este misterio? Recordando que en él, una sensibilidad metafísica asombrosa se unía milagrosamente a una naturaleza poética de una gran pureza.

Por ello decimos que si la poesía de Baudelaire es, según expresión de Barbey d'Aurevilly, "una firme concepción de su espíritu", también emana de un temperamento auténticamente y genuinamente poético. Es decir que sus poemas no sólo atestiguan su posición ante los grandes problemas metafísicos, mas asimismo exaltan apasionadamente las intimidades de su ser.

¿Cómo, pues, asimilarlo a los fervientes del Arte por el Arte? Lo que ocurre es que, como no tuvo por qué proclamar el repudio de su burguesía, ni su intención de unirse con el pueblo, ya que no se interesaba ni por la una ni por el otro, como nada le ataba visiblemente a lo exterior, como la tragedia que vivía le pertenecía exclusivamente casi — lo que imposibilitaba darle un nombre conocido — como su rebelión no podía ser reivindicada por los de-

más, como su sensibilidad era mucho más profunda y mucho más celosa de sus dolores y de sus alegrías que la de los románticos, se le colocó entre los fríos cultores del Arte por el Arte.

Pero hoy en que casi tres cuartos de siglo de poesía nos habituaron a percibir sutilezas y exquisiteces imposibles de concebir por nuestros abuelos, sabemos que toda alma puede reconocerse en los sollozos de Baudelaire y que éste supo comulgar, sin énfasis y sin esfuerzo, con la tristeza de las ciudades, el cansancio del obrero y la fugaz alegría del ebrio. La palabra *sinceridad*, sobre todo en literatura, es difícilmente definible, mas cuando la aplicamos a Baudelaire, su significado se vuelve claro y de una exactitud rigurosa. Es justamente gracias a esta sinceridad cómo la angustia solitaria, metafísica, de Baudelaire, se une a la angustia diaria y física del universo. Sólo cuando la integramos al drama universal de la conciencia humana, comprendemos cuán trágicamente intensa es.

La obra de un poeta como Baudelaire constituye, a la vez que un testimonio de la humanidad doliente, un ejemplo para trascender el sufrimiento, para transformarlo a fin de hacerlo servir a un más noble propósito. Como todos los grandes poetas, Baudelaire vuelve sensible la oposición del yo y de la sociedad, de la conciencia individual y de la realidad externa.

Para saber cuán agudo fué y hasta qué punto llegó en Baudelaire este conflicto nada puede reemplazar la lectura de sus escritos íntimos, sobre todo de los mal llamados *Journaux Intimes*.

Digo mal llamados, porque no se trata en realidad de un "Diario" que registre trayectos intelectuales sino de unas libretas de apuntes que muestran tan sólo puntos de partida y de llegada. Sin más orden que las necesidades del momento, estas notas — recogidas después del fallecimiento del poeta por su editor y amigo Poulet Malassis, que las reunió y numeró de acuerdo con dos títulos que las encabezaban: *Fusées* y *Mon coeur mis à nu* — yuxtaponen el aforismo rotundo, la reflexión vengativa, el zarpazo al o a los enemigos, la simple información y la plegaria.

Durante veinte años no se las conoció más que por algunas cortas referencias de Asselineau en su biografía de Baudelaire. Más tarde Octave Uzanne dió a conocer fragmentos más importantes, pero hubo de esperar la edición de sus *Oeuvres Posthumes* realizada

por Eugene Crepet en 1908 para posar la casi totalidad de estos escritos.

Fué Adrien Van Bever, quien, en 1919, reeditando estas notas, les dió el nombre de *Journaux Intimes*. Hasta ahora era esta edición la mejor que poseíamos, ya que la de "La Pleiade" (1930) no presentaba otra novedad que la introducción de Charles du Bos, magistral es verdad e indispensable para conocer la actitud de los católicos franceses frente al poeta de *Les fleurs du mal*.

Pero hoy todos los que admiran y quieren a Baudelaire, poseen, de estas páginas indispensables para el hondo conocimiento del hombre y del artista que estos últimos veinte años han llevado poco a poco al primer plano de la literatura mundial, la excelente y definitiva edición presentada y anotada por JACQUES CREPET (1).

Digno continuador de su padre, Jacques Crepet no es un desconocido para los baudelerianos. Todos se sienten agradecidos por el que, con un profundo conocimiento del tema, una comprensión y un entusiasmo únicos, emprendió la magnífica publicación de las *Oeuvres Complètes* de Charles Baudelaire (2).

Digna de esta publicación es esta edición de los *Journaux Intimes*. No es efectivamente una edición más, sino que presenta características que le son propias y que proyectan la luz sobre muchos puntos oscuros del caso Baudelaire. Jacques Crepet la hizo de acuerdo con el manuscrito original, lo que le permitió corregir muchos errores — algunos de proyecciones insospechadas — de las ediciones anteriores, e incluir los títulos que encabezan la casi mayoría de los fragmentos recogidos por Poulet-Malassis. De ahí que una gran parte de los textos que, por un error de clasificación de su primer propietario, constituían la parte final de *Mon coeur mis à nu*, han sido reintegrados a *Fusées*, que fueron escritos unos años antes.

Y estas notas que volvieron a su lugar primitivo son justamente las que, por la angustia terrible y los impulsos místicos que traducen, emocionaron siempre a los que las leyeron, y despertaron el interés de todos los que estudiaron a Baudelaire. De acuerdo con las ediciones de los *Journaux Intimes* anteriores a la de Jacques Cre-

(1) Mercure de France.

(2) Louis Conard.

pet, sus biógrafos situaban estas confidencias en los últimos años de la vida del poeta, ya que habían sido atribuidas a *Mon coeur mis à nu*, escrito con toda probabilidad de 1859 a 1866.

Con su rectificación, Jacques Crepet deja pues establecido que la crisis religiosa que tan patéticamente reflejan estas notas, no se realizó en los últimos años de la vida del poeta, como todos lo habían comprendido hasta ahora (Cf. Charles du Bos), sino al año 1862, ya que pertenecen a *Fusées*, escrito en el período comprendido entre 1855 y 1862.

La trascendencia de tal comprobación es evidente, puesto que ya nada prueba que, por fuerte que hubiese sido la obsesión de lo divino en su vida y la violencia de su crisis mística, Baudelaire haya perseverado hasta el final en su persecución de la gracia.

Las dos partes de las que hemos hablado (*Fusées* y *Mon coeur mis à nu*) y que constituyen los *Journaux Intimes*, difieren entre sí no sólo en lo que acabamos de notar sino también en el espíritu con que han sido escritas. Entre la primera y la segunda existe la misma diferencia que hay entre la tristeza y la cólera, el pesimismo y la amargura, la queja y el grito de dolor, el sarcasmo y la injuria.

Mientras *Fusées* parece no haber sido en el espíritu de su autor más que una recopilación de notas y reflexiones en que el pensamiento de Baudelaire conserva siempre su elevación, *Mon coeur mis à nu* que acumula las violencias, las crudezas, los ataques personales, las exclamaciones de odio, la exhibición de apetitos vengativos, representa el primer bosquejo del libro que, según sabemos por algunas confidencias epistolares, preocupaba singularmente al Baudelaire de los últimos ocho años de su vida.

Lo que hubiese sido exactamente este libro, nunca lo sabremos a ciencia cierta, mas gracias a algunos documentos podemos inferir su objeto y el espíritu con que Baudelaire lo iba a escribir.

El título y hasta la tendencia general de la obra fueron sugeridos por unas líneas de la *Marginalia* de Edgar Allan Poe:

"Si algún hombre ambicioso tuviese la fantasía de revolucionar repentinamente el universo del pensamiento humano, de la opinión humana y del sentimiento humano, la oportunidad de hacerlo está en sus manos. El camino que conduce a la fama inmortal se abre ante él recto y sin obstáculos. Efectivamente le bastará con escribir y publicar un librito. El título será de lo más sencillo —pocas palabras, pero claras— *Mi Corazón al desnudo*. Pero este libro tendría que satisfacer las promesas de su título."

Y en dos cartas dirigidas a su madre, Baudelaire escribe:

"En *Mon Coeur mis à nu* amontonaré toda mi rabia", "quiero que todos sientan siempre que me siento y soy extraño al mundo y a sus cultos. Dirigiré contra *toda Francia* mi real talento de impertinencia. Siento la necesidad de venganza como un hombre cansado necesita de un baño."

En fin, a *Fusées* y a *Mon coeur mis à nu*, Jacques Crepet agregó el *Carnet* del cual sólo poseíamos una edición de tirada limitadísima.

A pesar de su carácter privado, o quizá por eso mismo, la libreta donde Baudelaire inscribía todas las menudencias de su vida, (cifras anotadas — lo que tendrá que pagar y lo que espera ganar — nombres de contemporáneos, direcciones varias, algunas de ramerías) nos muestra un emocionante espectáculo: Baudelaire ocupado y preocupado por las pequeñas dificultades de su vida cotidiana. El drama que en *Fusées* y en *Mon coeur mis à nu* se desarrollaba en el espíritu y en el alma del poeta, ha descendido al nivel de la realidad de la vida.

Estos *Journaux Intimes* constituyen una de las más extraordinarias confesiones que hayan sido hechas; es la voz misma del inconsciente la que grita su desesperanza de la vida, el deseo desenfrenado de detener el envejecimiento, de volverse hacia el pasado, de retroceder ante todas las imposiciones de la realidad cotidiana, ante todas las censuras que él mismo se impone, y de hallar, por fin, más allá de su propio anonadamiento, quién sabe qué paraíso de ensueño y de inocencia.

Es una prueba más que Charles Baudelaire ha sido como tantos poetas un regresivo y un intravertido. No hay más que recordar que durante toda su vida conservó una indestructible nostalgia de su infancia y del amor materno que iluminaban aquellos días preteritos y que sus desdichas, sus apasionamientos, su apetito mórbido por la desgracia y la pasión devoradora, sobre todo el sentimiento del pecado que inspiró toda su obra, como también provocó la locura de Gerard de Nerval en aquella angustiosa persecución de la redención que es el tema principal de *Aurelia*, no hay más que recordar todas estas características del genio de Baudelaire que hallamos tan al desnudo en sus *Journaux Intimes*, para ver que provienen de sus celos contra Aupick, del deseo que le domina de re-

conquistar a la imagen materna o de huirla si se vuelve demasiado absorbente.

Hay en estas notas como un eco velado de lo que tantas veces escribió a su madre, sobre todo en esta carta en que dice: "Hubo en mi infancia una época de amor apasionado por tí; escucha y lee sin temor. . . ¡Ah! aquello ha sido para mí el buen período de las perpetuas caricias. Te pido perdón por llamar buen período al que ha sido seguramente malo para tí. Pero vivía en tí; eras únicamente mía." ¡Nunca se hallará creo, mejor ilustración del famoso complejo de Edipo!

Estos pensamientos de los *Journaux Intimes*, que han sido comparados con los de Pascal y que se anticipan a menudo a los de Rimbaud y Nietzsche, ponen en relieve las contradicciones del poeta. Casi siempre exasperados, a veces superficiales, muchas veces profundos — léanse los que tratan de la religión — estos escritos de Baudelaire atestiguan la lucha de un genio y de un temperamento y muestran, por encima de la maraña de anécdotas que lo ocultan en casi todas sus biografías, al grande, al verdadero poeta. Una vez cerrado el volumen, uno lleva la visión de un hombre muy complejo, a mitad perdido en sus complicaciones y en sus contradicciones.

Las contradicciones que hallamos en sus obras nacen de su propio universo. La contradicción vive en el corazón de su poesía, no como una debilidad, mas como el alma que le da su ritmo de vida. Poesía de la contradicción, poesía del conflicto, del que es tan antiguo como la misma humanidad y durará tanto como ella: del conflicto que existe entre el mundo ideal, el del ensueño, el de Platón y el mundo real, el de las apariencias, el mundo que es de Adán desde su expulsión del paraíso terrestre.

Es esa nostalgia la que da su sabor desconcertante a muchas de sus obras, es ella la que impregna gran parte de estos *Journaux Intimes*. Pero, al lado de este sentimiento angustioso, existe en Baudelaire una tendencia hacia la vida que le impulsa a huir de las catástrofes que engendraron y engendran sus desgarrantes contradicciones, catástrofes que prevé en un relámpago de clarividencia.

Es este conflicto íntimo el que ha orientado la obra y el destino del autor de los *Poèmes en Prose*, es lo que le ha permitido crear esa imagen de la Belleza que es suya, esa definición de lo

Bello, de su Bello, que siempre ha repetido en su verso y en su prosa "*C'est quelque chose d'ardent et de triste*".

Es la agudeza de este conflicto lo que hace de Baudelaire una figura emocionante, dolorosa y grande. Cuando se piensa en las luchas, en los esfuerzos, en la tensión espiritual que representa su tentativa de resolución del antagonismo que vivía en él, se está en la obligación de aplicar a su vida el calificativo de heroica.

Abúlico, demoníaco por perversidad intelectual, Baudelaire capta en estos *Journaux Intimes*, las bruscas iluminaciones de su pensamiento, de sus estremecimientos espirituales; hay en ellos un sentido extraordinario de lo divino a la par que un sentimiento agudo de lo que podría denominarse: "la moral del creador artístico". Vemos que en Baudelaire existía un hombre de acción en potencia: cualidades y defectos, suponiendo que estas palabras tengan algún significado para un hombre de acción: la decisión, la energía, la vitalidad, la comunicación inmediata del pensamiento desde la concepción hasta la realización; pero había también en él el hombre perezoso, desconfiado, cuya mirada ve las bajezas de los hombres y las espera, en sus dos significados. Pero junto a este Baudelaire desilusionado, hay el apasionado, el sincero, el hombre de mirada juvenil, profunda y desarmada, el hombre cuyo expresión indica que está dispuesto a sufrir por sí y por los demás.

No sé si aun somos capaces de sentir todo lo que la experiencia de Baudelaire contiene de amor y de calor, pero creo poder asegurar que la figura de Baudelaire como la de Beethoven quedará como un símbolo de la grandeza, de la bondad, del dolor humanos.



Hay en los *Journaux Intimes* unas líneas que por lo inactual del ideal que aconsejan son dignas de ser meditadas en este siglo de las especializaciones excesivas:

*Qu'est-ce que l'homme supérieur?
Ce n'est pas le spécialiste.
C'es l'homme de loisir et d'éducation générale.*

Nadie mejor que Leonardo da Vinci encarna este ideal; pocos hubiesen podido sentirse tan en comunión de ideas con Baudelaire como el autor del *Trattato della Pittura*.

Si Baudelaire ha sido un poeta filósofo, Leonardo fué el dibujante filósofo por excelencia.

Sabido es que entre las especialidades del saber humano hay una, las matemáticas, cuyo exclusivo propósito es el de hallar las relaciones completamente abstractas que unen las partes que componen nuestro universo; que hay otra cuyo único objeto es el de describir todo lo concreto, la que podríamos denominar la Anécdota, y que abarcaría todo lo contingente, desde la Historia hasta la pintura. En fin, entre estas dos actividades del intelecto humano hay cabida para una tercera que, fundiéndolas, reuniéndolas en una sola explicación, las supera. Es la filosofía.

Estos tres órdenes están reflejados en las representaciones gráficas. A la abstracción corresponde la escritura, a la realidad concreta, material, singular, anecdótica, del mundo, corresponde la pintura, siendo el dibujo la que echa un puente entre las dos.

Y bien, si alguien en la Historia Universal de las Artes encarna fielmente la identificación del filósofo con el dibujante, es Leonardo da Vinci, que tan acertadamente Fred Berence califica de "ouvrier de l'intelligence" en el estudio que acaba de dedicarle (1).

Hasta hace unos años Leonardo parecía un tema abandonado por los críticos; y es que antes de la guerra se había hablado demasiado de su persona y de su obra. Digo demasiado no porque piense que esta misteriosa figura no merece ser aclarada, sino porque muy al contrario, tantos estudios no hicieron más que deformarla de modo que ya ni se sabía lo que era ni a lo que había llegado en realidad.

Es bueno, pues, que cada generación se ocupe en valorar nuevamente los hombres de excepción que crearon nuestra cultura; sobre todo cuando el que los estudia posee la ciencia, el sentido crítico, el don de vida y la probidad de FRED BERENCE.

El autor de *Leonard de Vinci, Ouvrier de l'Intelligence*, no sólo le acompaña paso a paso en su existencia, evoca con extraordinario relieve la época en que vivía, trata de acercarse lo más posible a la solución del misterio planteado por la personalidad de Leonardo, sino que, aunando los fragmentos de sus teorías estéticas, tan diversamente interpretadas, se dedica a resolver el problema por sus creaciones artísticas.

(1) Payot éditeur.

A pesar de creer que no da a este asunto todo el desarrollo deseable, siento en él un esfuerzo sincero y a menudo fecundo para apartarse de la interpretación de Croce, aunque una que otra vez sus explicaciones traen como un eco del idealismo alemán, fuente del filósofo napolitano.

FRED BERENGE da como principio estético director del Renacimiento italiano la imitación de la naturaleza. En apariencia, y quizá en intención, pero en realidad creo que, si recordamos las tan curiosas obras de los Lamazzo y los Colonna, nos hallamos bastante alejados de este realismo formal.

En cuanto a lo que a Leonardo se refiere, BERENGE ha visto, muy exactamente creo, que pertenece a la gran familia de los *valoristas*. El autor de *La Virgen de las Rocas* tiene efectivamente una concepción o, mejor dicho aún, una visión arquitectónica del mundo. Se le ha llamado pintor, y sin embargo nadie más que él hace abstracción de lo anecdótico de la pintura, del color, de su elemento de representación flúida y fugaz. ¿Acaso no es él quien escribió: "Los colores sólo hacen honor al fabricante, porque asombran nada más que por la belleza que les es propia y porque esta belleza no depende del pintor, sino de los que los fabrican: una pintura podría ser asombrosa, aunque vestida con malos colores, si da la impresión del relieve"?

Jamás pudo Leonardo concebir su arte a la manera de un pintor puro, porque jamás le bastaron las simples apariencias de los aspectos concretos, del relato anecdótico de lo que es sólo natural.

Para él, por encima de la naturaleza está la *necesidad*. La Fisis se le apareció con una realidad superior a la del Cosmos. "La Necesidad, maestra y tutora de la Naturaleza", escribió Leonardo.

Lo que busca pues en la pintura es lo figurativo, la arquitectura, la composición, la línea, la silueta, la idea, y no un placer sensual.

Su Belleza es de esencia intelectual, es la que sentía Henri Poincaré, "es decir —escribía— la Belleza que puede ver mi inteligencia pura y que da un cuerpo, un esqueleto, por decirlo así, a las policromadas apariencias que acarician nuestros sentidos". Para Leonardo, contemplar la Belleza es ver a la Verdad; su estética finaliza en una ciencia, más aun, en una filosofía.

Por eso Leonardo fué un verdadero filósofo, no sólo en su

vida —la obra de FRED BERENGE nos lo recordaría si lo hubiésemos olvidado—, y en sus escritos, sino en su obra plástica, y en la misma medida que un Baudelaire lo fué en su poesía.

Sintiéndose en comunión con la naturaleza, se sentía rodeado por fuerzas oscuras, enemigas y fraternales a la vez; y son estas fuerzas lo que, inconscientemente primero, cada vez más conscientemente después, trató de definir Leonardo.

Apoyándose en la Naturaleza justo lo necesario para elevarse por encima de ella, quiso crear, partiendo del hombre, una nueva naturaleza que fuese fiel reflejo de la armonía de los mundos superiores.

De ahí el perpetuo drama de Leonardo, espíritu que ambicionó traspasar los límites de la naturaleza humana.

El drama de Hieronymus Bosch es diferente aunque equivalente. Su intelecto sufrió de no poder sobrepasar los límites de su naturaleza, de no poder elevarse por encima de la humanidad y de sus lacras; ya que una imaginación visionaria, un misticismo demoníaco le hundía, muy al contrario, en su propia carne, en su propia naturaleza, en un mundo cerrado, sin esperanza, sin redención, sin salvación posibles.

Si Leonardo es el genio mediterráneo vivificado por la Luz de la Antigüedad clásica, Bosch es el genio nórdico fertilizado por un Medioevo de inspiración oriental.

Aquellas fuerzas oscuras del ser que la Edad Media y su organización teocéntrica habían contenido, que el Renacimiento, apoyándose en la Razón platónica, trata de trascender, Bosch las libera en una obra que desconoce a Dios y a la Razón razonadora.

Como Leonardo, busca al Espíritu, mas sólo encuentra al de las Tinieblas. Según la expresión de MARCEL BRION, que nos ofrece un penetrante estudio del pintor de Bois-le-Duc (1), para Bosch "el más allá es el más abajo, una evasión en las cloacas del alma humana". La única puerta de salida del mundo es la que conduce al infierno.

El que haya visto uno de estos cuadros "pesadillescos" y conozca a MARCEL BRION, para quien las sorpresas de lo fantástico y de la poesía secreta de las almas constituyen una atracción irresistible.

(1) Librairie Plon. París.

tible, comprenderá todo el interés de su última obra publicada en la tan interesante colección de las *Editions d'Histoire et d'Art* que ya nos ofreció un *Fra Angelico* y un *Les Primitifs Francais*, sin contar un *Breughel* del mismo BRION.

En este *Bosch*, no sólo analiza la técnica del pintor sino que busca en lo más hondo de su personalidad. Estas sesenta y cuatro páginas ilustradas con las más bellas reproducciones de los más curiosos de sus cuadros, nos demuestran que no necesita ser largo un libro para alcanzar la grandeza y para contener todo lo humano y eterno que existe en el hombre. Ningún relleno; cada página es de una densidad asombrosa y su visión penetrante, sus consideraciones estéticas y metafísicas repercuten largamente en la memoria del lector.

Que no se sepa nada o casi nada de la personalidad y de la vida de Bosch, no constituye una dificultad para MARCEL BRION, al contrario. ¿No posee acaso todas las cualidades para adivinar y querer a todos esos seres que han luchado y que han muerto? De Bosch sólo poseemos un documento, pero extraordinario: su retrato. Es este documento el que permite a BRION, tras un penetrante análisis de sus rasgos, de su expresión, de su actitud, ver la grieta por la que podría penetrar en su intimidad, la grieta de la defensa humana, del aislamiento y de lo secreto. En una de sus novelas *La Folie Céladon* nos dijo: "Un ser sólo me pertenece en la medida que me veo obligado a reconstruirlo, a darle mi sangre para devolverle, gracias a esta transfusión, el violento color de la vida". De ahí que para comprender, para hacernos comprender el misterio de Bosch, BRION le da la fuerza creadora de su imaginación, el color de su alma, logrando así resucitar ante nuestros ojos al espíritu del más fértil creador de monstruos que la Historia del Arte haya jamás conocido.

Estas dos obras, la de FRED BERENICE y la de MARCEL BRION, con su estudios penetrantes y rigurosos, las comparaciones fecundas, los paralelos luminosos, el esfuerzo de ir más allá de lo superficial, de llegar hasta el mismo corazón del artista estudiado, bastarían para demostrar lo que ha adelantado la crítica de arte en estos últimos veinte años, lo eficaz de sus nuevos métodos y cuan diferentes de los de antes son los aspectos a que hoy consagra preferentemente su atención.



Como Bosch, Leontieff, atemorizado ante la idea de la condenación eterna, no podía hallar la salvación en lo más íntimo de su ser. No pertenecían a los seres tocados por la gracia que descubren al Cristo en ellos mismos. Ambos trataron de liberarse de su propia naturaleza demoníaca, Bosch proyectando sus angustias fuera de sí mismo, Leontieff buscando su salvación fuera de sí mismo, entregándose por entero a un religioso, el Padre Amvrossy.

“Sin duda —escribe NICOLÁS BERDIAEFF en el libro que dedica a *Constantin Leontieff* (1)— no hay en el siglo XIX, fisonomía más interesante y más curiosa que la suya”.

En un libro repleto de ideas, de análisis, de oposiciones, a veces confusas, desordenadas, BERDIAEFF nos muestra su admiración por Leontieff, admiración un poco gratuita a mi parecer. A pesar del esfuerzo que, por la falta de composición de este estudio, debe hacer el lector, no podemos dejar de interesarnos por el que supo prever a la vez el comunismo y el fascismo. No es que un latino de nuestro siglo pueda, según creo, sentir algún interés por sus ideas, la mayoría de las veces medio hundidas en el limbo del pensamiento, sino que su personalidad violenta y apasionada, su vida novelesca, es de las que más fácilmente despiertan nuestra curiosidad y simpatía.

Mucho más atractiva, mejor escrita y más profunda es la apasionada biografía de *Clément Brentano* por ALBERT GARREAU (2). Más que una biografía, es un estudio de sus obras, a la vez que un cuadro sintético, rico en sugerencias y en ideas, de la Alemania literaria e intelectual de los últimos años del siglo XVIII y de los primeros del XIX. Según propia expresión del autor, Brentano es “un gran poeta, un lírico tan grande como Goethe, de inteligencia tan fecunda, tan amplia como la del autor de *Werther*, aunque aparentemente menos equilibrada, un ser tan multiforme, pero más encantador, un alma más rica y generosa, una virtud más elevada que la del gran Olímpico, que la del Gran Europeo oficial.”

Vivió en la época en que, a causa de la precipitación de los acontecimientos políticos en Francia, está en Alemania la dirección de las inteligencias. Brentano colaboró en la reacción de los espíritus alemanes contra el racionalismo y el clasicismo a

(1) y (2) Desclée de Brouwer et Cie., París.

la francesa —ideal de un Wieland, algunos años antes. Pero si estaba de acuerdo con ellos en lo que se refiere a la renovación de la poesía a partir de las epopeyas nacionales, los cantos populares nacidos de las entrañas mismas del pueblo, no les acompañaba cuando veía a lo que conducían las teorías de los Boehme, los Fichte, los Schelling, los Jacobi, los Arnim, los Goerres, anticipo de las que imperan hoy en el Tercer Reich. Clement Brentano carecía extrañamente de toda fibra patriótica, por lo que no podía comprender aquel romanticismo de Heidelberg, como se le ha llamado, que pretendía salvar a Alemania por el retorno a las más puras y más antiguas tradiciones germánicas, a las fuentes fecundas y profundas de la raza, de donde debían surgir una religión, una ciencia, un arte, un patriotismo reconciliados, regenerados y que soñaba con salvar al mundo por la persuasión o por la fuerza. Como Goethe, quizá más que él, Brentano fué un gran Europeo, y si, artísticamente hablando, ha sido una de las figuras más representativas del romanticismo católico, con los defectos y las cualidades de aquel clima artístico, también rebasa estos límites y muchos aspectos de su obra son muy modernos.

La misma editorial, a la que debemos felicitar por la presentación esmerada de sus ediciones, publica *Rome ou la Mort* (1) que podría servir de conclusión a las dos obras anteriores de René Schwob: *Capitale de la Prière* y *Solitude de Jésus-Christ*.

El título de este nuevo libro es el grito de los garibaldinos pero transpuesto al plano espiritual. Después de esforzarse en discernir a través de los monumentos profanos, los vestigios del pagamismo, cual podía ser anteriormente a Cristo la vocación cristiana de Roma, el autor trata de definir el carácter de la Iglesia, lo que le ha costado y valido el hecho de tener su centro en Roma. RENE SCHWOB concluye su estudio escribiendo: "si la tierra no tuviese a Roma, no sería la tierra que conocemos. Es a Roma a quien debemos el poder amar a todos los hombres. Y es lo que tan bien había comprendido San Francisco, quien siempre se sometió a la que en su época no era sin embargo más que una ciudad bien pobre y lamentable. Gracias a Roma se sobreviven todos los corazones."

Pero el autor no llega a esta conclusión después de un razona-

(1) Desclée de Brouwer et Cie., París.

miento riguroso. Sus paseos a través de la Roma antigua, de la del Renacimiento y de la actual, provocan en él pensamientos, reflexiones, meditaciones, cuyas contradicciones y antagonismos se van resolviendo a medida que se compenetra con el alma de la ciudad milenaria.

Para salir del desorden y de la inquietud en que vive el mundo, aparece cada día más cierto que las soluciones exclusivamente políticas, sociales o económicas son insuficientes. Nada se habrá hecho hasta que no se vuelva a una civilización más humana. Entre todas las fuerzas que pueden y deben propender a instaurar un nuevo orden de cosas, el Catolicismo tiene un papel magnífico que desempeñar. En qué sentido, de qué manera, valiéndose de qué directivas, es a lo que tratan de contestar Claudel, Stanislas Fumet, René Schwob, Gabriel Marcel, Edouard Le Roy, Jacques Madaule, Emmanuel Mounier, François Mauriac, Henri Ghéon, el R. P. Forestier, el canónigo Cardijn, Robert Garric y Paul Doncoeur en el curso de una encuesta llevada por DOMINIQUE AUVERGNE, quien ha reunido estas respuestas en *Regards Catholiques sur le Monde* (1). La contestación más coherente y más interesante es la del joven director de *Esprit*, EMMANUEL MOUNIER, quien termina diciendo: "El cristiano nunca está en equilibrio. Siempre debe realizar un compromiso entre su cristianismo y las condiciones que le hace la historia, pero debe realizarlo en su interior, acomodándose con la meta propuesta y no con su conciencia. No se trata de aferrarse a las antiguas instituciones y bloquear en ellas los valores que se han realizado gracias a ellas en un tiempo dado. Hay que avanzar con prudencia, valentía y desinterés en un mundo nuevo donde, como hombres somos solidarios de todo, y que, como cristianos debemos salvar."

Respondiendo al mismo fin que presidió a la encuesta y a la publicación de que acabamos de hablar, la colección *Presences* dirigida por DANIEL ROPS y a la que ya nos hemos referido (2), acaba de publicar *Aviation Ecole de l'Homme*, de ROBERT DE MAROLLES (3), libro que nos era menester, que constituye una defensa lírica de la aviación, considerada como escuela de energía, de meditación y de purificación. Resumirlo, analizarlo, sería traicionarlo; me limi-

(1) Desclée de Brouwer et Cie., París.

(2) Ver NOSOTROS, N^o 30.

(3) Plon éditeur. París.

taré pues a aconsejar su lectura a todos los que desean saber lo que es y lo que significa esta nueva actividad en el mundo moderno y cuál es el nuevo tipo de humanidad que ha creado. Un ejemplo de esta humanidad nueva nos lo da JEAN-PIERRE DURET en su *P. S. V. (Pilote sans visibilité)* (1). "El que ha escrito *P. S. V.* —dice Kessel en el prefacio de este hermoso libro—, se oculta bajo un seudónimo. No quiso jactarse de sus millares de horas de vuelo, de sus dificultades, de los salvatajes que su habilidad y su valentía de radiotelegrafista le han permitido llevar a bien."

Sus horas de vuelo, el autor las ha vivido en la aviación comercial como radiotelegrafista y en este libro cuenta con una simplicidad emocionante algunas de sus aventuras. Esta evocación magnífica cuyos héroes son el piloto y su "équipage" es de un realismo vivido y de una nobleza digna de las órdenes de caballería antiguas.

Obra de una originalidad y de un acento únicos.

La colección *Presences*, de la que acabamos de hablar, también ha publicado un libro sobre *La France et son Armée*, de CHARLES DE GAULLE (2), que más que una historia militar de Francia es la historia de la evolución de la psicología del ejército de un antiguo país que, a través de los siglos, ha soportado la más pesada carga de dolores; de una antigua nación cuyos defectos son siempre los mismos, y a la que las más duras experiencias no enseñan nada; de un pueblo fuerte al que su generosidad ha perdido a menudo, pero que siempre ha sido invencible cuando sentía que su propia existencia o su concepción de la vida peligraban.

ARIEL MAUDET.

(1) Plon éditeur. París.

(2) Plon éditeur. París.

CRÓNICA

La enfermedad de nuestro director

ESTÁ en cama desde el día 16 de mayo, internado en el Sanatorio De Cusatis, nuestro director Alfredo Bianchi. Aunque en su estado se acentúa continuamente la mejoría, y es muy favorable el pronóstico de los médicos que lo asisten, doctores Emilio Troise y Carlos Copello, éstos le han prescripto un completo descanso y, por consiguiente, su alejamiento, durante algunos meses, de las tareas de la dirección.

En la imposibilidad de agradecer individualmente a todos sus amigos personales y de la revista, que se han interesado por su salud, lo hacemos aquí públicamente, en nombre del enfermo y de la dirección, profundamente reconocidos a tantas pruebas de solidaridad y afecto.

Hasta que nuestro director no vuelva a sus tareas, la correspondencia literaria deberá ser dirigida a nombre de Roberto F. Giusti.

La grave alteración introducida en la vida de la revista por la repentina enfermedad de uno de sus directores y la conveniencia de regularizar la aparición mensual de sus números, nos han obligado a publicar por excepción uno doble, el cual corresponde a los meses de mayo y junio.

Roberto Giusti en la Academia

EL 22 de junio se celebró en la Academia Argentina de Letras la solemne recepción pública de nuestro director, Roberto F. Giusti, quien había sido incorporado a aquélla el año 1936. Por sentarse Giusti en el sillón que lleva el nombre de Juan Cruz Varela, y haberse cumplido este año el centenario de la muerte del poeta, el discurso de recepción iluminó la figura del ilustre autor de *Dido*

y *Argia*, del poeta rivadaviano y el cantor de Ituzaingó, así como los sentimientos de la generación literaria a la cual éste perteneció.

En el estrado destinado a los académicos, se sentaron también el Rector de la Universidad de La Plata, Dr. Juan Carlos Rébora y el segundo introductor de embajadores, D. J. Rodríguez Pividal, en representación del ministro de Relaciones Exteriores, Dr. Cantilo. En la amplia sala del Palacio Errázuriz, totalmente llena de un brillante concurso de damas y caballeros, notóse la presencia de conocidos diplomáticos, legisladores, escritores, profesores y artistas, quienes tributaron a nuestro director calurosas manifestaciones de simpatía.

Recibió al nuevo académico de número, el académico Arturo Marasso, de quien dijo Giusti que por él brillaba con nueva luz en la Argentina la tradición de los humanistas poetas. El discurso de Arturo Marasso animado como todas sus páginas de un noble fervor estético, fué destinado en buena parte a destacar en bellísimos conceptos la obra realizada por la revista NOSOTROS y por sus dos directores. Fueron particularmente aplaudidos los generosos elogios que hizo de la labor cumplida en la revista por Alfredo Bianchi, en ese momento ausente.

Ambos discursos se publicarán en el *Boletín de la Academia Argentina de Letras*; pero en el próximo número nos será grato hacerlo con los párrafos dedicados a esta revista por el poeta de *Retorno*.

Carlos Vaz Ferreira en Buenos Aires

LA reciente visita a Buenos Aires de Carlos Vaz Ferreira ha constituido un acontecimiento considerable desde el punto de vista intelectual y desde el de las relaciones culturales interamericanas. No podríamos decir cual de estos dos aspectos es más importante.

La producción escrita de Vaz Ferreira —profundidad, meditación autónoma, responsabilidad intelectual— es bien conocida aquí. Tenemos también noticia del admirable magisterio que en su país cumple en la cátedra, en el gobierno universitario, en todo instante y ocasión, con su palabra, con su actitud y con su ejemplo. Una personalidad de tal estirpe, en la que tanto como la sustancia intelectual vale la enjundia ética, en la que el prestigio de la obra se realza con el noble decoro de la vida, incita a la aproximación y aun la exige. Vaz no es sólo el autor de libros excelentes, sino además y por encima de todo un guía, un maestro, y el maestro lo es siempre en plenitud humana de alma y

cuerpo, porque cualquier adoctrinamiento que va más allá de las nociones abstractas remite sin remedio a la fuente viva de donde brota, al hombre concreto que lo dicta.

Los abundantes admiradores que tiene en Buenos Aires el filósofo y pedagogo uruguayo han podido satisfacer estos días su necesidad de aproximación, su deseo de verle y oírle de cerca. Las palabras y el gesto del conferenciante han de haberles corroborado lo que ya les habían dicho o insinuado las letras del artículo y del libro. Una firmeza inflexible y sin desplantes trae a la memoria a cada momento las anécdotas de los estoicos antiguos. La confianza final en el espíritu y el hombre, lejos de complacerse en espejismos, pone su mayor empeño en perseguir las comprobaciones adversas, en descubrirlas por su cuenta, para desmenuzarlas y triunfar de ellas. Al servicio de una ética depurada, de una enérgica exigencia lógica, un método empírico que recurre con preferencia a la ocurrencia menuda, a lo más inmediato y cotidiano, y que saca su evidencia tanto de la destreza analítica del expositor como de lo patente de los materiales analizados. Una prodigiosa amplitud del interés, donde la extensión nunca va en mengua de la intensidad, y en la cual hallan su sitio desde los problemas íntimos a los remotos enigmas de la metafísica, pasando por las cuestiones del arte, de la psicología, de la ciencia exacta, de la historia, de la política. Y organizando alrededor de todo esto una atmósfera peculiarísima, una certidumbre de presencia humana, una veracidad a todo trance, la renuncia perenne a cualquier halago o alarde, la austera y afable compostura del hombre de buena voluntad que no transige ni solicita. En una humanidad en la que no cabe separación más radical ni más legítima que la distinción entre los hombres de buena voluntad y los otros, Vaz encarna una buena voluntad llevada al extremo heroico.

Los dos ciclos de conferencias desarrollados en la Facultad de Filosofía y Letras, ante la sostenida atención de un vasto y calificado auditorio, han mostrado una vez más la singular complejidad del pensador, la no común amalgama de profundidad, saber, equilibrio. En Vaz coinciden y se funden la capacidad del psicólogo, del lógico, del moralista, del hombre versado en muchos saberes, y por encima o por debajo de todo ello, las convicciones firmes y lúcidas. Todo esto ha podido manifestarse en temas tan distantes como el examen de la crisis de nuestra época y las erradas trascendentalizaciones de ciertos resultados de la matemática y la ciencia actuales.

La integración de la espiritualidad americana es un deber de esta hora del mundo. La patria de Rodó, de Reyes, de Vaz Ferreira, tiene en la confraternidad americana un lugar eminente y, sin duda, un brillante destino. Es una obligación hacia nosotros mismos y hacia nuestra América estrechar los lazos que nos unen a los países de América, empezando por los que nos rodean. La visita del ilustre uruguayo nos hace sentirnos más próximos a su noble país, y debemos tomarla como

el principio de una vinculación más cordial, como el augurio de otras presencias que nos enriquezcan y nos aporten otros mensajes del alma de América.

Los premios nacionales de Literatura

JUAN Pablo Echagüe, Eduardo Mallea y Norah Lange han merecido este año los premios nacionales de Literatura, a los cuales corresponde respectivamente la asignación de 20.000, 12.000 y 8.000 pesos.

El dictamen de la comisión asesora, aprobado por la Comisión Nacional de Cultura, ha sido acogido con general aprobación en los círculos literarios.

Juan Pablo Echagüe podía, por su labor excelente de crítico y narrador, optar por derecho indiferentemente a los premios otorgados este año a la novela o a los que se otorgarán el año próximo a la crítica y el ensayo. Su último libro, *Seis figuras del Plata*, y su obra anterior de más de treinta años, iniciada prestigiosamente en las columnas de *El País* como crítico teatral, con el seudónimo de *Jean Paul* y proseguida en las de *La Nación*, lo hacían igualmente digno de esta máxima recompensa. Pero él ha preferido presentarse al juicio del jurado con sus hermosas narraciones regionales de *Por donde corre el Zonda*, precedidas un año antes por *Tres estampas de mi tierra*. No menos dueño de los secretos de una prosa firme y colorida, la cual evoca con vigor paisajes, escenas y tipos, que de la capacidad de penetrar en una obra literaria y analizarla finamente, Echagüe ha preferido que la consagración nacional de su larga dedicación a las letras, recayera sobre ese primer aspecto de su labor artística, aunque aquella consagración en justicia debe extenderse a la obra entera de este ilustre escritor argentino, una de las figuras más representativas de la generación que se inició en el periodismo y las letras en los primeros años de este siglo.

Eduardo Mallea, que ha merecido el segundo premio, ha dejado de ser la promesa que anunciaron en 1926 sus *Cuentos para una inglesa desesperada*. Ensayista y novelista, y ensayista compenetrado con el novelista, sus dos últimos libros *La ciudad junto al río inmóvil* e *Historia de una pasión argentina*, respectivamente de 1936 y 1937, después de *Nocturno europeo*, que le mereció el premio municipal de prosa, lo han consagrado como un artista muy moderno, capaz de ahondar en la realidad social y extraer de ella interesantes lecciones de optimismo y de fe. Si el arte del novelista suele ser discutido, no puede serlo el talento del escritor, que apenas entrado en la madurez nos ofrece tan brillantes muestras de su vocación para meditar sobre nuestros problemas morales.

Norah Lange ha superado con *Cuadernos de infancia*, la obra ahora premiada, como ya lo fué el año pasado en el concurso municipal, to-

da su producción anterior, que desde el primer libro de versos veinteañero, *La calle de la tarde*, de 1925, le había asignado un lugar destacado entre los escritores de la generación surgida alrededor de *Martín Fierro*, *Proa* y otras revistas de vanguardia. Hay en este libro sincero hasta la desnudez, tesoros de observación, de sensibilidad, de lirismo. El ingenio agilísimo se junta en esta joven escritora con el don de la poesía.

La Exposición del Libro Norteamericano

EL día 20 de junio fué inaugurada en los salones de Amigos del Arte la Exposición del Libro Norteamericano, proyectada por el Departamento de Estado y unas treintas importantes casas editoras de aquel país.

Ha tenido a su cargo la realización de esta iniciativa, destinada a repercutir simpáticamente en nuestros círculos intelectuales, la División de Relaciones Culturales del Departamento de Estado, que dirige el Dr. Ben M. Cherrington, quien nos visitó recientemente.

Los libros expuestos, clasificados en catorce secciones, han sido más de dos mil, figurando entre los autores las más famosas firmas de Estados Unidos, y entre las ediciones, muchas de subido valor, expresiones significativas de la importancia y progreso de la industria editorial en los Estados Unidos.

Todas las obras expuestas quedarán en la Argentina, pues se ha resuelto donarlas a instituciones locales.

El Dr. Cupertino del Campo presidió la comisión encargada de la organización de la muestra, en la cual fué llamado también a figurar nuestro director Roberto Giusti.

Interesantes conferencias sobre el libro y la literatura norteamericanas, de Ernesto Nelson, María Rosa Oliver y Teodoro Bécú, han vinculado aun más estrechamente esta Exposición con el público culto y numeroso que la ha visitado.

Comisión argentina de ayuda a los intelectuales españoles

SE ha formado en Buenos Aires una comisión destinada a socorrer a los intelectuales españoles que los azares de la guerra civil tienen presos en gran número en los campos de concentración de Francia y necesitan recursos para iniciar una nueva vida. Por encima de toda tendencia política, de toda ideología, esta comisión sólo se inspira en un elemental sentimiento de solidaridad humana y en un irrenunciable deber para con el espíritu, cuyos frutos no pueden perderse.

Su manifiesto, sencillo y sobrio, dice así:

Un gran número de artistas, escritores, hombres de ciencia, profesores y universitarios españoles se halla actualmente en los campos de concentración de

refugiados, en los Pirineos, en situación apremiante. El peligro de muerte, incluso, gravita sobre muchos de ellos. Otros se encuentran en las ciudades de Francia soportando privaciones e imposibilitados, en consecuencia, para realizar su obra. Ante esta situación, sus colegas argentinos, no podemos permanecer indiferentes y por eso hemos constituido la "Comisión Argentina de Ayuda a los Intelectuales Españoles", cuyo único propósito consiste en allegar los fondos necesarios para liberarlos de los campos de concentración, socorrer a los que se encuentran en Francia y proporcionarles los medios necesarios para que se trasladen a los países donde les sea posible reanudar su vida y su trabajo.

Acudimos, pues, a nuestro compatriotas pidiéndoles que contribuyan pecuniariamente al cumplimiento de este deber de humanidad.

Forman la mesa directiva de la Comisión los siguientes escritores: Francisco Romero, *presidente*; Nerio Rojas, *vicepresidente*; Emilio Ravnani, *secretario*; Norberto A. Frontini y María Rosa Oliver, animadores de este movimiento, *prosecretarios*; Luis Reissig, *tesorero*. Además los siguientes *vocales*: María Carmen Aráoz Alfaro, Enrique Banchs, Jorge Luis Borges, Horacio Butler, Juan José Castro, Carlos Alberto Erro, Florencio Escardó, Luis Falcini, J. González Carbalho, E. González Lanuza, Alberto Gerchunoff, Oliverio Gironde, Roberto Giusti, Ramón Gómez Corner, Pedro Henríquez Ureña, Eduardo Mallea, Julio Noble, Alberto Prebisch, Luis Emilio Soto, Lino Spilimbergo, Lizardo Zía.

Suscriben el manifiesto también un numeroso grupo de adherentes entre los cuales figuran los más destacados valores de la inteligencia argentina y hombres de distintas generaciones y de los más diferentes credos, profesores como Amado Alonso y Julio Rey Pastor, políticos destacados como Ramón J. Cárcano, Eduardo Giuffra, Víctor Juan Guillot, Carlos M. Noel, Martín Noel, Mario Sáenz y José P. Tamborini, médicos como los doctores Alejandro Cevallos y Emilio Troise, publicistas como Carlos Muzzio Sáenz Peña y Alberto Casal Castel, etc.

Los envíos en dinero pueden hacerse a la sede de la Comisión, Lavalle 1312, 5º piso A., al tesorero D. Luis Reissig.

Un curso colectivo sobre la Revolución Francesa

EL Colegio Libre de Estudios Superiores, notable institución universitaria independiente de toda protección oficial, nacida de la actividad y sereno fervor del escritor Luis Reissig, y cuyo arraigo y difusión van creciendo de año en año, ha entrado en el décimo de su vida fecunda.

Entre los cursos anunciados para 1939, a cargo de los más reputados profesionales y especialistas del país, merece destacarse uno colectivo sobre la Revolución Francesa, conmemorando su 150º aniversario. Su desarrollo, confiado durante los meses de junio, julio y agosto a veinticinco profesores, todos escritores o universitarios de prestigio, abarcará 33 lecciones, destinadas a esclarecer los antecedentes de la Revolución, su contenido, sus proyecciones generales y sus influencias en América.

El 13 de junio se abrió el curso con un prefacio de Luis Reissig y la primera conferencia del profesor Luis J. Guerrero sobre "La conciencia histórica en el

siglo XVIII." Los demás profesores anotados, que están cumpliendo regularmente su tarea, son Simón M. Neuschlosz, Ricardo Caillet Bois, José A. Oria, José Luis Romero, Luis Roque Gondra, Julio V. González, Emilio Gouiran, Jorge Thenon, Jorge Romero Brest, Ariel Maudet, Julio E. Payró, Enrique V. Galli, Eusebio Gómez, Erwin Leuchter, Patrich O. Dudgeon, C. M. della Paolera, R. Weibel Richard, Julio V. González, Alberto Palcos, Emilio Ravignani, Juan C. Vedoya, Julio Caillet Bois y Roberto F. Giusti.

Todos los aspectos de la Revolución: el histórico, el filosófico, el social, el anecdótico, el político, el financiero y económico; las grandes figuras; su arte y su estilo; sus influencias en la legislación y en el derecho, en las literaturas europeas, en las transformaciones edilicias, en los movimientos populares en España y América, y en la política, economía y literatura americanas y particularmente argentinas, serán estudiados sucesivamente en este curso que ha despertado singular interés en vastos círculos intelectuales. Las principales conferencias han empezado a repetirse además en importantes instituciones de cultura de Rosario, Santa Fe y Montevideo, confirmándose en su éxito la irradiación cultural que ejerce el Colegio Libre de Estudios Superiores de Buenos Aires. La cuota de inscripción para todo el curso es de pesos cinco mensuales, destinada al sostenimiento del Colegio.

El décimo aniversario de la muerte de Groussac

EL día 27 de junio se cumplió el décimo aniversario de la muerte de Paul Groussac. La Asociación Amigos de Paul Groussac, la Cooperadora de la Escuela N° 8 del Consejo Escolar 2° que lleva su nombre y la Biblioteca homónima, han tenido la feliz idea de recordar el aniversario a la prensa argentina, invitándola a "tener para su memoria un recuerdo con la publicación de alguna de sus páginas."

Obedece NOSOTROS, en cuya redacción se venera la obra de Groussac como la de un civilizador, y que ya dedicó al maestro, en ocasión de su muerte, un número extraordinario que será recordado en la bibliografía argentina, publicando el final de su admirable digresión sobre la tiranía de Rosas, comprendida en el estudio sobre "El doctor don Diego Alcorta" (*Estudios de Historia Argentina*, B. A., 1918). Pero a la vez aconsejamos a nuestros lectores leer o releer completas estas vigorosas páginas, que refrescarán la memoria de los reivindicadores contemporáneos del tirano, sobre lo que fueron el hombre y su época. Son páginas de rigurosa actualidad en el mundo, sino en la Argentina:

Por el terror, el interés la delación, el servilismo obligatorio, el espectáculo diario de la vergüenza y el delito impune, si no glorificado, consumó la perversión y deformación del alma argentina hasta convertirla en algo inerte y plástico, semejante a la arcilla blanda bajo la mano del alfarero. El sacudimiento del año 39 fué la convulsión suprema del enfermo que rechaza instintivamente el narcótico, por haber sido la dosis todavía insuficiente. Cuando, dos años después, el descalabrado caudillo unitario vino a golpear vanamente las puertas de Buenos Aires, nada se movió en la ciudad adormecida —*perinde ac cadaver*. Así transcurrieron diez años más de estupor general y vida vegetativa, en que parecía que

el pueblo de Mayo, castigado en su soberbia como el rey bíblico, hubiera perdido la razón y se arrastrara por el suelo, paciando la hierba del campo. Ninguna protesta ya, ni siquiera una queja articulada subía de la necrópolis platense. Habían cesado, ya inútiles, los atropellos y las violencias; y era tan completo el colapso, que no fueron parte a perturbarlo el cansancio y el hastío, muy visibles, del tirado envejecido. Allá por el año 50, Buenos Aires estaba virtualmente libre sin que pensara en hacer uso de su libertad. Fué necesario que la augusta noción de patria, con sus deberes aún más sagrados e imperativos que sus derechos, volviese del extranjero, traída entre los penates errantes de los proscriptos; y que éstos inocularan nuevamente su virtud por incisión sangrienta en el organismo aletargado, para que despertara al fin el Lázaro argentino y probase a andar, arrastrando por el suelo sus rotas ligaduras... — PAUL GROUSSAC.

Premio Ricardo Güiraldes de novela

LA Editorial Losada y Autorjus (Agencia Literaria), a fin de fomentar la literatura argentina y su conocimiento en el extranjero, han resuelto convocar un primer concurso de novelas bajo el nombre de "Premio Ricardo Güiraldes".

La novela elegida por el jurado será publicada en su original castellano, en Buenos Aires, por la Editorial Losada, y en cinco idiomas extranjeros —francés, inglés, italiano, holandés y húngaro— por otras tantas importantes editoriales de los correspondientes países, recibiendo el autor, como premio, la suma de \$ 3.000 m/n.

Podrán participar en este concurso todos los autores argentinos o residentes en la Argentina desde hace cinco años al menos. El tema de las novelas es libre, pero en igualdad de circunstancias serán preferidas aquellas que versen sobre motivos argentinos o americanos, excluyéndose las de caracteres acusadamente políticos, sociales o raciales. Cada concursante podrá presentar un solo trabajo, escrito en castellano, que habrá de estar necesariamente copiado a máquina, enviándolo indistintamente a la dirección de la Editorial Losada, Tacuarí 483, o de Autorjus, Iavalle 479, Buenos Aires. Las obras deberán ir firmadas con un lema o seudónimo en su primera página, acompañándose, además, de un sobre cerrado bajo el mismo lema, que en su interior llevará una tarjeta conteniendo el nombre y dirección del autor. Las novelas deberán constar, como mínimo, de 50.000 palabras y sólo se admitirán originales inéditos, que no hayan sido publicados antes en diarios, revistas, libros o bajo ninguna otra forma.

Las editoriales, mediante el pago de \$ 3.000 m/n., adquieren el derecho exclusivo de publicar la primera edición de la novela premiada y de sus versiones extranjeras. Para las siguientes posibles reimpressiones, cuya edición se reserva asimismo la Editorial Losada, ésta abonará al autor un 10 % sobre el precio de venta marcado en cada ejemplar. El premio se hará efectivo al aparecer la obra en castellano, fijándose como plazo máximo para ello los cuatro primeros meses subsiguientes a la fecha del fallo del concurso. Las obras no premiadas quedarán a disposición de los respectivos autores, quienes podrán retirarlas de la Editorial Losada o de Autorjus.

El jurado que fallará sobre el "Premio Ricardo Güiraldes" estará constituido por cinco miembros: un representante de la Sociedad Argentina de Escritores,

otro de la Editorial Losada, otro de Autorjus, otro de las editoriales extranjeras y una personalidad literaria argentina de primer plano. Los nombres de los señores jurados no se harán públicos hasta el momento de emitir el fallo. Este será irrevocable.

Tucumán, centro de cultura superior

NUNCA se vió en el interior de la República más robusto movimiento intelectual que el que hoy ofrecen las capitales y otras ciudades de provincia.

Brillante es el aporte de Tucumán a este movimiento promisorio. En torno de su Universidad renovada, del Instituto Miguel Lillo, de la tradicional Sociedad Sarmiento y de otros centros de cultura, se advierte un fermento de inquietudes espirituales y se manifiesta una labor de investigación y crítica, vinculados ambos al desenvolvimiento general del pensamiento argentino, que dan a la culta ciudad un tono de capital irradiadora.

Dos revistas, aparecidas ambas en el mes de junio, hacen patente este juicio. Una es *Substancia*, que ha fundado y dirige el prestigioso escritor Alfredo Coviello, presidente de la Sociedad Sarmiento. La otra, la *Revista de Pedagogía*, que ha empezado a publicarse en su segunda época, después de su desaparición en Madrid hace tres años, bajo la dirección del reputado pedagogo español Lorenzo Luzuriaga, hoy incorporado a aquella Universidad argentina.

El primer número de *Substancia* anuncia una revista de cultura superior calificada. Será la publicación trimestral de la Sociedad Sarmiento. "Sustancia —dicen las palabras liminares— tratará preferentemente los temas relativos a la literatura, el arte y la filosofía, y por su información y comentarios, por sus críticas y notas de la vida intelectual, será vena en la cual circulen ideas ardentemente debatidas en nuestro medio." Y agrega: "Queremos contribuir con nuestra voz al movimiento cultural argentino llamando la atención sobre la más rica tradición provinciana que tan escasamente es percibida en nuestros días." Para concluir: "Y al lado de nuestro acento regional, el ritmo de las inquietudes externas."

Todo esto cumple *Sustancia* en sus 144 páginas, ricas de información y sugerencias. Las abre un "mensaje a la juventud" de Ricardo Rojas, propugnador constante de "La nueva Independencia", como se titula este breve ensayo, es decir, de la creación de una cultura argentina propia: anhelo que compartimos con el querido maestro, aunque no suscribiríamos todas las premisas en que lo funda. No menos interesantes son los demás artículos, firmados por Juan Alfonso Carrizo, Juan Francisco Moreno Rojas, Bruno Jacovella, Rafael Jijena Sánchez, Serafín Pazzi, Alberto Rougés y Alfredo Coviello, todos atinentes al programa de la revista, entre los cuales destacamos uno sobremanera importante, el de Carrizo, quien demuestra cómo la descripción de la muerte de Quiroga en el *Facundo* sigue literalmente los pasos de un cantar tradicional.

Se recomienda especialmente este primer número de *Sustancia* por la abundancia de notas y comentarios sobre temas bibliográficos y figuras del momen-

to, y análisis de libros y noticias de todo orden relativas al movimiento cultural argentino y extranjero.

La *Revista de Pedagogía* "viene sólo a buscar a los viejos amigos y a hacer otros nuevos. Viene a colaborar, en la medida de sus fuerzas —declara— en la gran empresa de la educación en las repúblicas hispanoamericanas, recogiendo observaciones, acumulando experiencias y expresando las ideas que juzga más acertadas en el vasto campo de aquilla." Este primer fascículo, presentado en forma sobria y elegante, reúne en sus 64 páginas las firmas de María Montessori, Juan Mantovani, Lorenzo Luzuriaga, Concepción de Prat Gay y Lourenço Filho, además de precisas informaciones sobre la educación pública, los programas de estudio, la vida escolar y las recientes reformas en la enseñanza, en la Argentina y en el extranjero.

Nuevas revistas

PAUTA, nueva revista mensual que dirigen dos excelentes musicólogos, Leopoldo Hurtado y Néstor R. Ortiz Oderigo, aspira a ser un "panorama mundial de la música. Pretende llegar a todos, a los que gustan de la música clásica como de la folklórica y de jazz, pero sin hacer concesiones al mal gusto o a la mediocridad. Las dos primeras entregas publicadas, correspondientes a los meses de mayo y junio, cumplen este programa con agilidad, amplitud y honradez de criterio y abundancia de información y crítica. Recomendamos esta útil revista a los profesionales y aficionados.

ITINERARIO DE AMÉRICA. — Entre los periódicos más cordiales que han empezado a publicarse en los últimos meses, cuenta *Itinerario de América*, que dirige Atilio García Mellid. "Todo lo que pasa en América en materia de cultura", es su lema. Y así cumple con generoso espíritu. Boletín informativo, de carácter preferentemente bibliográfico, alienta en sus páginas un sentimiento vivo de la unidad espiritual de América latina, con tendencia a destacar la vernacular y propio. El último número publicado, de mayo, es el 6º.

BABEL. — Enrique Espinoza, seudónimo del escritor argentino Samuel Glusberg, actualmente residente en Chile, ha empezado a publicar en Santiago bajo los auspicios de la editorial "Nascimento", en pequeños y elegantes fascículos de 32 páginas, una revista de revistas que ha titulado *Babel*, como la interesante publicación literaria que dirigió años atrás en Buenos Aires. Hemos recibido ya dos números de *Babel*: el 2º, de junio. La selección de los artículos, sintéticamente presentados, y de las máximas que Espinoza reúne en las páginas de *Babel*, acredita en él nobles propósitos idealistas y un fino discernimiento de lo que verdaderamente es de palpitante interés en la producción literaria y política de actualidad. *Babel* se vende en la Argentina al precio de veinte centavos.

LOS COMENTARIOS. — Julio Fingerit ha iniciado la publicación de unos cuadernillos mensuales titulados *Los Comentarios*, en los cuales piensa verter sus reflexiones sobre la actualidad. Pesimista acerca del destino reservado a la ci-

vilización, se abre el 1er. número, de mayo, con un artículo titulado "La agoría de Europa". Siguen "La conducta de Gran Bretaña", "La fábula del burro, el tigre y el león", de manifiesta intención política, "Las alternativas de Italia", y un estudio crítico sobre el último libro de Delfina Bunge de Gálvez.

Premio Trujillo de La Paz

POR iniciativa del Presidente de la República Dominicana, Dr. Jacinto B. Peynado, el Congreso Nacional, por ley de 5 de octubre de 1938, ha instituido el Premio Trujillo de la Paz, destinado a galardonar, en nombre de la República Dominicana, a las personas, sociedades, asociaciones o empresas que hubieran realizado los trabajos más eminentes para restablecer o afianzar la paz en las naciones, o para la propagación o el desarrollo de la positiva consagración de los principios o doctrinas en que descansa la moral internacional y la concordia de la familia humana.

Podrán presentar candidatos para esta alta distinción los ex-Presidentes constitucionales de la República Dominicana; las Asambleas Legislativas y el P. E. de los gobiernos de los diferentes estados; los miembros de la Corte de Arbitraje de La Haya; los miembros de la Comisión de la Oficina Internacional Permanente de la Paz; los representantes de los diferentes Estados ante la Liga de Naciones; los miembros y asociados del Instituto de Derecho Internacional; los catedráticos de derecho, ciencias políticas, historia o filosofía de las universidades y las personas que hubieren recibido ya este premio.

El Premio Trujillo de la Paz será adjudicado todos los años el día 15 de julio, al candidato cuya obra o actuación pacifista hubiere alcanzado el mérito más alto. El premio consistirá, cuando fuera laureada una sociedad, asociación o empresa, en una tarja o placa en bronce, que simbolice el objeto con que se instituye, en un diploma y en la donación de la suma de cincuenta mil dólares (50.000). Cuando el candidato laureado sea una persona, el premio consistirá en una medalla de oro, en un diploma y en la donación de una suma de cincuenta mil dólares (50.000), sin condición, restricción ni reserva de ninguna clase.

Premio Bibliográfico Medina

LA "Inter-American Bibliographical and Library Association" ha anunciado el establecimiento de un premio anual de 100 dólares, denominado "Premio Bibliográfico José Toribio Medina". Este premio ha sido ofrecido por el Dr. James Brown Scott, Miembro Honorario Vitalicio de la Asociación, conocido hombre de letras e internacionalista.

Cualquier persona en este continente o fuera de él podrá concurrir. El tema de la bibliografía deberá limitarse a algún aspecto de los asuntos latino-americanos, ya sean de índole científica, histórica, económica, social, política, religiosa o intelectual. Dicha bibliografía podrá consistir en una lista ordenada de referencias o en un ensayo crítico en cualquier idioma. El trabajo deberá escribirse a máquina, en papel blanco, a un lado solamente, con un tamaño de 21 1/2

x 26 ½ cm., y con un margen a la izquierda de 5 cm. No se limita el número de páginas. Deberá enviarse la bibliografía al Secretario de la Asociación antes del 15 de diciembre de cada año, fecha en la cual se cerrará el concurso correspondiente a ese año.

“La Razón”

EL 1º de junio *La Razón* inauguró una poderosa y moderna rotativa de alta velocidad “Goss”, construida especialmente para el diario.

La extraordinaria celeridad de esta máquina permite lanzar 400.000 ejemplares por hora, siendo accionada por dos motores de 225 H.P. y uno de 325 H.P.

La máquina consta de tres pisos. Pesa 750 toneladas y mide 28,68 mts. de largo, por 2,75 mts. de ancho, con una altura de 5,79 mts. y un costo total de un millón y medio de pesos moneda nacional.

Felicitemos al gran diario vespertino por este progreso técnico que lo coloca a la par de los mayores rotativos del globo.

Ecós de nuestro tercer aniversario.

AGRADECEMOS efusivamente a *Libertad*, *La Ilustración Argentina* de esta capital, y a *El Progreso* de san Nicolás, los extensos y generosos artículos con que han saludado nuestro número aniversario.

Libros recibidos hasta el 20 de Junio

NOVELAS, CUENTOS, POEMAS EN PROSA

- FRANCISCO DE QUEVEDO: *Historia de la vida del Buscón*. Colec. Austral. Espasa-Calpe, B. A. 1939.
- FRANCISCO HERCZEG: *La familia Gyurkovicz*. Colec. Austral. Espasa-Calpe. B. A. 1939.
- MIGUEL DE UNAMUNO: *Tres novelas ejemplares y un prólogo*. Colec. Austral. Espasa-Calpe, B. A. 1939.
- RICARDO LEÓN: *El amor de los amores*. Ed. Losada, B. A. 1939.
- ANTONIO STOLI: *Damo*. Cuentos. B. A. 1939.
- FELIPE COSSIO DEL POMAR: *El hechizo de Gauquín*. Ercilla, Sgo. de Chile, 1939.
- PABLO SETÚBAL: *La Marquesa de Santos*. Romance histórico. Club del Libro. A. L. A., B. A. 1939.
- CARMEN AROLF: *Matices sureños*. B. A. 1938.
- HORACIO PÉREZ LICAIRAC: *Trazos en la arena*. Ed. Montalvo. Ciudad Trujillo, Rep. Dominicana, 1939.
- GEORGES DUHAMEL: *Diario de un aspirante a santo*. Edit. Losada, B. A. 1939.
- EDUARDO ACEVEDO DÍAZ: *Grito de gloria*. Bca. Rodó. Claudio Fernández Díaz, Montevideo, 1939.

- SANTIAGO C. OLIVAN: *Laya guapa*. Cuentos. "Columna". B. A. 1939.
 LUISA MARIENHOFF: *Constelación de inquietudes*. Mendoza, 1939.
 ALFREDO PAREJA DIEZ CANSEDO: *Don Balón de Baba*. Club del Libro A. L. A.,
 B. A. 1939.

P O E S I A

- ARMAND GODOY: *A Francis Jammes*. Bernard Grasset. París, 1939.
 ALFONSO GUTIÉRREZ DE HERMOSILLO: *Coro de presencias*. Ed. de Homenaje. Mé-
 xico, 1938.
 ERNANI LOPES: *Balas de estalo*. Rio de Janeiro, 1938.
 AUGUSTO SACOTTO ARIAS: *Velorio del Albañil*. Quito, Ecuador.
 NICE LOTUS: *Poemas mendocinos*. Tor, B. A. 1938.
 NICE LOTUS: *Umbral de los ojos nuevos*. (Versos para niños.) Tor, B. A. 1938.
 ANTONIO DE LA TORRE: *La tierra encendida*. (Poemas.) (Ilustraciones de Amadeo
 Dell'Acqua.) El Bibliófilo, B. A. 1939.
 MARGARITA DEL CAMPO: *La voz de las manos*. Librería Perlado. B. A. 1939.
 LÓPEZ DE MOLINA: *Canciones de la dicha*. Ed. Mundo Literario, B. A. 1939.
 LUIS GRANDE: *Rosas de nieve y de fuego*. (Sonetos.) Ed. Miranda, B. A. 1939.
 JUAN CHALA: *Así nomá hai ser*. Ed. La Raza, Tucumán, 1938.
 GUILLERMO STOCK: *Bandera soñada*. B. A. 1939.
 FAUSTO HERNÁNDEZ: *Pampa*. Cuadernos del Litoral. Rosario, 1939.
 JUSTO G. DESSEIN MERLO: *Abora y entonces*. Agonía, B. A. 1939.
 ALFREDO DÍAZ DE MOLINA: *Mainumbí*. Ed. Metrópolis, B. A. 1938.
 LEÓN OSTROV: *Hora*. El Ateneo, B. A. 1938.
 MANUEL ERNESTO MOLINARI ROMERO: *En los caminos del ansia*. Pergamino-Ju-
 nín, 1938.
 SARA SUSANA PÁEZ: *Tierra y alma*. Editorial Ruiz. Rosario, 1938.
 JOSÉ RODRÍGUEZ ITOIZ: *Tierra desencantada*. Tiempo Nuestro, B. A. 1938.
 FERNANDO NADRA: *Visión de cumbre*. Edit. Librería, B. A. 1938.
 GERMÁN PARDO GARCÍA: *Selección de sus poemas*. Ed. Cultura. México, 1939.
 EDGARDO UBALDO GENTA: *La epopeya de América*. Xilografías de Guillermo C.
 Rodríguez. Montevideo, 1939.
 JUAN TORRES: *Sonetos i cantares*. Ed. de la revista *Sarmiento*. Rosario, 1939.
 EDUARDO JOUBIN COLOMBRES: *El lenguaje de las sombras*. Ed. "La Raza". Tu-
 cumán, 1939.
 AMORIM DE CARVALHO: *Destino* (Inéditos e dispersos). Livraria Tabares Mar-
 tins. Porto, 1939.
 ANTONIO ARRAIZ: *Cinco sinfonías*. Cuad. de la "Asoc. de Escritos Venezola-
 nos". Ed. "Elite", Caracas, 1939.

CRITICA, HISTORIA LITERARIA, ENSAYOS, ETC.

- MARÍA INÉS CÁRDENAS DE MONNER SANS: *Algunos aspectos literarios del "Fa-
 cundo"*. (De *Humanidades*, de la Univ. Nac. de La Plata). B. A. 1938.
 A. TAULLARD: *Sueños y verdades de una gran pensadora*. Claridad, B. A. 1939.

- FERNANDO GARCÍA ESTEBAN: *Vida de Florencio Sánchez*. Ercilla. Sgo. de Chile, 1939.
- J. LLOYD READ: *The Mexican Historical novel. (1826-1910)*. Inst. de las Españas en los EE. UU., New York, 1939.
- GERMÁN BERDIALES: *Del arte de escribir para los niños*. Librería Argentina. B. A. 1939.
- AUGUSTO J. DURELLI: *Persona, cultura, universidad*. Palumbo. B. A. 1939
- JOSÉ ENRIQUE RODÓ: *El Mirador de Próspero*. Bca. Rodó. Ovidio Fernández Díaz, director. Claudio García y Cía., Montevideo, 1939.
- JOSÉ ENRIQUE RODÓ: *Hombres de América*. Bca. Rodó. Claudio García y Cía., Montevideo, 1939.
- LUIS ALBERTO SÁNCHEZ: *La literatura del Perú*. Fac. de Filosofía y Letras de la Univ. de Bs. As., Inst. de Cult. Latino-Americana. Director: Arturo Giménez Pastor. Imprenta de la Univ., B. A. 1939.
- ALBERTO ZUM FELDE: *La literatura del Uruguay*. Facult. de Filosofía y Letras de la Univ. de Bs. As., Inst. de Cult. Latino-Americana. Imprenta de la Universidad, B. A. 1939.
- ROMAIN ROLLAND: *El pensamiento vivo de Rousseau*. Bca. del Pensamiento Vivo. Ed. Losada, B. A. 1939.
- ANDRÉ MAUROIS: *El pensamiento vivo de Voltaire*. Bca. del Pensamiento Vivo. Ed. Losada, B. A. 1939.
- KARL VOSSLER: *Einführung in die spanische dichtung des Goldenen zeitalters*. Ibero-Amerikanisches Institut Hamburg. Conrad Behre, Hamburg, 1939.
- AMORIM DE CARVALHO: *Através da obra do Sr. António Botto*. (Análise crítica). Livraria Simões Lopes. Porto, 1938.
- JUAN MANTOVANI: *La pasión civilizadora de Sarmiento*. Publ. del Min. de I. P. y Fomento. Santa Fe, 1938.
- RUBÉN DARÍO: *Poesías y prosas raras*. Compiladas y anotadas por Julio Saavedra Molina. Santiago. Prensas de la Un. de Chile, 1938.

HISTORIA, CRONICA, MEMORIAS, BIOGRAFIAS, VIAJES, ETC.

- ENRIQUE DE GANDÍA: *Historia de la Boca del Riachuelo. (1536-1840)*. Ateneo Popular de la Boca. B. A. 1939.
- CH. DE LA RONCIERE: *Histoire de la Découverte de la Terre*. Explorateurs et Conguerants. (586 gravures et cartes; 8 planches hors texte en couleurs). Larousse. París, 1938.
- CARLOS BRANDT: *Leonardo, el profeta de los profetas*. Ed. Latorre. Caracas, 1939.
- RICARDO LEVENE: *Sintese da história da civilização argentina*. Prefacio de Pedro Calmón. Trad. de J. Paulo de Medeyros. Coleção Brasileira de autores argentinos. Río de Janeiro, 1938.
- AZORÍN: *Espanoles en París*. Colec. Austral. Espasa-Calpe, B. A. 1939.
- GEORGES FRIEDMANN: *De la Santa Rusia a la U. R. S. S.* Trad. de María Romero. Ercilla. Santiago de Chile, 1938.
- El legado de Israel*. Estudios de Sir George Adam Smith y otros doce autores. Con prólogo de A. D. Lindsay. Trad. de León Dujovne. B. A., 1938.

- Literatura sobre Pago Largo. Corrientes*, Imprenta del Estado, 1938.
- Compilación documental extraída de las archivos argentinos y uruguayos. Corrientes*, Imprenta del Estado, 1938 (3 tomos).
- ISIDORO DE-MARÍA: *Rasgos Biográficos de Hombres Notables de la República Oriental del Uruguay*. (Con una biografía y notas bibliográficas de J. E. Pivel Devoto). Claudio García y Cía., Montevideo, 1939 (4 tomos).
- JOSÉ ANTONIO SACO: *Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo y en especial en los países américo-hispanos*. Prólogo por Fernando Ortiz. Colección de libros cubanos. Cultural, S. A. Habana, 1938. (4 tomos).
- La Moda*. Gacetín semanal de música, de poesía, de literatura, de costumbres. 1838. Reimpresión facsimilar publicada por la Ac. Nac. de la Historia. Con prólogo y notas de José A. Oría. B. A., 1938.

F I L O S O F I A

- ARMANDO TAGLE: *La experiencia humana*. El Ateneo, B. A. 1938.
- JAIME BALMES: *El criterio*. Colec. Austral. Espasa-Calpe, B. A. 1939.
- JUAN BAUTISTA VICO: *Sabiduría primitiva de los italianos*. Instituto de Filosofía. Fac. de Fil. y Letras de la Un. de B. A., 1939.

P O L I T I C A , D E R E C H O , E C O N O M I A , S O C I O L O G I A , E T C .

- HENRY GEORGE: *La cuestión obrera*. Carta abierta al Papa León XIII. Trad. de C. Villalobos Domínguez. Claridad, B. A.
- GONZAGA DE REYNOLD: *La Europa Trágica*. Trad. y prefacio por Alejandro Ruiz Guñazú. Ed. Difusión, B. A. 1939.
- E. F. CAMUS: *Derechos Reales*. Curso de derecho romano. Vol. II. Depart. de Publicaciones. Fac. de Derecho. Univ. de La Habana, 1939.
- GEORGES BERNANOS: *Scandale de la vérité*. N. R. F. Gallimard, París, 1939.
- JOSÉ LUIS ROMERO: *El estado y las facciones en la antigüedad*. Colegio Libre de Estudios Superiores. B. A., 1938.

P S I C O L O G I A

- JOSÉ ORTEGA Y GASSET: *Estudios sobre el amor*. Espasa-Calpe, B. A. 1939.

T E A T R O

- OSCAR WILDE: *El abanico de Lady Windermere y La importancia de llamarse Ernesto*. Colec. Austral. Espasa-Calpe, B. A. 1939.
- FLORENCIO SÁNCHEZ: *Théâtre Choisi*. Traduit de l'espagnol par Max Daireaux. Pref. de Enrique Diez Canedo. Colec. Ibero-Americana. Institut Internat. de Coopération Intellectuelle. París, 1939.
- ALICIO GARCITORAL: *La tierra tiene sed*. Editoriales Reunidas. B. A., 1939.
- JUAN RUIZ DE ALARCÓN: *La verdad sospechosa y Los pechos privilegiados*. Colec. Austral. Espasa-Calpe, B. A. 1939.

ARTE, MUSICA

- Bruno Furlotti* (33 tablas y prólogo del pintor). Edizioni del Milione. Milano, 1939.
- Las obras de Wagner*, traducidas, historiadas y analizadas por ERNESTO DE LA GUARDIA: I, *El Holandés Errante (El buque fantasma)*. II, *Tannhäuser*. III, *Lobengrin*. B. A., 1939.
- FELIPE COSSIO DEL POMAR: *Nuevo Arte*. Teorías de la pintura contemporánea. 2ª Edición con nuevas anotaciones. México, 1939.

CIENCIA, EDUCACION, VARIOS

- Educación común en la Capital, provincias y territorios nacionales*. Informe presentado al Ministerio de Justicia e I. Pública por el Consejo Nac. de Educación. Año 1937. B. A., 1938.
- Comisión pro-centenario del natalicio de Hostos*. La conmemoración en América. S. J. de Puerto Rico, 1939.
- EMILIO ORIBE, JUAN MARINELLO, PABLO NERUDA: *Neruda entre nosotros*. Ed. Aiape. Montevideo, 1939.
- Investigaciones sobre dípteros argentinos*. Misión de estudios de patología regional argentina (Jujuy). Jefe: Dr. Salvador Mazza. B. A. 1939.
- Boletín del Inst. de Medicina Experimental para el estudio y tratamiento del Cáncer*. Director Prof. Angel H. Roffo. Año XV, N° 48. B. A. Imprenta de la Universidad, 1939.
- MARIO M. BREA: *Aspectos modernos de la cirugía torácica*. Com. Nac. de Cultura, B. A. 1939.
- LUIS IRIGOYEN: *Importancia de la anatomía patológica y estado actual de los conocimientos fisiológicos en Alemania*. Com. Nac. de Cultura, B. A. 1939.
- Humanidades*. Tomo XXVI. Filosofía y Educación. Director: Alfredo D. Calcagno. 546 pp. (Comprende también las Conferencias del Ciclo organizado por la Facultad en homenaje a Sarmiento). Fac. de Humanidades y Ciencias de la Educación. Univ. Nacional de La Plata, 1938.
- Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires. Cuarto Censo General 1936*. — Población, 22-X-1936. Tomo II. Masculinidad. Lugar de nacimiento. Alfabetismo. B. A., 1939.
- ANÍBAL MATTOS: *Peter Nelhelm Lund no Brasil*. Problemas de Paleontología Brasileira. Comp. Editora Nacional, São Paulo, 1939.

FOLLETOS, CONFERENCIAS, ETC.

- Facultad de Ciencias Matemáticas, Físico-Químicas y Naturales de la Universidad Nacional del Litoral. *Actos de Inauguración de los cursos de 1939*. Rosario, R. A., 1939.
- RAÚL A. PIÉROLA: *El tema del genio en la estética de Kant*. Paraná, 1939.
- RAÚL A. PIÉROLA: *Elementos éticos en la filosofía de Descartes*. (De "Escritos en honor de Descartes"). La Plata, R. A., 1938.

- JOSÉ M. OLIVARES: *La Teosofía*. B. A., 1939.
- E. CARRASQUILLA-MALLARINO: *Pintores y paisajes argentinos*. Bco. Municipal. Instituto de Conferencias (Primer ciclo). B. A., 1939.
- ENRIQUE BDO. NÚÑEZ: *Una ojeada al mapa de Venezuela*. Cuadernos de la "Asociación de Escritores Venezolanos". Ed. Elite, Caracas, 1939.
- ISMAEL BUCICH ESCOBAR: *El museo histórico nacional en su cincuentenario. (1889-1939)*. B. A., 1939.
- ENRIQUE LONCÁN: *Sens et mort de Leopoldo Lugones*. París, 1939.
- HÉCTOR P. AGOSTI: *El ocaso de la cultura*. Ed. Aiape, B. A., 1939.
- JOSÉ G. ANTUÑA: *El Uruguay, en Ginebra y en Lima*. Imprenta Nacional. Montevideo, 1939.
- SEGUNDO LUIS MORENO: *Campaña de Esmeraldas, de 1913-1916*. Cuenca, Ecuador, 1939.
- PAULINA LUISI: *La mujer en la democracia*. Unión Arg. de Mujeres, B. A., 1938.
- Universidad Nacional de La Plata*. Inauguración de cursos. La Plata, 1939.
- UPTON SINCLAIR: *Expect no peace!* Haldeman-Julius Publications: Girard, Kansas, 1939.
- SAÚL TABORDA: *Descartes y el ideal pedagógico francés*. (De "Escritos en honor de Descartes"). Public. Ofic. de la Univ. Nac. de La Plata). La Plata, 1938.
- VICTOR HUGO: *Evocación*. Ed. "Victor Hugo", Vol. 1, B. A., 1939.
- GABRIEL DELANNE: *El ser humano*. Introducción al conocimiento del hombre. Ed. "Victor Hugo", Vol. IIº, B. A., 1939.
- Sarmiento periodista*. Publicaciones del Círculo de la Prensa. Nº 1. B. A., 1938.
- LUIS BAUDIN: *El imperio de los Incas y la conquista española*. Trad. de José Luis Busaniche. Public. Nº 20. Unic. Nac. del Litoral. Santa Fe, 1938.
- RUY BLOEM: *O primeiro romance brasileiro*. (Separata da "Revista do Arquivo", Nº LI). Dep. de Cultura, São Paulo, 1938.
- CELEDONIO NIN Y SILVA: *La democracia y la iglesia*. Claudio García y Cía. Montevideo, 1939.
- ALFREDO L. PALACIOS: *La natalidad en la Argentina*. B. A., 1939.

Los nuevos colaboradores de este número

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ. — Ilustre poeta español nacido en Moguer (Huelva) en 1881. Su primer libro, *Almas de violeta*, prologado por Villaespesa, se publicó en Madrid, en 1900. Del mismo año, *Ninfeas*, con prólogo de Rubén Darío. Desde entonces ha publicado más de veinte colecciones de versos: *Rimas* (1902), *Arias tristes*, *Jardines lejanos*, *Elegías*, *Pastorales*, *Baladas de primavera*, *La soledad sonora*, *Melancolía*, *Laberinto*, *Estío*, *Sonetos espirituales*, *Diario de un poeta recién casado*, *Eternidades*, *Piedra y cielo*, *Poesía*, *Belleza*, *Unidad*, *Sucesión*, etcétera. En prosa: *Platero y yo*. El y Antonio Machado son las dos figuras más altas de la lírica española contemporánea. "Canto", el bello poema que en este número publica NOSOTROS, es, nos dice el poeta en carta de Miami, de 1º de junio, en la cual nos habla con admiración y hondo afecto de Antonio Machado, "uno de los pocos poemas que he escrito desde que salí, roto y desilusionado, de España."

GERMÁN ARCINIEGAS. — Escritor y periodista colombiano, nacido en Bogotá en 1900. Graduado en la Facultad de Derecho de la Universidad de Bogotá. Profesor de sociología en la Universidad Libre de la misma ciudad. Fué vicedónsul de Colombia en Londres (1931-33) y diputado al Congreso (1933-34). Dirigió durante dos periodos la *Voz de la Juventud* y pertenece al consejo editorial de *El Tiempo* de Bogotá. También fué director de las Ediciones Colombia. Ha publicado: *El estudiante de la mesa redonda* (1932), *La universidad colombiana*, *Memoria de un congresista*, *Tierra firme*.

ENRIQUE MÉNDEZ CALZADA. — Crítico, humorista, poeta y periodista argentino, nacido en General Belgrano (Prov. de Buenos Aires) en 1898. Cursó estudios en el Instituto Cardinal Cisneros de Madrid y en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires. Ex-secretario del Conservatorio Nacional de Música y Declamación y ex-director del suplemento literario de *La Nación*. Desde 1932 pertenece a la agencia de *La Nación* en París. También redacta la sección de "Letras hispanoamericanas" en el *Mercure de France*. Ha publicado los siguientes libros: en verso, *Devociones de Nuestra Señora la Poesía* (1921) y *Nuevas devociones* (1924), segundo premio de la Municipalidad de Buenos Aires; en prosa: *Jesús en Buenos Aires*, *El jardín del Perogrullo*, *Y volvió Jesús a Buenos Aires*, *El hombre que silba y que aplaude*, *Las tentaciones de don Antonio*, *El tonel de Diógenes*, *Abdicación de Jehová*, *Pro y Contra* (1930), primer premio de prosa de la Municipalidad de Buenos Aires. Ha colaborado activamente en NOSOTROS y las principales revistas argentinas; fué crítico de *El Hogar*.

JUAN G. FERREIRA BASSO. — Nació en Alberdi (Buenos Aires) en 1910. Ha publicado versos en *Columna*, *Conducta*, *Claridad*, *El Hogar*, *El Suplemento* y otras revistas y periódicos de la capital y el interior. Tiene en preparación un libro: *Rosa de Arcilla*.

ENRIQUE VILLEGAS DA CRUZ. — Nació en Buenos Aires en 1912. Cursa los años superiores de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Colabora en *Claridad* y *Conducta*.

NOVIÓN DE LOS RÍOS. — Seudónimo de un joven escritor argentino sin biografía — dice.